

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y
ESTUDIOS CIENTÍFICOS Y TECNOLÓGICOS
UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CC

SIEKIBWICZ

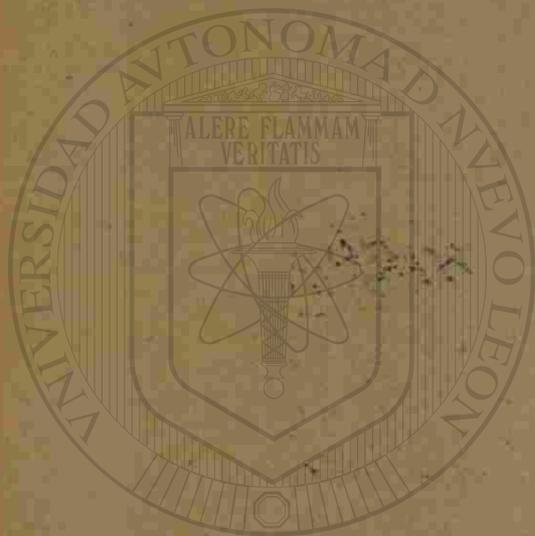
LA FAMILIA
POLANIECKY

2

PG7158
.94
F38
v.2



1020025884

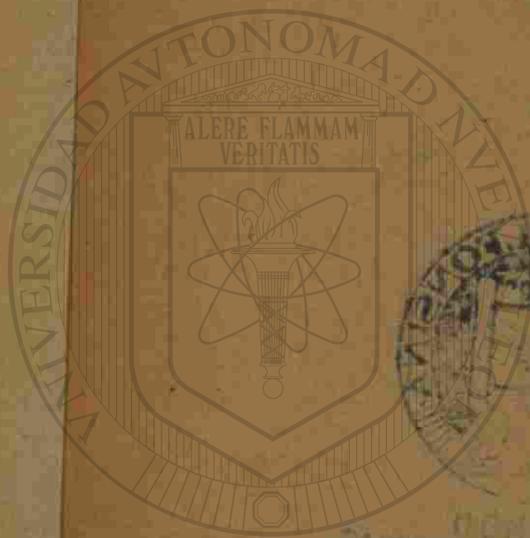


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA FAMILIA POLANIECKI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor 15572
Núm. Adq. 34995
Procedencia 8
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

OBRAS DE ENRIQUE SIENKIEWICZ

de venta en esta Casa Editorial

QUO VADIS? 3.a edición, completa é ilustrada 2 tomos.

A SANGRE Y FUEGO. 2 tomos.

EL DILUVIO. 2 tomos.

PAN MIGUEL VOLODYOVSKI 2 tomos.

MAS ALLÁ DEL MISTERIO (Sin dogma) 1 tomo.

LUGAR EN VANO (La Viuda).—En la costa azul. 1 tomo.

SIGÁMOSLE!—Bartek el Vencedor.—Diario de un Preceptor.—El Angel.—La misma dicha.—La cordura de los locos.—Oso. 1 tomo.

EN BUSCA DE FELICIDAD. (Por el pan).—Vida rústica. 1 tomo.

HANIA.—El Juicio de Júpiter. (1 tomo).

LILIANA.—El organista de Ponikla.—Janco el músico.—El Torrero.—Una corrida de toros.—Un sueño.—Sachem. 1 tomo.

LA FAMILIA POLANIECKI. 2 tomos.

LOS CRUZADOS. 2 tomos.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

La Familia Polaniecki

TRADUCCIÓN

de

F. LUIS OBIOLS

100452

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 y 228
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

MÉXICO
Maucci Hermanos
1.º Del Relox, 1

1901

34995

891.85-
8

PG7158
S4
F38
V.2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



La Familia

Polaniecki

XXXII

Una semana hacía que se hallaban en Florencia los recién casados, cuando Polaniecki recibió una carta de Bigtel, con tan buenas noticias sobre los negocios de la *Casa*, que superaban todas las expectativas y previsiones más optimistas. Esto halagó el amor propio de Polaniecki, y no supo abstenirse de elogiar su capacidad en presencia de su mujer, con el aire de quien alcanza todo lo que quiere. Y en Marina encontró una oyente adicta y crédula.

—Tú eres mujer,—dijo con cierta vanidad,—y ciertas cosas no puedes comprenderlas. Pero basta que te diga que ayer no me hallaba en disposición

de comprarte aquel collar de perlas negras que viste en casa de Godni, y que hoy puedo y lo compraré.

Marina le expresó su gratitud, pero al mismo tiempo le rogó que desistiera de aquella idea. Abrazóla él, diciéndola que era cosa ya resuelta y que quería admirar á su Marina adornada con el collar de perlas negras.

—Ves,—prosiguió luego paseándose por la habitación.—Bigiel jamás habría acertado el momento oportuno; él habría diferido el paso decisivo, y se habría perdido la ocasión.

Jamás se había sentido tan feliz como ahora, con tanto mayor motivo cuanto que su alma había adquirido una especie de mayor disposición á sentir lo bello y lo bueno. Sin poder darse cuenta de ello, experimentaba la influencia religiosa de su mujer. Cada vez que la acompañaba á la iglesia, acudíanle á la memoria las palabras que Marina le había dirigido aquel domingo en Varsovia: «Y el servicio de Dios?»

—En suma,—decíase á sí propio;—ya percibo á Dios en todo lugar; lo he percibido en la tumba de Litka, lo he percibido en las palabras de Vascovski, después de la muerte de la niña; lo he percibido el día de la boda. Yo no me pregunto si tengo que amarle y adorarle; pero tengo que hacerlo según me lo dicta mi convicción personal, ó bien como lo entiende mi mujer y como me lo enseñó mi madre.

Llegado á Roma, se vió distraído de estas ideas. Las impresiones nuevas é innumerables que herían su mente, no le dejaban tiempo para reflexionar. Además regresaba á casa tan fatigado á consecuen-

cia de las muchas cosas que había ido á ver, que le acudían á la memoria aquellas palabras de Bukacki, su *cicerone*, que á cada paso les decía á los dos esposos:

—Pero si todavía no habéis visto ni la milésima parte de lo que merece verse.

El profesor Vascovski había venido expresamente de Perugia para saludar á sus amigos. Marina se alegró mucho y le acogió con tanta cordialidad como si fuera un próximo pariente. Pero la joven había notado desde luego una expresión de dolor en el semblante del viejo pedagogo.

—¿Qué es lo que le aflige á usted?—le preguntó.
—¿No está usted contento de hallarse en Italia?

—Hija mía,—contestó el profesor.—En Perugia todo es hermoso, y en Roma también es hermoso todo. ¡Cuántas bellezas! pero...

—¿Pero qué?

—¡Oh! los hombres... No por maldad, porque también son aquí en mayor número los buenos que los malos; ¡pero me causa tanta pena el que se me tome por un loco!

Bukacki, que estaba presente, le dijo:

—Aquí, por lo menos, no puede usted tener graves motivos de disgusto, como se los hemos dado nosotros en Varsovia.

—Es verdad,—respondió Vascovski;—pero allá hay personas que viven cerca de mí que me quieren, como vosotros, mientras que aquí no las hay. Siento la nostalgia. Los periódicos han publicado relaciones sobre la Memoria que publiqué,—prosiguió dirigiéndose á Polaniecki;—algunos se burlaron de ella, otros la dieron cierta importancia, pero

hasta estos declararon que era ridículo sostener la tesis de la misión confiada á los jóvenes arrianos. Esto me causó un pesar. Y luego me dan á entender con frecuencia que aquí dentro existe algún desequilibrio.

Y el pobre Vascovski se golpeaba la frente con la mano. Pero luego, alzando la cabeza, prosiguió:

—El hombre siembra con frecuencia entre el dolor y la duda, pero la semilla cae siempre en terreno fecundo.

Después pidió noticias de la señora Emilia, y luego, fijando en Marina su triste mirada, dijo:

—¿Cómo estáis vosotros dos?

Marina, en vez de contestar, corrió á reunirse con su marido, y apoyando la cabeza sobre uno de sus hombros, dijo:

—Mirad, profesor, nosotros estamos así.

Y Polaniecki acarició los negros cabellos de su joven esposa.

XXXIII

Ocho días después, Polaniecki acompañó á su mujer á casa del pintor Svirski, que tenía su taller en la vía Margutta. Durante estos últimos tiempos Polaniecki había trabado amistad con el artista, el cual ahora tenía que disponerse á hacer el retrato de Marina. En el taller se encontraron con la señora Osnovski y su marido. Las dos mujeres se habían conocido ya en sociedad, en Varsovia, y Polaniecki había sido presentado dos años antes, en Ostende, á la señora Ornovski. Entonces ésta pasaba por una joven hermosísima. A la sazón, era una mujer de unos veintisiete años, alta, lozana, pero algo more-

na, con una boca extraordinariamente pequeña y encarnada, y unos ojos rasgados y algo inclinados que le daban cierto tipo de mujer china, y tenían cierta expresión de picardía y de malicia. Tenía un andar que le era peculiar, con los hombros echados para atrás y el pecho saliente, por lo cual Bukacki, cuando hablaba de ella solía decir que llevaba el busto *en ofrenda*. En cuanto hubo saludado á Marina, la ofreció su amistad. A Polaniecki le dijo que se acordaba de que en Ostende pasaba por un excelente bailarín y por un buen hablador. Luego les declaró á entrambos que estaba entusiasmada de Roma, y enamorada de Villa Doria y del Pincio.

Después de haber estrechado la mano de Svirski y haber sonreído coquetamente á Polaniecki, se alejó seguida de su marido, diciendo que dejaba su puesto en el taller á una mujer más digna que ella.

—Es un verdadero torbellino,—dijo el artista, respirando con fuerza.—Cuando pasa, me es imposible hacerla callar.

—Es un tipo interesante,—observó Marina;—¿puede verse su retrato?

—Sin duda; casi está terminado,—contestó Svirski.

Marina y Polaniecki se aproximaron al caballete y no pudieron menos que expresar su admiración.

El tono ardiente del colorido producía la misma impresión que si se tuviera á la vista un cuadro al óleo. Las facciones de la señora Ornovski habían sido perfectamente reproducidas. El pintor, después de haber vuelto á cubrir el retrato y de haber ido á colocarlo en un ángulo obscuro del taller, rogó á Marina que tomara asiento, examinándola lue-

go con atención. Esta mirada insistente la turbó algo: Svirski se sonrió satisfecho y murmuró:

—Es un tipo del todo diferente. ¡Cielo y tierra!

Luego, dirigiéndose á Marina, añadió:

—Eso es, el puro carácter femenil de nuestras mujeres es la prerrogativa de los rasgos de su fisonomía, señora.

—¿Y usted sabrá reproducir este carácter tan perfectamente como ha reproducido el carácter diabólico de la señora Ornovski?

—¡Pero Stach!—dijo Marina.

—Sí,—afirmó el pintor,—aquella señora es un diablillo gracioso, pero muy peligroso. Como artista, tengo grandes ocasiones de estudiar, de observar muchas cosas que pueden pasar desapercibidas á los demás. La señora Ornovski es un asunto digno de ser estudiado.

—¿Por qué?

—¿No ha observado usted al marido?

—Estaba tan ocupada hablando con ella, que no me he fijado en el marido.

—Es que ella procura no ponerlo en evidencia logrando que pase desapercibido; pero lo peor es que ella hasta se olvida de que tiene marido, á pesar de que es el hombre más bueno de este mundo; fino, educado, rico, nada tonto y locamente enamorado de su mujer.

Entre tanto, Svirski había empezado el retrato de Marina, y mientras hacía el esbozo continuó sus observaciones.

—El está locamente enamorado. ¿Quiere usted hacer el obsequio de levantar un poco el cabello sobre la frente? Si su marido de usted quiere hablar

con franqueza, debe estar desesperado. Bukacki sostiene que en cuanto me pongo á pintar, no cierro el pico y no consiento á los demás que lo abran. Pues, como decía, la señora Ornovski es una coqueta, con el corazón frío y la cabeza ardiente, de modo que pertenece á la especie más peligrosa. Devora á docenas las novelas, francesas se entiende... en las cuales aprende la psicología femenina... y la manera de tratar al marido.

—Es usted terrible,—observó Marina.

—Las mujeres me interesan mucho,—continuó Svirski después de haber sonreído ante la observación de Marina.—Bukacki las divide en plebeyas las de naturaleza común y baja, y en patricias, eso es, las que están dotadas de una naturaleza noble y de aspiraciones elevadas. Pero yo las clasifico de otra manera, tal vez más exacta y más sencilla. Yo divido las mujeres en dos categorías: las que poseen un corazón agradecido y elevado, y las que lo poseen grosero y desagradecido.

Alejóse un poco del caballete haciéndose atrás, tomó un pincel fino, lo colocó de frente al retrato, y prosiguió:

—Usted, señora, me preguntará qué es lo que entiendo por corazón agradecido y desagradecido. Un corazón agradecido es el que agradece que se le ame, y corresponde al amor de que es objeto, con tanto y hasta con más amor, que se olvida á sí mismo y que sabe apreciar y respetar una pasión vehemente. Por el contrario, un corazón desagradecido hace infructuoso el amor, y cuanto más se está enamorado de ella, tanto menos se preocupa del amor de que es objeto, tanto más lo pisotea. Así co-

mo el pescador no se cuida ya del pez que tiene prisionero ya en sus redes, de igual manera la señora Ornovski no se preocupa ya del marido. Esta pertenece á la segunda categoría, mientras que usted, señora, es usted. . un corazón agradecido.

Polaniecki se rió y convidó á Svirski á comer, añadiendo que aguardaba también á Bukacki y al señor Vascovski.

—Acepto con mucho gusto,—dijo el pintor,—y como hace buen tiempo, después podremos hacer una visita al Coliseo iluminado por la luna.

XXXIV

Al día siguiente cuando Polaniecki y Marina habían acabado de comer, les fué anunciada la visita del señor Ornovski. Polaniecki sentía hacia él cierto desprecio por lo que había oído decir de él al pintor; mientras que Marina, sentía por él una verdadera simpatía. Comprendía que debía ser muy bueno y esto se dejaba adivinar por la suavidad de sus facciones que nada tenían de feas, si bien estaban empañadas por las manchas que cubrían su semblante.

—Vengo de parte de mi esposa á hacerles una proposición,—dijo el señor Ornovski, con el desenfado propio del hombre habituado á la buena sociedad:—hoy queríamos dar un paseo á San Pablo y á las Tres Fuentes. Está fuera de la ciudad y desde allí se goza una magnífica vista. Sería para nosotros una gran satisfacción si ustedes quisieran dar este paseo con nosotros.

Marina dirigió á su esposo una mirada interrogadora, y éste contestó:

—Por mi parte aceptaría con mucho gusto la oferta, pero la decisión depende de una autoridad más alta que la mía.

La alta autoridad no estaba del todo segura de que su súbdito decía realmente lo que pensaba; mas cuando vió su cara sonriente, se aventuró á decir:

—Aceptamos agradecidos; mas no quisiera que les sirviésemos de estorbo.

—Nada de esto, antes por el contrario nos harán ustedes un gran obsequio,—respondió Ornovski;—dentro de un cuarto de hora estaremos aquí.

Media hora después se hallaban todos en la calle. Los ojos chinescos de la señora Ornovski brillaban de placer. Vestida de *foulard* de color de iris, con un alzacuello que habría podido pasar por la octava maravilla, parecía una sirena. No habían llegado todavía á San Pablo cuando ella había tenido ya la habilidad de hacer comprender á Polaniecki lo siguiente: «Tú mujer es una simpática y bonita hija de los campos; mi marido es una nulidad, y nosotros nos entenderemos perfectamente».

Detrás de San Pablo, la vista se espaciaba sobre la campiña romana, con sus acueductos y sus montes de Albano, que surgían de en medio de una niebla azulada.

La señora Ornovski, que por durante largo rato había tenido fija la mirada en aquel panorama, volvióse hacia Polaniecki, como si despertara de un sueño, y le dijo:

—¿Ha estado usted en Albano y en Remi?

—No. Las sesiones en casa del pintor Svirski nos roban todo el tiempo disponible.

—Nosotros hemos estado ya, pero si tienen uste-

des ganas de ir, llévenme en su compañía, pues yo volveré allá con mucho gusto. ¿Consiente usted?— prosiguió volviéndose hacia Marina.—Puede que estorbe, pero no importa. Me achicaré mucho, acurrucándome en un rincón del coche, y no despegaré los labios.

—¡Oh! eso de achicarse...—observó el señor Ornovski.

—Mi marido no quiere creer que me haya enamorado de Remí,—continuó la mujer de éste.—Remí es la paz: tal vez no me crea usted, señor Polaniecki; pero cuando fui allá me vinieron deseos de hacerme ermitaña, y este deseo lo tengo fijo en mi corazón. Edificaría mi ermita á la orilla del lago, me vestiría con un largo y pesado hábito gris, y andaría descalza. ¡Cuánto me gustaría ser eremita!

—¿Y entonces, Anetka, qué sería de mí?—preguntó el señor Ornovski.

—Tú te consolarías,—contestó ella con breve acento; y luego continuó:—viviré de limosnas, y cuando viniérais á Remí, me pondría á vuestro lado, diciendo en voz baja: «Un sueldo, un sueldo».

Y tendiendo hacia Polaniecki su diminuta mano, repitió con voz plañidera:

—Un sueldo para la pobrecita... un sueldo,—y luego le miró en los ojos.

Entre tanto, el señor Ornovski hablaba con Marina.

—Dícese,—la refería él,—que cuando decapitaron á San Pablo, su cabeza dió tres saltos, y en cada sitio del suelo donde la cabeza tocó, brotó una fuente y de ahí procede el nombre de Tres Fuentes. Ahora aquel sitio pertenece á los trapenses. Antes

era peligroso pernoctar allí á causa de la malaria; mas ahora que hay plantada una verdadera floresta de eucaliptos, han mejorado las condiciones higiénicas.

Entre tanto hablan llegado al término de su paseo. Visitaron el jardín, la iglesia y la capilla, donde brotaban las tres fuentes. El señor Ornovski hacía de cicerone repitiendo con voz monotoná al resto de la comitiva lo poco que sabía y que tal vez había leído poco antes. Marina lo escuchaba con interés; Polaniecki, por el contrario, iba pensando:

—Tener que vivir trescientos sesenta y cinco días al año con un hombre semejante debe ser un martirio.

Con esas palabras, justificaba la conducta de la señora Ornovski. Esta última no estaba ni un momento quieta: empezó por beber un vasito de licor contra la fiebre preparado con eucaliptus, y declaró que, si hubiese sido hombre, se habría hecho trapense; después se acordó de que su vocación era la de ser marino, siempre entre cielo y tierra, viviendo en el infinito; y por último declaró que el mayor de sus deseos era el de ser un gran escritor, para poder describir los sentimientos más secretos del alma, los afectos del corazón, y los clarooscuros ó las medias tintas de los sentimientos humanos. Ahora tenían que saber, por de contado á condición de que guardarán el secreto, que estaba escribiendo sus memorias, y que su marido, el buen Jozio, había declarado que era una dura maestra; pero que ella sabía que no valía gran cosa, y de consiguiente se reía de Jozio y de las memorias.

Y el buen Jozia la miraba lleno de admiración.

El sol estaba ya próximo á la puesta, los árboles proyectaban largas sombras en el suelo y los collados de Albano parecían cubiertos por un velo de color de rosa. Del campanario de la iglesia de San Pablo partieron los primeros tañidos de la campana que invitaba á la oración de la noche. Inmediatamente después partieron iguales sonos de todos los demás campanarios de la Ciudad Eterna, uno tras otro. Era un coro de sonoras voces de bronce; el aire estaba lleno de ellas; parecía que se estaban tocando las campanas sin interrupción alguna, no sólo en la ciudad, sino en toda la campiña y en las cimas de los montes.

Los ojos de Polaniecki buscaban involuntariamente los de su mujer; pero Marina tenía sus ojos inclinados al suelo. Su semblante espresaba una paz completa, y sus labios se agitaban murmurando una plegaria.

La devoción de Marina; el tañido de las campanas, el sagrado suelo que pisaban y aquel inexplicable misticismo que llenaba en aquel instante todo el campo, obraron con gran fuerza sobre Polaniecki.

—Sería un loco, —dijose á sí mismo, —si buscase una forma especial para honrar á Dios en vez de contentarme con eso que mi mujer llama *servicio de Dios*, y que debe ser lo mejor, puesto que existe hace ya cerca de dos mil años. ¿Por qué he de tener la pretensión de rogar al Señor de una manera distinta y mejor? Así ha rezado mi madre, así reza mi mujer, y jamás he visto dos naturalezas más tranquilas y más felices que las suyas.

Miró á Marina: ésta, que había terminado su plegaria, le sonrió, y dijo:

—¿Por qué estás tan callado?

—Nadie habla, —respondió él.

Y en efecto, la señora Ornovski estaba silenciosa, pero por otra razón. Mientras Polaniecki estaba distraído en sondear sus propios sentimientos religiosos, ella le había dirigido muchas miradas incendiarias y muchas preguntas; pero él no hizo caso de las primeras y contestó distraído á las segundas. La señora se dió por ofendida y juró tomarse la revancha. Pero como perfecta mujer de mundo, continuó siendo amable con Marina, la preguntó cuáles eran sus intenciones para el día siguiente, y cuando supo que quería visitar el Vaticano, la dijo:

—¿Sabe usted como tiene que ir vestida? Vestido negro y velo punteado en la cabeza. Una parece más vieja, pero es indispensable.

—El señor Svirski había llamado ya mi atención sobre este particular.

—El señor Svirski me ha dicho varias veces que le sois muy simpática.

—También él me es muy simpático á mí.

Cuando hubieron regresado á su alojamiento, la señora Ornovski antes de separarse, saludó tan friamente á Polaniecki, que éste pensó:

—O ha cambiado de táctica, ó se ha ofendido por alguna palabra mía.

Por la noche, preguntó á Marina:

—¿Qué me dices de la señora Ornovski?

—Creo que el señor Svirski la ha juzgado con exactitud, —contestó ella.

—En este momento estará escribiendo sus memorias que Jozio juzga una obra maestra,—repuso Polaniecki.

XXXV

A la mañana siguiente, cuando Marina entró á ver á su marido, éste apenas la reconoció. Vestida de negro y con el velo punteado en la cabeza, le pareció más imponente y con un aire de gravedad que le recordaba el día de su casamiento. Media hora más tarde estaban ya en la calle. A Marina latía el corazón con más fuerza de lo acostumbrado. Lo notó ella y se lo dijo á Polaniecki, el cual la tranquilizó bromeando, á pesar de que también él experimentaba cierta opresión. Luego, cuando llegó ante la gigantesca cúpula de San Pedro sintió que tenía el pulso acelerado y experimentó una sensación extraña. Parecía que era más pequeña de lo que solía ser. En la escalera, donde están los suizos con sus espléndidos uniformes, se encontraron con Svirski, que les sirvió de guía. Marina atravesaba como atontada las inmensas salas llenas de gente! Detuviéronse al fin en un salón grandioso donde se hallaba reunida gran multitud de personas, por entre las cuales procuraba la guardia suiza dejar el paso libre. Los ojos de todos los allí congregados estaban vueltos hacia aquel paso libre que terminaba en una puerta medio abierta de otra sala. Habríase podido creer que había vuelto la época de la Edad media; aquí aparecía un caballero cubierto de acero; allí un heraldo vestido de rojo y cubierta la cabeza con el birrete. Por aquella puerta medio abierta se deslizaban ora el traje de

púrpura de un cardenal, ora el violáceo de un obispo. Por todas partes se veían ondear plumas de avestruz, preciosos encajes sobre terciopelos negros, hombres de blanco cabello con semblante que parecía pintado sobre un sarcófago.

Polaniecki comprendió que toda aquella gente aguardaba á alguno más grande, muy superior á ellos; notaba la ansiedad de la espera pintada en todos los semblantes, sintió temblar en la suya la mano de Marina, y él mismo experimentó de nuevo la extraña sensación de parecerle que se empequeñecía, jamás, durante toda su vida, se había sentido tan pequeño. De pronto, una voz débil murmuró á su oído:

—Al fin os encuentro; dentro de un momento estará aquí.

Era Varcovski.

Pero su paciencia debía estar puesta á prueba por largo rato aún. Entre tanto, el señor Svirski fué saludado por un prelado conocido suyo. Después de haber cambiado algunas palabras con este último, el pintor acompañó á toda la comitiva á la sala inmediata. Polaniecki observó lleno de asombro que también aquí había gran número de gente. Allí era más visible todavía la expectación. Los hombres apenas se atrevían á respirar; sus rostros tenían una expresión solemne, misteriosa. Los rayos del sol cayendo sobre los tapices de púrpura, llenaban la espaciosa sala de una luz característica. Estuvieron aguardando todavía largo rato: al fin, de la sala anterior vino un murmullo, un estrépito confuso, y en el dintel de la puerta abierta apareció una figura blanca llevada por los guardias nobles.

Marina estrechó convulsivamente la mano de su marido. Un cardenal empezó á hablar; pero Polaniecki, no lo entendió, no lo oyó; toda su alma estaba concentrada en la blanca figura de rostro pálido casi transparente, más espíritu que cuerpo. Cuando vió que toda la gente se acercaba á aquella figura para recibir la bendición; cuando reparó en su esposa arrodillada á los pies de ella, comprendió que también él tenía que inclinarse, y á duras penas dominó su profunda emoción.

Al regresar á su vivienda, ninguno de ellos osaba despegar los labios. Marina estaba como atontada, y á Varcovski le temblaba todo el cuerpo. Bukacki fué también á comer con ellos, pero como también él se sentía enfermo, se mantuvo silencioso. Sólo Svirski exclamaba de cuando en cuando:

—Si, sí; quien no ha visto una cosa semejante, es imposible que se forme una idea de ello. Son impresiones que se graban en la mente.

A la caída de la tarde Polaniecki y Marina estaban contemplando la puesta del sol desde la «Trinitá dei Monti». Era un espectáculo espléndido. Una claridad dorada se extendía sobre la ciudad; á los pies de la joven pareja, en la plaza de España, descendía la sombra como un velo transparente, á través del cual se distinguían aún los sauces y los lirios de los vendedores de flores de la vía Condottí. Era un cuadro triste y silencioso, una dulce invitación al reposo y á la paz. Después la plaza desapareció en la obscuridad: únicamente la iglesia de la Trinitá resplandecía aún con un color dorado de púrpura.

Cuando descendieron la gigantesca escalera, su alma estaba invadida por un profundo sentimiento de apacible tristeza. Al fin Polaniecki cual si despertara de improviso, dijo volviéndose á su joven esposa:

—¿Sabes en qué estaba pensando? que en nuestra casa se ha acostumbrado á decir siempre en familia la oración de la noche.

—¡Ah, Stach!—contestó Marina con voz trémula; —¿hasta ahora no habías tenido valor para recordarlo?

XXXVI

Bukacki, que desde algún tiempo se sentía enfermo y se quejaba sin cesar de fuertes dolores en la nuca y de una debilidad general. Cierta mañana Polaniecki recibía de él el siguiente billete:

«Amigo mío.

»Anoche estuve á punto de partir para el otro mundo. Si no tienes cosa mejor que hacer ven á verme.»

Polaniecki sin decir nada á Marina corrió á casa del enfermo, á quien encontró en la cama.

—Me has asustado,—le dijo Polaniecki;—¿qué te ha sucedido?

—Nada de importancia: un pequeño ataque del lado izquierdo.

—Nada de bromas.

—Hablo formalmente. No tengo fuerza alguna en la mano izquierda, ni en el pie izquierdo, por lo cual no puedo tenerme en pie. Al principio creí que hasta había perdido la palabra y empecé á declamar: *per me si va nella...* Pero como ves la lengua

tenía fuerza todavía, y ahora hasta tengo despejada la imaginación.

—¿Estás seguro de que haya sido un ataque?

—Seguro. Y en definitiva, ¿qué es la vida?—empezó á declamar Bukacki.—Yo no me puedo mover, y por lo tanto si no es el fin, es el principio del fin.

—Sería una cosa aterradora, pero no creo en ello.

—¡Bah! hay momentos desagradables en la vida, —dijo una vez un sollo, mientras la cocinera lo destripaba.— Te confieso que en el primer momento se me erizaron los pelos de la cabeza á consecuencia del susto; pero ahora he recobrado el equilibrio. Uno se acostumbra á todo. Verdad es que hablo mucho; pero es porque no tengo tiempo que perder, pues esto acabará pronto.

—Hablas como un loco. Después de un ataque, se puede vivir treinta años todavía.

—Y hasta cuarenta. Un ataque apoplético es un hijo que puede permitirse mucha gente, pero yo no. Un hombre con cabeza dura, espaldas robustas y vientre sano, después de un ataque semejante, puede tener aún esperanzas; pero yo no. ¿Te acuerdas de cuando te burlabas de mi barriga? Te puedo asegurar que comparado con la que tengo ahora era entonces la barriga de un elefante. ¿No es cierto que el hombre es un cuerpo sólido? yo soy una línea con una sola dimensión, la longitud.

Como era natural, Polaniecki le contradijo, pero Bukacki replicó:

—Es inútil que tú te empeñes en contradecirme;

demasiado sé que el ataque se repetirá dentro de pocos días, y entonces, buenas noches.

Guardó un instante de silencio y luego continuó:

—¿Crees acaso que me sabe mal? Calcula que yo soy una especie de dedo separado de la mano. A nadie tengo en el mundo. Aquí, lo mismo que en Varsovia me veré asistido por personas mercenarias. ¡Qué vida sería la mía, si tenía que quedar como estoy ahora, inerte, demente y de cuerpo! En esta situación, ¿no es á caso un bien la muerte?

Polaniecki puso su mano en la del enfermo y le dijo con acento conmovido:

—Mi buen Adzio, no creas que vayamos á abandonarte solo aquí, ni digas que á nadie tienes. Nos tienes á mí y á mi mujer, á Swirski á Vascovski y á Bigiel. Para nosotros no eres un extraño. Te llevaremos á Varsovia y te cuidaremos junto con la señora Emilia que es Hermana de Caridad.

Bukacki estaba más conmovido de lo que quería aparentar, humedeciéronse los ojos, y después de un momento de silencio respondió:

—Eres un joven excelente... Si tengo todavía una voluntad, un deseo, te lo debo á tí: sí, quiero volver á Varsovia, yendo con vosotros estaré contento.

—Entretanto te trasladaremos á una casa de curación, donde podrás ser curado con cariño. Swirski nos podrá aconsejar... Déjame hacer y ya verás como todo irá perfectamente.

—Haz lo que te parezca,—contestó Bukacki en cuyo corazón había penetrado una ligera esperanza.

Polaniecki mandó llamar en seguida á Swirski y

á Varcovski, y al cabo de media hora comparecieron los dos. Aquel mismo día, el enfermo fué trasladado á una casa de curación, donde se le instaló en una habitación clara y pintada de blanco.

—¡Qué alegre es esto!—dijo Bukacki mirando las paredes de aquella pieza; y volviéndose á Polaniecki continuó:—ahora, amigo mío, tienes que pensar en volver al lado de tu mujer!

Polaniecki regresó á su casa, y participó á Marina el grave estado de salud en que su amigo se encontraba. Como era natural, ésta manifestó el deseo de visitarle, y en efecto, al día siguiente fué á verle, acompañada de su marido. Encontraron allí á Varcovski, que no se había separado del lecho del enfermo.

La visita de Marina sorprendió agradablemente á este último: se alegró mucho de volver á ver á una compatriota, pero no obstante, murmuró:

—¡Qué románticos sois! Todo esto no tiene sentido común. ¡Irse á molestar por un esqueleto tan desvenajado como el mío! Queréis obligarme á ser agradecido antes de que me muera, y ya os estoy agradecido, muy agradecido.

Marina trató de alejar de su mente sus tristes pensamientos de muerte. Le habló tranquilamente de su regreso á Varsovia, como de una cosa segura, y le dió consejos sobre la manera de cuidarse en cuanto hubiese vuelto á su país.

El enfermo la escuchaba con atención como si estuviera pendiente de sus labios.

Aquel mismo día fué á visitarle el señor Ornovski y se mostró tan conmovido y disgustado como si Bukacki fuera su propia hermana.

Al anochecer, Polaniecki, quedó solo con su amigo.

—Debo confesarte,—le dijo este último,—que jamás he comprendido como ahora, cuán miserable ha sido mi vida y cuán locamente la he consumido. ¡Si á lo menos me hubiese divertido! ¡Cuán necio es el hombre moderno! Tratar de ocultar todo lo que tiene de bueno en sí, bajo una máscara de payaso; persuadirse á sí mismo de la nulidad de la vida, y de todos los sentimientos, es admirablemente grotesco.

—Mi buen amigo,—dijo Polaniecki,—no te des mal rato con semejantes pensamientos, á lo menos en estos instantes.

—Tienes razón, pero no puedo menos de lamentarme que cuando estaba sano, todo era para mí objeto de risa, y he obrado como si nada me importara la vida: en cambio, ahora te digo en confianza que malditas las ganas que tengo de morirme.

—Pero si tú vivirás todavía largo tiempo.

—No trates de engañarme. También tu mujer ha tratado de persuadirme, pero he perdido toda esperanza. Me he cavado la fosa con mis propias manos. No sé si después de muerto seré ó no juzgado, pero te digo con franqueza, que estoy inquieto y que una especie de temor invade mi alma. En mi patria fui inútil á los demás, cuando podía haber sido muy útil. Estos pensamientos me dan angustia... Por extraña que te pueda parecer, te digo la verdad, comprendo que he comido el pan á traición... y entretanto viene la muerte.

Por más que Bukacki hablara con su acostumbrada volubilidad, su rostro expresaba una turba-

ción completa y su frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—¡Pero qué cosas se te ocurren!—exclamó Polaniecki:—no te atormentes con semejantes pensamientos.

Pero Bukaacki continuó:

—Yo poseo una fortuna importante. Una parte de ella te la dejaré á tí y el resto lo destinaré á fines de utilidad pública. Tú y Bigiel sois unos caballeros y os encargaréis de este trabajo, á mí no me queda el tiempo necesario para hacerlo. ¿Aceptas?

—Haré todo lo que tú desees.

—Gracias. ¡Cuán extraños son estos reproches, que uno se dirige á sí mismo!... Mas yo no puedo convencer á mi conciencia de que no tiene culpa. Me voy al otro mundo sin tener nada en mi activo... Esto tiene una gravedad aterradora... oscura como la noche... sin el menor rayo de luz... y se tiene que podrir, que descomponerse. ¿Tú crees?

—Yo no puedo decir sí ni no. He hecho burla de la divinidad, como de todas las demás cosas. Sin este peso encima de la conciencia, tal vez estaría más tranquilo... Me imagino ser una abeja que ha cometido la estupidez de saquear su propia colmena. Bien es verdad que no me lo he comido todo, la mayor parte se me la han llevado los objetos de arte que te dejaré á tí... ¡Con cuanto gusto viviría aún! Me contentaría con uno, á lo menos con el tiempo suficiente para no tener que morirme aquí... ¡Es tan dulce morir en la patria!

Muy adelantada estaba ya la noche cuando Pola-

niecki regresó á su alojamiento. Durante toda la semana no hubo alteración alguna en el estado de Bukaacki, y sus amigos habían resuelto hacerle trasladar á Varsovia para secundar su vivo deseo, pues á cada instante recordaba á su patria y á la señora Emilia. Pero en la víspera del día que se había fijado para su partida, el enfermo perdió completamente el uso de la palabra.

A Polaniecki se le desgarraba el corazón á la vista de aquel desgraciado, cuyos vivaces ojos expresaban á veces una profunda inquietud y otras veces una muda plegaria. Al anochecer un nuevo ataque apoplético le dejó sin vida. Fué enterrado provisoriamente en el Campo Santo, porque Polaniecki estaba íntimamente convencido de que aquellas miradas mudas querían expresar el deseo de que sus restos descansaran en su patria.

XXXVII

—¿No te pregunto si eres feliz?—dijo Bigiel á Polaniecki, cuando éste estuvo de vuelta en Varsovia.

—Con una mujer como Marina se tiene que ser feliz á la fuerza.

—Tienes razón,—respondió Polaniecki;—Marina es la mejor de las esposas. Los dos estamos contentos.

Dirigiéndose luego á la señora Bigiel, prosiguió:

—¿Se acuerda usted de que yo tenía miedo de casarme con una mujer que pretendiera que yo fuese todo para ella y que se figurara que debía hacerse dueña absoluta no sólo de todos mis sentimientos, sino de hasta mis mismos pensamientos? ¿Se

ción completa y su frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—¡Pero qué cosas se te ocurren!—exclamó Polaniecki:—no te atormentes con semejantes pensamientos.

Pero Bukaacki continuó:

—Yo poseo una fortuna importante. Una parte de ella te la dejaré á tí y el resto lo destinaré á fines de utilidad pública. Tú y Bigiel sois unos caballeros y os encargaréis de este trabajo, á mí no me queda el tiempo necesario para hacerlo. ¿Aceptas?

—Haré todo lo que tú desees.

—Gracias. ¡Cuán extraños son estos reproches, que uno se dirige á sí mismo!... Mas yo no puedo convencer á mi conciencia de que no tiene culpa. Me voy al otro mundo sin tener nada en mi activo... Esto tiene una gravedad aterradora... oscura como la noche... sin el menor rayo de luz... y se tiene que podrir, que descomponerse. ¿Tú crees?

—Yo no puedo decir sí ni no. He hecho burla de la divinidad, como de todas las demás cosas. Sin este peso encima de la conciencia, tal vez estaría más tranquilo... Me imagino ser una abeja que ha cometido la estupidez de saquear su propia colmena. Bien es verdad que no me lo he comido todo, la mayor parte se me la han llevado los objetos de arte que te dejaré á tí... ¡Con cuanto gusto viviría aún! Me contentaría con uno, á lo menos con el tiempo suficiente para no tener que morirme aquí... ¡Es tan dulce morir en la patria!

Muy adelantada estaba ya la noche cuando Pola-

niecki regresó á su alojamiento. Durante toda la semana no hubo alteración alguna en el estado de Bukaacki, y sus amigos habían resuelto hacerle trasladar á Varsovia para secundar su vivo deseo, pues á cada instante recordaba á su patria y á la señora Emilia. Pero en la víspera del día que se había fijado para su partida, el enfermo perdió completamente el uso de la palabra.

A Polaniecki se le desgarraba el corazón á la vista de aquel desgraciado, cuyos vivaces ojos expresaban á veces una profunda inquietud y otras veces una muda plegaria. Al anochecer un nuevo ataque apoplético le dejó sin vida. Fué enterrado provisoriamente en el Campo Santo, porque Polaniecki estaba íntimamente convencido de que aquellas miradas mudas querían expresar el deseo de que sus restos descansaran en su patria.

XXXVII

—¿No te pregunto si eres feliz?—dijo Bigiel á Polaniecki, cuando éste estuvo de vuelta en Varsovia.

—Con una mujer como Marina se tiene que ser feliz á la fuerza.

—Tienes razón,—respondió Polaniecki;—Marina es la mejor de las esposas. Los dos estamos contentos.

Dirigiéndose luego á la señora Bigiel, prosiguió:

—¿Se acuerda usted de que yo tenía miedo de casarme con una mujer que pretendiera que yo fuese todo para ella y que se figurara que debía hacerse dueña absoluta no sólo de todos mis sentimientos, sino de hasta mis mismos pensamientos? ¿Se

acuerda usted de cuando trataba de persuadirla de que el amor por una mujer no debe absorber por completo la actividad de un hombre hasta el extremo de perjudicar sus propios intereses?

—Sí, pero recuerdo también que yo le respondí á usted y le demostré que el amor por mis hijos, con todo y llenar todo mi ser, jamás, ni por un sólo instante me había privado de cuidar de mis quehaceres domésticos. Usted habla de los sentimientos como si fueran cosas materiales que se pueden manejar.

—Mi mujer tiene razón,—apoyó Bigiel,—y es sostener una falsedad, querer comparar los sentimientos y las ideas con las cosas materiales.

Polaniecki le miró sonriéndose, y exclamó con tono jovial:

—¡Tú cállate esclavo de la mujer!

—¿Qué importa vivir en la esclavitud si el esclavo se siente feliz?—replicó Bigiel.—Por lo demás no hay que cantar victoria, dentro de poco comparirás conmigo igual destino.

—¿Yo?

—Sí, sí, tú. Nada podrás oponer al imperio del amor.

—Se puede estar enamorado sin que por eso haya necesidad de que la mujer nos haga bailar á su capricho. Os confieso con toda sinceridad, que no sabría encontrar palabras suficientes para elogiar á Marina. La amo con tanta mayor razón, cuanto que ella está contenta del cariño que le demuestro, porque no pretende ser mi ídolo, mi única divinidad. Dios me ha librado de una mujer de esas que tienen la pretensión de que el hombre sea una pro-

piedad suya absoluta, y de que no pueda cuidarse de nadie más que de ella. Una mujer semejante se me habría hecho insoportable.

—Créame usted, señor Estanislao,—repuso la señora,—respecto á esto, todas las mujeres somos iguales; y ninguna hace excepción; al principio nos contentamos con la poca que se nos concede, pero después...

—Después ¿qué?—interrumpió Polaniecki con tono sarcástico.

Después las mujeres se entregan á cierta cosa que para vosotros los hombres es una palabra sin importancia; pero que en cambio para nosotras representa una verdadera necesidad para poder seguir viviendo.

—¿Cuál es esta palabra mágica, este talismán?

—La resignación.

Polaniecki se echó á reir y replicó:

—Bukacki sostenía que las mujeres se adornan con la resignación como lo hacen con un sombrero que les sienta bien.

—Puede ser. Tal vez sea un vestido, pero, con ella, se va más fácilmente al cielo, que con otra cosa.

—Entonces mi Marina está destinada á condenarse, porque espero que no podrá llegar á ganarse el Paraíso por este medio. Me ha prometido que estaría aquí, más, por lo visto, debe haberse retardado.

—Tal vez su padre no la ha dejado marchar tan pronto. Por lo demás, puede usted quedarse á comer aquí.

—Con mucho gusto,

—Tenemos otro convidado. Dispéñseme usted un momento, voy á ordenar que pongan dos cubiertos más,—dijo la señora Bigiel alejándose muy rápidamente.

—¿Qué convidado es ese?—preguntó Polaniecki á Bigiel.

—Zavilovski, un nuevo corresponsal de nuestra casa de comercio.

—¿Quién es ese Zavilovski?

—El ilustre poeta. ¡Del Parnaso á la correspondencia comercial! Es un hombre muy activo, pero con los versos y las rimas no ganaba con que quitarse el hambre de encima. Al principio estaba indeciso entre admitirlo ó no, pero me venció su franqueza. Me confesó que para él era una cuestión del pan de cada día, y me dijo claramente que aún cuando conocía tres idiomas no se veía capaz de hablarlas, y mucho menos de sostener una correspondencia comercial.

—Son pequeñeces,—observó Polaniecki,—en unas cuantas semanas podrá aprender; pero temo que, como este no es su oficio, se cansará pronto.

—Tiene que empezar á trabajar dentro de tres días, y le he adelantado tres meses de paga, porque he comprendido que le urgía mucho el tener dinero.

—¿Según eso, carece enteramente de recursos?

—Indudablemente, le pregunté si era pariente del viejo Zavilovski, á quien tú conoces, y que es muy rico; púsose colorado y me contestó que no; pero yo estoy convencido de lo contrario. ¿Qué quieres? Algunos reniegan de sus parientes porque son pobres; en cambio otros no los quieren recono-

cer porque son ricos. ¡Caprichos! ¡siempre el maldito orgullo! Por lo demás, me parece que te gustará. A mi mujer le es muy simpático.

—¿Quién es ese que le es tan simpático á tu mujer?—preguntó la señora Bigiel que reaparecía en aquel instante.

—Zavilovski.

—Precisamente he leído su hermosa poesía, *En el umbral*. Parece que quiere ocultar algo en su vida.

—Quiere ocultar su propia pobreza, y esta pobreza es precisamente lo que le ha tenido siempre en la obscuridad.

—¡Oh, no! Creo por el contrario, que ha sufrido graves desengaños.

Polaniecki se había distraído y no prestaba atención, al diálogo de los dos esposos: miraba con impaciencia el reloj, y al fin, exclamó con tono colérico:

—¡Pero Marina se hace esperar demasiado!

En aquel preciso momento entraba la culpable. Polaniecki la dijo que se quedaba á comer, y Marina recibió con gusto la noticia.

Zavilovski, no se hizo esperar, Bigiel le presentó su socio.

El joven poeta, hombre de aspecto nervioso, podía tener unos veintisiete años, tenía los ojos pensativos, la barba saliente, lo cual le daba cierto parecido con Wagner, la frente espaciosa y tan blanca, que bajo su delicada piel se distinguían las venas, representando con toda claridad la letra I del alfabeto. Era de estatura más que regular y parecía moverse embarazosamente.

—¿De modo que dentro de tres días seremos compañeros de trabajo?—le dijo Polaniecki.

—Eso es, mi señor principal,—contestó el joven, serviré en vuestro despacho.

Polaniecki se rió.

—Omitamos lo de *señor principal*,—replicó.—Por más que, tal vez á mi cara mitad le pueda halagar este nuevo título.

Y volviéndose á su esposa, añadió:

—Marina, ¿te gustaría oírte llamar la *señora principala*?

Zavilovski se hallaba sumamente perplejo, pero no pudo menos que reírse, cuando Marina, respondió:

—No, porque se me figura que una *señora principala* tendría que llevar una cofia tamaña así.

Al decir esto, señalaba con las manos el tamaño.

—Y yo,—continuó no puedo soportar las cofias.

Zavilovski empezaba á sentirse más á sus anchas entre aquellas personas sencillas y expansivas, pero se halló de nuevo apurado cuando Marina le preguntó:

—Para mí es usted un conocido antiguo, puede casi decirse que acabamos de llegar y ya me he enterado en casa del librero de si tenía alguna otra novedad suya. ¿Ha publicado usted, algo nuevo?

—No, señora: para mí la poesía es como la música para el señor Bigiel. Sólo escribo versos en mis ratos perdidos y para mi exclusiva diversión.

—Lo dudo,—dijo la señora Polaniecki.

Y tenía razón. A Zavilovski le parecía que así daba á entender que le gustaba su empleo de co-

rresponsal de la Casa, y que deseaba que se le considerara como empleado y no como poeta. Por otra parte, á pesar de que era joven aún, obrando al revés de ciertos poetas barbilampiños que se tienen por hombres de genio, evitaba ponerse en evidencia. Nada temía tanto como ponerse en ridículo, y este temor era el que precisamente le hacía caer en el extremo opuesto. Avergonzábbase casi de sus poesías, y cuando se persistía en hacer elogios de su estro poética, hasta llegaba á enojarse.

Durante la comida, animóse más la conversación. Polaniecki y Marina refirieron los episodios de sus viajes á Italia. Hablaron también de los hombres que habían conocido allá y especialmente de Bukacki y de sus últimas disposiciones testamentarias, de las cuales, según declaró Polaniecki, tenía éste que hablar con Bigiel. Como Bigiel había sido discípulo del señor Ornovski, escuchó con interés lo que los dos esposos le contaron de él y de su mujer.

—Este señor se distingue por una particularidad, por su idolatría hacia su mujer y por el temor de volverse grueso.

—Pero si está muy flaco,—observó Marina.

—Dos años atrás notó que tenía predisposición por la obesidad. Y empezó inmediatamente á correr en bicicleta, á ejercitarse en la esgrima, en la natación y á beber agua de Carlsbad; así ha logrado conjurar el peligro. Su mujer no puede soportar los hombres gordos, y por esto tiene decidido empeño en estar flaco. Y por igual motivo frecuenta todos los bailes posibles y pasa noches enteras bai-

lando. De su mujer no está solamente enamorado, sino que está loco por ella. Cuenta las miradas que ésta se digna dirigirle durante el día, y no se contenta únicamente de besarle las manos, sino que cuando está sola, hasta besa sus guantes.

—¡Qué delicioso es esto!—exclamó Marina.

—¿Te gustaría que yo fuese así?—la preguntó su marido.

Ella reflexionó un instante y luego respondió:

—No, porque serías diferente de lo que eres.

—¡Una respuesta digna de Maquiavelo!—exclamó Bigiel.—Es á un mismo tiempo un elogio y un reproche. Reconoce que su marido le gusta tal como es, pero que podría ser algo mejor, reflexiona bien, sobre todo esto, mi joven amigo.

—Lo que es yo, considero esta respuesta como un elogio,—dijo Polaniecki,—por más que usted, señora,—agregó dirigiéndose á la señora Bigiel,—podría tomarla como un acto de resignación.

Aquí el diálogo tomó otro giro y fué á caer sobre Masko y su mujer. Bigiel contó, entre otras cosas, que el hábil abogado había sido nombrado por algunos lejanos parientes y herederos de la señora Plaszovski, apoderado para demostrar la nulidad de su testamento, y que en el caso en que Masko ganase la causa, era seguro que embolsaría una cantidad fabulosa.

—Masko hace siempre como los gatos,—dijo Polaniecki;—cae siempre de pies.

—Esta vez,—dijo Bigiel,—debe rogar á Dios de que no se abra la cabeza. Se trata, para vosotros y para el señor Plavicki de una cantidad que vale la pena. Tan sólo la hacienda dejada por la señorita

Ploszoski está evaluada en setecientos mil rublos, sin contar el dinero en efectivo.

—Si heredamos algo, será para nosotros una fortuna verdaderamente inesperada,—dijo Polaniecki.

Pero Marina, á quien no gustaba esta conversación, dijo con viveza:

—No me agradan estas cosas. La herencia estaba destinada á obras de beneficencia, y no encuentro justo oponerse á la voluntad de la difunta en perjuicio de los pobres. El sobrino de la señorita Ploszovski se ha suicidado, y de consiguiente es probable que ésta al dictar su nuevo testamento haya pensado en la salvación del alma de su sobrino al utilizar un medio que podría hallar gracia á la presencia de Dios en pró del infeliz suicida. A mí, esta idea de impugnar el testamento, me es completamente antipática.

—¡Qué decidida eres!—observó Polaniecki.

—Dime, Stach, ¿acaso no tengo razón?

—Indudablemente. Pero, ¿qué quieres hacer si Masko gana?

—Me gustaría que perdiera,—replicó Marina con enérgico tono.

—Eres demasiado resuelta,—la dijo su marido.

—¡Qué criatura tan noble y tan buena!—pensó Zavilovski fijando sus ojos llenos de admiración en la joven esposa.

Después de comer Bigiel y Polaniecki se retiraron á una habitación inmediata para fumar y beber una taza de café, y para hablar de la manera como hablan de disponer de los bienes dejados por Bukacki.

Zavilovski que no era fumador se quedó en el co-

medor con las señoras. Marina, como *principal* se creyó en el debe de mostrarse amable con el futuro dependiente de la Casa y por lo tanto se acercó al joven poeta y le dijo:

—La señora Bigiel y yo puede decirse que formamos parte de una misma y gran familia y espero que usted pronto querrá también considerarse como uno de los nuestros.

—Con mucho gusto,—contestó Zavirovski—será un gran honor para mí el encontrarme algunas veces en tan preciosa compañía.

—A esos hombres de negocio, yo les he conocido el día mismo de mis bodas. Sus ocupaciones hacen que se olviden de nosotras, y por lo tanto, necesitamos atraérnoslos. Mi marido ha propuesto que nos reunamos todas las semanas un día en casa de Bigiel y otra en nuestra casa. Esta proposición la encuentro buena, pero quisiera fijar una condición.

—¿Cuál?—preguntó la señora Bigiel.

—Que en estas reuniones no sea permitido hablar de negocios. Haremos música; el señor Bigiel toca muy bien, y algunas veces podremos leer también poesías como por ejemplo, *En el umbral*.

—Pero no en mi presencia,—observó Zavirovski esbozando una forzada sonrisa.

—¿Por qué no?—preguntó Marina con el aire sencillo é ingenuo que le era habitual.—En un círculo de amigos puede usted leer sus poesías. Créame usted, antes de que le conociéramos habíamos hablado ya muchas veces de usted.

Zavirovski se sintió completamente desarmado. El temor de hacerse ridículo había desaparecido. Marina producía en él un efecto tranquilizador.

¡Había tanta delicadeza en lo que pedía! La presencia de aquella mujer le hechizaba como había hechizado en otra ocasión al pintor Svirski, y como estaba acostumbrado á expresar poéticamente sus pensamientos, resucitó el poeta.

Marina, para demostrarle el vivo interés que por él sentía, le pidió noticias de su familia, con lo cual lo puso inconscientemente en gran apuro.

El padre del poeta había sido un gran jugador. Había llevado una vida desarreglada, y había acabado por ser recluso en un manicomio.

Afortunadamente para el joven poeta, en aquel momento reaparecieron Bigiel y Polaniecki sacándole del conflicto de tener que dar una respuesta.

—Es una idea magnífica,—decía Polaniecki, mientras cruzaban el umbral de la puerta,—y voy á ponerla en seguida en ejecución. Mas ahora pensemos en otra cosa. ¿Qué dirías si te pidiera que tocaras alguna cosa bonita?

Bigiel contestó que estaba dispuesto á hacerlo y yendo á buscar su cítara, empezó á tocar, con los ojos medio entornados, la *Canción de la Primavera*.

Zavirovski volvió muy tarde á casa, entusiasmado de la acogida que había tenido, de la sencillez y costumbres de aquellas familias, de la *Canción de la Primavera*, y sobre todo de la señora Polaniecki.

XXXVIII

Ocho días después del regreso de los esposos Polaniecki, los señores Masko les fueron á visitar. La señora Masko, vestida con traje de seda gris, pare-

cia más graciosa que nunca. La inflamación de los ojos que la fastidiaba cuando era niña aún, había desaparecido por completo. Únicamente seguía siendo la misma la expresión de su semblante. Llevávale á Marina casi cinco años de ventaja, pero parecía haberse rejuvenecido y su cuerpo conservaba las huellas de la juventud. El mismo Polaniecki la encontró tan atractiva, que hasta su voz monótona ejercía sobre él cierta fascinación.

Masko parecía dichoso y contento de sí mismo y de su esposa, jamás se había sentido tan dichoso como ahora, y todas sus miradas denunciaban el amor que profesaba á su mujer.

Por lo demás, difícilmente habría hallado otra mujer que reuniera, como aquella, todas las condiciones deseadas por él, sobre el gusto, el aspecto y la manera de conducirse en sociedad. Su aire tranquilo, las maneras distinguidas que empleaba hasta cuando se hallaba sola con él, le habían subyugado y él, verdadero *parvenu* sentíase profundamente honrado con poseer una *princesa* semejante. Cuando Marina le preguntó donde había pasado la luna de miel, la señora Masko respondió con dignidad:

En las posesiones de mi marido.

—¿Le gusta el campo?

—Mamá prefiere la vida del campo á cualquier otra,—respondió la señora Masko.

—¿Y le ha gustado á usted Kerzemien?

—Sí; mi marido tiene intención de reconstruirlo.

Marina respiró involuntariamente y sintió una especie de desahogo cuando la conversación tomó otro giro y se empezó á hablar de las relaciones que les eran comunes.

La señora Masko conocía perfectamente á la señora Ornovski por haber tomado lecciones de baile con ésta y con una prima suya, una tal Lineta Castelli.

Entre tanto los dos maridos estaban sentados en una habitación inmediata y hablaban del testamento de la señora Ploszovski.

—Debo confesarte,—decía Masko,—que ahora puedo respirar al fin. Hacía muchos años que no se me había presentado una ocasión como esta. Aquí se trata de millones. Ploszovski era aun más rica que tía: él había dejado su fortuna á la señora Kromicki; pero habiendo ésta renunciado á la herencia, todo fué á parar á las manos de la vieja señora Ploszovski. ¿Comprendes ahora cuan colosal es la fortuna que intentamos recuperar?

—Bigiel la ha estimado en unos setecientos mil rublos.

—Dile á Bigiel que á lo menos será el duplo. ¿Sabes á quien debo el que mi buena estrella haya vuelto á resplandecer? Se lo debo á tu suegro: él fué el primero que me habló del testamento. Al principio, rehusé; pero luego, cuando me encontré con el agua al cuello, comencé á reflexionar sobre ello y le hice sacar una copia del testamento por el notario Vizinski; y á la primera ojeada observé que había en él no pocos defectos de forma. Antes de que hubiesen pasado ocho días, los herederos me concedieron plenos poderes y se entabló la causa. ¿Y sabes lo que pasó? Se supo la fabulosa recompensa que debía recibir en el caso de que se ganara el pleito; la gente recobró su antigua confianza en mí; mis deudores declararon que espera-

rian hasta la terminación del proceso, reconquisté todo mi perdido crédito y me he salvado.

—¿Crees sinceramente que la causa sea buena?

—Tú sabes mejor que yo que un abogado astuto puede dar siempre al curso de un pleito un giro favorable á sus intereses y á los de sus clientes.

—¿De modo que confías en ganar?

—Cuando se confía en invalidar un testamento, casi siempre se tienen ventajas; además el ataque suele ser mucho más enérgico que la defensa. Los establecimientos benéficos son corporaciones que se mueven con mucha lentitud y á sus individuos no les aguijonea el interés personal. ¿Qué le darán al abogado que los defenderá? A duras penas lo que la ley les quiera asignar. Ese abogado tendrá más interés en perder, porque quizás puede depender de mí el que se haga una transacción con él. Ten en cuenta que hasta en cosas referentes á la justicia, gana, como en la vida, la parte que procede con mayor energía.

—Pero te verás sencillamente vituperado por la opinión pública si logras hacer anular el testamento.

—Tu mujer es una escepción.

—No en absoluto, porque hasta yo mismo no encuentro esa cosa muy de mi gusto.

—En mi modo de pensar, creo que un poco de impopularidad más aprovecha que daña á un hombre *comme il faut*. Si pierdo el proceso, se me lapidará; pero si lo gano, créeme, seré tenido por una de las cabezas más finas de la ciudad. Y ganaré.

Masko habría continuado en espresar su opinión, si Polaniecki no le hubiera propuesto que volvieran

al salón, donde se hallaba ya Zavilovski con las señoras.

Polaniecki les quiso enseñar las fotografías que había traído de Italia. Estendióse toda la colección encima de la mesa; pero el joven poeta estaba tan absorto en contemplar el retrato de Litka, que no atendía á nada más.

—Jamás me habría figurado que fuese un retrato,—dijo al fin volviéndose á la señora Polaniecki; —¡qué cabeza tan admirable y qué expresión! ¿Es hermana vuestra?

—No,—respondió Marina;—he amado mucho á esa niña. ¡La pobrecita no existe ya!

Estas palabras acrecentaron todavía más el interés de Zavilovski. Volvió aún á contemplar en silencio las angelicales facciones de Litka y dijo:

—Le he preguntado á usted si era su hermana, porque encuentro cierto parecido en los ojos y en la expresión.

Polaniecki tenía una veneración tal por la muerte que las palabras del poeta le parecieron una profanación. Quitóle la fotografía de las manos y la volvió á colocar en su sitio y con descortés viveza dijo:

—No hay tal: no existe ni el más remoto parecido. ¿A quién se le ocurre hacer semejantes comparaciones? No se le parece ni en un sólo rasgo.

Marina se sintió ofendida, pero contestó con sosegado acento:

—Soy de tu opinión.

Mas Polaniecki no estaba satisfecho todavía, y, volviéndose á la señora Masko dijo:

—¿Ha conocido usted á Litka?

34995

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

— Sí.

— Es verdad; usted la ha visto en casa de los señores Bigiel.

— Eso es.

— Pues bien, ¿ha encontrado usted que aquella niña tuviera algún parecido con mi esposa?

— No.

Zavilovski miró sorprendido á Polaniecki; este, á su vez, contemplaba á la señora Masko cuya graciosa figura aparecía aun más elegante y fina con su vestido de seda y pensó:

— ¡Qué mujer tan regia!

Los esposos Masko no tardaron en marcharse. Cuando el abogado se despidió, llevóse á los labios la mano de Marina y dijo:

— Dentro de poco he de salir para Petersburgo. ¿Querría usted ir alguna vez durante mi ausencia á hacer compañía á mi esposa?

Durante el té, Marina rogó al joven poeta que leyese la poesía *En el umbral*. Este no se hizo de rogar, y hasta después de aquella leyó otras. El mismo estaba sorprendido de su audacia, y después que sus oyentes le hubieron aplaudido, dijo:

— Les confieso á ustedes, y hablo formalmente, que entre ustedes me siento tan animoso, á pesar de que sea tan sólo la tercera vez que nos hallamos juntos, como si los conociera de muchísimo tiempo.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki dijo:

— Es verdaderamente una persona agradable. ¿Has visto cómo ha cambiado?

— Sí, se ha cortado el pelo, — contestó Marina.

— Es verdad, parece que tiene la barba más espesa, — añadió Polaniecki.

Después se levantó, y tomando el retrato de Litka dijo:

— Quiero llevarlo á mi despacho.

— Pero si allí tienes ya el otro retrato.

— Sí, pero no quiero que cuantos vienen aquí tengan el derecho de meterse á hacer comparaciones sobre él. Esto me desagrada.

— Es verdad, Stach, — respondió Marina.

XXXIX

A Polaniecki le aguijoneaba un nuevo deseo, deseo tan viejo como la misma humanidad; el de ser propietario.

Hacía algún tiempo ya que estaba madurando la idea de construir una gran casa en la ciudad; pero luego, pensando que tendría que alquilar una parte para sacar el interés del capital empleado, y que de esta manera la casa no sería enteramente suya, abandonó este proyecto y después de maduras reflexiones se decidió á comprar, como lo había hecho Bigiel, una pequeña finca en los alrededores de la ciudad.

Apenas se supo que tenía ganas de comprar una finca al contado, llovieron de todas partes las ofertas. Con frecuencia se veía obligado á hacer una excursión para visitar las quintas disponibles y como recibía gran número de cartas y planos que tenía que leer y estudiar, hallábase ocupado todo el día y únicamente por la noche podía estar al lado de Marina.

Cuando ésta le preguntó á qué venía todo aquel mareo, la contestó:

—En cuanto haya concertado algo, te lo diré. Por ahora, quiero callar, porque de no hacerlo así, obraría contra mis propias costumbres.

Mas ella no tardó en saber de lo que se trataba por la señora Bigiel, á quien su marido nada sabía ocultar.

Marina también deseaba poseer una casa, pero jamás se habla atrevido á decir una palabra al señor Stach. Su delicadeza la impedía ser la primera en hacer esta proposición.

En cuanto á él, no lo hacía con mala intención, sino sencillamente porque no consideraba oportuno hablar con ella de asuntos de intereses. Tal vez habría sido muy distinto si su esposa hubiese traído dote, si él hubiera tenido la administración de un capital que hubiese pertenecido á ella. A Bigiel le confiaba todos sus asuntos, pero con su mujer sólo hablaba de cosas que á su modo de ver podían interesar á una señora y de consiguiente, entre otras, de las personas con quienes se acostumbraban á frecuentar.

En casa de Masko habían estado ya; ahora estaban indecisos sobre si debían ó no hacer una visita á los señores Osnavski, que habían regresado del extranjero, y que tenían intención de quedarse en Varsovia hasta fines de Junio. Marina sostenía que no podían prescindir de hacerla, mas Polaniecki no quería dejarse persuadir.

Sin embargo, algunos días después, como Marina se hubiese encontrado con los esposos Osnavski, y estos la hubiesen invitado con extraordinaria cordialidad á renovar sus relaciones, Polaniecki se decidió al fin á acompañar á su mujer á casa de ellos.

Con esta ocasión, trabaron relaciones con la señora Bronicz y con su sobrina Lineta Castelli, que habían venido á Varsovia para el carnaval de verano. Ocupaban estas una parte de la quinta que el señor Bronicz se había reservado para su mujer en la escritura de venta de dicha quinta, hecha á favor del señor Osnavski.

La señora Bronicz hablaba sin cesar de su marido, como único pariente del conde Strovski y como último vástago de los Burikovicz. Llamábasela por sobrenombre la *Meliffua*, por sus maneras extremadamente ceremoniosas. Contábanse además cosas estupendas sobre su habilidad en decir mentiras.

La señorita Castelli era hija de una hermana suya que, con gran escándalo de la familia y de toda la población se había casado con un maestro de música italiano. La pequeña Lineta, al quedar huérfana fué recogida y educada por la señora Bronicz. Lineta con sus facciones regulares, sus ojos azules, sus cabellos de un rubio dorado y la tez extraordinariamente fina y delicada, pasaba por una belleza. Sus larguísimas pestañas le daban una expresión de languidez.

Los Osnavski habían venido á Varsovia con la intención de divertirse. La señora Anetka no había estado en Roma sin un objeto determinado.

—Arte y siempre Arte,—le dijo ésta á la señora Polaniecki,—es lo único que me interesa.

Luego habló de un proyecto suyo de abrir una sala romana; pero no dijo que esperaba llegar á ser la Beatriz de algún Dante ó la Laura de algún Petrarca.

—Nosotros—continuó diciendo,—tenemos un jardín magnífico, y queremos resucitar las *serate* romanas y florentinas.

Y levantando al aire ambas manos, y empezando á gesticular y á agitarlas en el espacio, prosiguió:

—Ya sabéis: un crepúsculo, un ocaso dorado, un poco de luna, algunas lámparas y la sombra de algunos árboles; nos sentamos, se forman corros y se habla en voz baja de arte, de vida y de sentimientos. Es mejor esto que las acostumbradas tertulias donde se habla de cosas inútiles. Jozio, tal vez te aburrirás; pero no te enfades por eso, sacrificate por amor mío: por lo demás, vas á ver qué gracioso será.

—Mi adorada Anetka, lo que á tí te divierte no me puede aburrir á mí,—contestó Osnavski.

—Tenemos que hacer esto mientras Lineta está aquí: esta es una consumada artista. ¿Qué te parece mi proyecto?—añadió volviéndose hacia la joven.

Lineta se contentó con sonreír lánguidamente, y la señora Osnavski continuó:

—Nos construimos aquí en casa una pequeña Italia y, si la prueba nos sale fallida, en el invierno próximo escapamos de nuevo para el divino país, y abrimos en Roma nuestro salón, ¡Si supieras cuántas copias de cuadros y de esculturas me ha comprado mi Jozio! Le estoy muy agradecida, porque yo me vuelvo loca por los objetos de arte. Son objetos de gran valor, porque, aun cuando mi marido no entiende de arte, fueron bien escogidos, por haber tenido el buen sentido suficiente para pedir á este fin consejos al pintor Svirski. A propósito,—

prosiguió volviéndose de improviso hacia Marina, ¿sabéis que tenéis entusiasmado á Svirski? Desde que os marchasteis, no ha cesado de recordaros y hasta ha pintado una Virgen á la cual le ha dado vuestra misma cara. Previendo estoy que os convertiréis en una segunda Fornarina: sois afortunada con los artistas.

—A propósito de caras que causan impresión á los artistas, púsose á decir la señora Bronicz,—dirigiendo á Marina una mirada desdefiosa, quiero referirle lo que nos ha acaecido en Niza.

—Pero, tía,—interrumpió la señorita Castelli.

—Pero si es verdad, hija mía, y lo que es verdad, se puede referir siempre. Dos años atrás, no hace tres años... ¡es increíble la rapidez con que pasa el tiempo!... Decía pues que tres años atrás...

La señora Anetka, que había perdido la cuenta de las veces que oyera la historieta de Niza, la interrumpió bruscamente, diciendo á la señora Polaniecki.

—¿Tiene usted muchas relaciones entre los artistas?

—No, apenas conozco al señor Zavilovski.

Esta noticia entusiasmó á la señora Osnovski.

—Siempre he tenido vivos deseos de conocer á ese gran poeta,—dijo con voz entrecortada por la emoción:—Yozio lo puede decir. Repetidas veces hemos leído Lineta y yo su poesía *Ex imo*, y Lineta, que sabe expresar con una sola palabra bien apropiada una impresión, me dijo... ¡una frase tan característica!... esperad.

—Que rebosaba del corazón,—completó la señora Bronicz.

—Eso es: que rebosaba del corazón. ¿Que aspecto tiene el señor Zavilovski.

—Es pequeño,—le contestó Polaniecki;—grueso, rayano en los cincuenta, y no tiene ni un pelo en la cabeza.

Al oír estas palabras la señora Osnovski y Lineta cambiaron una mirada de desilusión; pero Marina, riéndose con toda su alma, les dijo:

—No le crean ustedes señoras; es un mentiroso. Ilo que es muy aficionado á bromear. El señor Zavilovski es muy joven todavía, un poco tímido y se parece á Wagner.

—Tiene una barba,—dijo Polaniecki;—como la de Polichinela.

La señora Osnovski no hizo caso de la interrupción de Polaniecki y rogó vivamente á Marina que le presentara el poeta lo más pronto posible!

—¡Qué par de caras tan bonitas!—dijo Marina á su esposo mientras bajaban la escalera de la casa de los señores Osnovski.

—No sé que te diga,—respondió Polaniecki.—La señora Osnovski puede tenerse por una mujer hermosa, pero yo prefiero la señora Masko. La señorita Castelli se lleva verdaderamente la palma sobre todas; pero he observado que, mientras todos se afanaban en hablar de ella, ella no ha abierto la boca ni una sola vez.

—Pasa por una muchacha inteligente,—repuso Marina:—puede ser que sea muy tímida, como Zavilovski. De todos modos, procuraré que esos dos jóvenes se conozcan recíprocamente, mañana mismo.

Pero Marina no pudo realizar tan pronto su pro-

yecto. Al día siguiente, resbaló en la escalera y cayó tan mal, que se hizo una grave herida en la rodilla, y tuvo precisión de guardar cama algunos días.

Al principio Polaniecki se alarmó mucho; pero luego que el médico lo hubo tranquilizado, se enfadó con su mujer.

—Deberías pensar que ahora no se trata de tí sola,—le dijo.

Estas palabras entristecieron á Marina, tanto más, cuanto que la rodilla le dolía mucho. En vez de hacerle cargos infundados debía mostrarse disgustado de lo que había sucedido. Más poco después se reconcilió con él, que se mostró solícito, sin moverse de casa durante dos días para poderla curar. Antes de comer le leía algo, y después trabajaba en la habitación inmediata, dejando la puerta abierta para poder acudir en cuanto lo llamara.

A Marina le afectó mucho esta solicitud, y se la agradeció muchísimo.

—Niña mía,—respondió Polaniecki, dándola un beso;—cumpló sencillamente con mi deber; ¿no ves que no sólo los amigos, sino hasta los simples conocidos se interesan por tu salud, y diariamente piden noticias tuyas?

Y era verdad. Zavilovski en el despacho le preguntaba como estaba la señora. La señora Bigiel iba todas las tardes, y su marido todas las noches, no dejando de tocar el piano para que la enferma pudiera distraerse algo. Masko y su señora se contentaban con enviar sus tarjetas; pero la señora

Osnovski quiso absolutamente ver á la enferma. Permaneció á su lado dos largas horas y, según su costumbre, habló un poco de todo, pasando de un asunto á otro sin orden ni concierto.

—No puedo sacarme á Zavilovski de la cabeza, —dijo al fin antes de marcharse:—¿querrá usted creer que Jozio empiece á tener celos de él? ¡Pobre Jozio! Estoy convencida de que Lineta y él han nacido el uno para la otra: entendámonos, no Lineta y Jozio, sino ella y Zavilovski. Tú no conoces á Lineta, esta muchacha no se aviene con un estúpido. Así por ejemplo, no se casaría jamás con un Kopovski, aún cuando tenga cara de querubín. No he visto en mi vida cabeza tan idealmente bella; en Italia tal vez habré visto un cuadro con una figura tan admirable. Pero ¿sabes que me dice Lineta de él? *C'est un imbécile*. ¡Qué felicidad si empezaran por conocerse y acabaran por casarse! Naturalmente, me refiero á Lineta y á Zavilovski. ¿Qué pareja harían? Un matrimonio joven y por amor es la cosa más hermosa de este mundo. Confío que no te habré cansado demasiado con mi charla. ¡Es tan agradable comunicar nuestras ideas y nuestras esperanzas á una persona amiga!

Cuando Polaniecki volvió á su casa, Marina le contó sonriéndose los proyectos de su nueva é íntima amiga.

—En el fondo, —añadió, —tiene buen corazón, y por esto me gusta; ¡pero cuán exaltada es, y que ideas tan extrañas le bullen en el cerebro!

—Es loca, no exaltada, —exclamó Polaniecki;—y eso es muy diferente. La exaltación va generalmente acompañada de un buen corazón, pero en

ella, por el contrario, la cabeza arde y el corazón está helado.

—Viendo estoy que no puedes sufrir á la señora Osnovski, —observó Marina.

Polaniecki, aún cuando reconocía la exactitud de esta observación, no contestó; pero en cambio contempló sorprendido á su esposa, que en aquel momento le parecía más hermosa de lo que solía serlo. Su graciosa carita se destacaba como una flor de entre de sus negros y espesos cabellos. Sus ojos profundamente azules tenían un brillo desusado, y á través de sus labios entreabiertos brillaban como perlas sus blancos dienteecitos.

—¡Qué hermosa eres! —exclamó Polaniecki con acento de íntima convicción.

E inclinándose rápidamente sobre ella, la besó entusiasmado en los ojos y en la boca.

XL

Ocho días después, Marina había recobrado sus fuerzas, y pudo visitar á la familia Bigiel que había vuelto ya á su residencia de verano. Zavilovski les acompañaba, llevando consigo gigantescos cometas que trataba de hacer volar junto con Polaniecki y los niños,

Mientras estaban á la mesa Marina habló de los Osnovski, de la señorita Castelli y del interés que el había despertado entre ellas.

El joven poeta la escuchó tranquilamente y luego dijo:

—Bueno es saberlo. Por nada del mundo les haría una visita.

Osnovski quiso absolutamente ver á la enferma. Permaneció á su lado dos largas horas y, según su costumbre, habló un poco de todo, pasando de un asunto á otro sin orden ni concierto.

—No puedo sacarme á Zavilovski de la cabeza, —dijo al fin antes de marcharse:—¿querrá usted creer que Jozio empiece á tener celos de él? ¡Pobre Jozio! Estoy convencida de que Lineta y él han nacido el uno para la otra: entendámonos, no Lineta y Jozio, sino ella y Zavilovski. Tú no conoces á Lineta, esta muchacha no se aviene con un estúpido. Así por ejemplo, no se casaría jamás con un Kopovski, aún cuando tenga cara de querubín. No he visto en mi vida cabeza tan idealmente bella; en Italia tal vez habré visto un cuadro con una figura tan admirable. Pero ¿sabes que me dice Lineta de él? *C'est un imbécile*. ¡Qué felicidad si empezaran por conocerse y acabaran por casarse! Naturalmente, me refiero á Lineta y á Zavilovski. ¿Qué pareja harían? Un matrimonio joven y por amor es la cosa más hermosa de este mundo. Confío que no te habré cansado demasiado con mi charla. ¡Es tan agradable comunicar nuestras ideas y nuestras esperanzas á una persona amiga!

Cuando Polaniecki volvió á su casa, Marina le contó sonriéndose los proyectos de su nueva é íntima amiga.

—En el fondo, —añadió:— tiene buen corazón, y por esto me gusta; ¡pero cuán exaltada es, y que ideas tan extrañas le bullen en el cerebro!

—Es loca, no exaltada, —exclamó Polaniecki;— y eso es muy diferente. La exaltación va generalmente acompañada de un buen corazón, pero en

ella, por el contrario, la cabeza arde y el corazón está helado.

—Viendo estoy que no puedes sufrir á la señora Osnovski, —observó Marina.

Polaniecki, aún cuando reconocía la exactitud de esta observación, no contestó; pero en cambio contempló sorprendido á su esposa, que en aquel momento le parecía más hermosa de lo que solía serlo. Su graciosa carita se destacaba como una flor de entre de sus negros y espesos cabellos. Sus ojos profundamente azules tenían un brillo desusado, y á través de sus labios entreabiertos brillaban como perlas sus blancos dientecitos.

—¡Qué hermosa eres! —exclamó Polaniecki con acento de íntima convicción.

E inclinándose rápidamente sobre ella, la besó entusiasmado en los ojos y en la boca.

XL

Ocho días después, Marina había recobrado sus fuerzas, y pudo visitar á la familia Bigiel que había vuelto ya á su residencia de verano. Zavilovski les acompañaba, llevando consigo gigantescos cometas que trataba de hacer volar junto con Polaniecki y los niños,

Mientras estaban á la mesa Marina habló de los Osnovski, de la señorita Castelli y del interés que el había despertado entre ellas.

El joven poeta la escuchó tranquilamente y luego dijo:

—Bueno es saberlo. Por nada del mundo les haría una visita.

—¿Y si yo se lo pidiera á usted?

Zavilovski se puso colorado. Pero Marina le miró de una manera especial, como si quisiera decir que se extrañaba de que le pudiera rehusar algo.

—Sí iré...—contestó titubeando.

—Entonces, obedézcame usted y vaya á hacerles una visita,—dijo riéndose Marina.—En cuánto haya usted visto á la señorita Castelli, estoy segura de que se enamorará usted locamente de ella.

—¡Yo señora!—exclamó Zavilovski poniéndose una mano en el corazón.—¿Enamorarme yo de la señorita Castelli?

Esta involuntaria exclamación quería decir muchas cosas, y los dos quedaron perplejos.

Al anochecer regresaron á Varsovia. En la mente de Marina se reprodujo con viveza aquella noche iluminada por la luna en que ella, su padre, Emilia Litka y Polaniecki habían hecho este mismo camino, y recordó el semblante melancólico de Stach, desgraciada por la frialdad con que se le trataba. ¡Que diferencia entre entonces y ahora! Su Stach fumaba tranquilamente, sentado al lado de ella.

—¿En que piensas, Stach?—preguntó Marina después de un prolongado silencio.

—En varios asuntos de que me ha hablado Bigiel,—respondió Polaniecki sacudiendo la ceniza de su cigarro.

El joven poeta miró á Marina y pensó que, si él hubiera tenido una mujer semejante, en aquel momento ni habría fumado ni habría pensado en negocios, sino que por el contrario se habría arrojado á sus piés para adorarla.

Al día siguiente Zavilovski entregó á su principal, mientras este se hallaba en la oficina, un pedazo de papel recortado de un periódico en el cual estaba impresa su poesía *Montañas de nieve*. Polaniecki se la leyó á su mujer durante la comida, y cuando hubo terminado su lectura le dijo:

—Zavilovski me pide que te diga que quiere hacer imprimir todas sus poesías coleccionadas en un tomo, y que te las quiere dedicar.

—¡Cómo!—exclamó Marina.—Este honor se lo tiene que reservar á la señorita Lineta.

—Es verdad. Mañana es el día fijado para la entrevista de los dos jóvenes. Eso es querer encargarse del papel de Providencia en la vida del poeta.

—¿Y por qué no? Al principio, el proyecto de Anetka me sorprendió; pero ahora la hallo muy acertada.

En efecto, al día siguiente los esposos Osnovski, la señora Bronicz y la señorita Castelli, llegaban á las cinco en punto, á casa de los señores Polaniecki. Zavilovski había llegado antes, para no tener que verse luego obligado á entrar en el salón, atrayendo las miradas de todos. Sin embargo se mostraba igualmente tímido y bastante perplejo, sin saber que hacer de sus largas piernas, ni donde tener puestas las manos; á pesar de lo cual, veíase desde luego que era una persona distinguida.

Así empieza la primera escena de la comedia social.

—¿Y bien, le gusta á usted la señorita Castelli?—preguntó Marina á Zavilovski, cuando se hubieron marchado todos.

El interrogado permaneció unos instantes pensativo y luego contestó:

—Encuentro que aquellas señoras son muy fantásticas y tienen suma facilidad en hacer gestos.

—Es verdad, pero Lineta es muy interesante.

—¡Bah!—dijo Polaniecki tomando la palabra:— el interés que puede despertar en un hombre, no puede ser de mucha duración; pronto debe verse sustituido por el aburrimiento.

—Estás en un error,—le contestó Marina con viveza.—Lineta no aburrirá jamás. Únicamente los temperamentos sencillos, cortados á la antigua y que no saben hacer más que amar, llegan á aburrir con el tiempo.

Zavilovski la miró sorprendido. Parecíale que aquellas palabras encerraban un secreto pesar.

—¿Está fatigada?—le preguntó.

—Un poco,—contestó ella volviendo á sonreirse.

El joven y sencillo corazón del poeta rebotaba de compasión hacia ella. Era indudable que la atormentaba una secreta pesadumbre. ¿Qué valía la señora Osnovski, qué valía la señorita Castelli comparada con aquella dulce y hechicera señora? Desde los primeros momentos la había comparado á un lirio, y en un lirio estuvo soñando toda la noche.

—¿Ha podido usted dormir?—le preguntó Polaniecki, al día siguiente, mientras entraba en el despacho.—De seguro que habrá usted soñado en su joven y linda musa.

—No,—contestó Zavilovski poniéndose colorado.

—Consuélese usted,—repuso Polaniecki;— todo pasará para usted, como ha pasado para mí.

Entre tanto Marina trataba de convencerse á sí misma de que no tenía motivo alguno para quejarse de su marido, puesto que entre ellos no había ocurrido ni la más insignificante contienda. Esto no obstante, entreveía que la felicidad que había soñado no se había realizado, y que la vida actual, era muy distinta de cuando era novio. ¿Que le faltaba? ¿En que se había engañado al juzgar á Polaniecki? Todo esto se preguntaba sin lograr darse una respuesta satisfactoria. Stach era amable, respetuoso con ella, se mostraba generoso y solícito por su salud, pero sentía que en él había un no sé qué, que la privaba de ser completamente dichosa. Después de la divina y solemne fiesta del amor, solo con gran trabajo se había acomodado ella á la vida prosaica de todos los días, mientras que su marido, inmediatamente después había vuelto con indiferencia suma á sus habituales ocupaciones. Instintivamente comprendía que ella pertenecía más á su marido, que éste á ella. Se había entregado á él toda entera, y en compensación no había recibido más que lo poco que él se dignaba concederla.

Polaniecki ni remotamente habría podido imaginar que su esposa pudiera suponer que la tenía descuidada. El exteriorizaba sus sentimientos hacia ella con mucho menos calor que antes, pero esto ¿no era natural? La posesión enfría, y con ella se recobra la tranquilidad y la razón.

Sin embargo, Marina no podía encontrar la cosa tan natural. ¿Por qué había de ser tan indiferente su Stach mientras Svirski, Bigiel Zavilovski, y el mismo Osnovski la tributaban tanta admiración?

¿Por qué no había encontrado en el matrimonio la felicidad que había esperado encontrar en él? Para ella esta pregunta no tenía más que una respuesta. No me ama como me tendría que amar, y no sabe apreciarme como me aprecian los demás.

Cierto día Marina estaba sentada junto á una ventana, abismada en estos pensamientos, cuando se abrió la puerta y apareció ante sus ojos el velo blanco y el vestido gris de una Hermana de la Caridad.

—¡Emilia! —exclamó Marina levantándose llena de alegría.

—Sí, soy yo, —contestó la Hermana. —Hoy estoy libre, ¿cómo estás? ¿Dónde está el señor Estanislao?

—Stach ha ido á casa de Masko, y puede estar de vuelta de un momento á otro. ¡Cuánto se alegraría de volverte á ver! Siéntate que estarás cansada.

—Me gustaría mucho poder veros más amenudo, —dijo Emilia sentándose; —pero un día de libertad es para mí una rareza. He ido á encontrar á Litka. Todo está verde y florido sobre su tumba, y los pajarrillos cantan alrededor de ella.

—El otro día estuvimos también nosotros. ¡Si á lo menos Stach volviese pronto!

—También me gustaría volverle á ver. Tiene algunas cartas de Litka, que se las presté y que deseo volver á tener. Pero el domingo próximo puedo volver, y entonces las retiraré.

La señora Emilia, que ya no era sino una sombra de lo que había sido, hablaba ahora tranquilamente de Litka. Sus pensamientos no estaban ocu-

pados ya solamente por su propia desgracia como Hermana de la Caridad, había aprendido á considerar los dolores y las alegrías de los demás. Su tranquilidad podía ser también un efecto de la íntima persuasión de que iría pronto á reunirse con su hija adorada.

—¡Qué bonito y cómodo y es vuestro alojamiento, —dijo después de un breve silencio. —Al pensar en las paredes blancas y desnudas de nuestras celdas, pareceme que me hallo en un palacio encantado. ¿Recibís muchas visitas?

—No, —respondió Marina, —fuera de la señora Bigiel, solo recibimos á los señores Masko y á los Osnovski.

—A esa señora la he conocido de soltera. Sé que se quería casar con el Hopovski, pero que su padre se opuso. Lloró mucho, pero parece que se ha consolado. Por lo demás, se puede tener por dichosa de haberse casado con su marido actual, aún cuando no lo sabe apreciar. La felicidad es una cosa muy extraña. Para conocerla, es preciso haberla perdido. ¿Sabes en que pienso á veces? Que la felicidad se puede comparar á los ojos: un solo grano de arena que se meta en ellos hace brotar las lágrimas.

Marina sonrió con tristeza y respondió:

—Es verdad.

A esta respuesta siguió un breve silencio. Emilia miró atentamente á su amiga, y luego, poniendo su mano encima de la de Marina, le dijo con dulzura:

—Y tú, ¿eres feliz?

La joven esposa sintió que las lágrimas le anudaban la garganta, pero haciendo un gran esfuerzo,

rechazó las lágrimas, y contestó con voz apenas perceptible.

—Me basta con que lo sea Stach.

—¿Por que no lo ha de ser? Litka ruega por vosotros. Solamente no me explico el porque tienes ese aire tan melancólico. Sé cuán desgraciada fué por culpa tuya antes de hacerte su esposa. Fuiste muy mala y cruel con él, y esto deja siempre en el corazón una espina que punza durante toda la vida.

Por el rostro de Marina cruzó una especie de relámpago.

—¡Emilia, Emilia!—exclamó:—tus palabras son las de un sabio.

—Yo,—respondió Emilia, que ahora se llamaba sor Angela;—yo soy extranjera en el mundo. Sin embargo, de una sola cosa estoy segura de que Litka ruega por vuestra felicidad, y de que Dios la escuchará porque sois dignos de ella.

Mientras pronunciaba estas palabras, se había levantado para marcharse. Marina trató en vano de detenerla.

Después de haber acompañado á su amiga hasta la alta escalera, volvió á ocupar su sitio de antes y se puso á pensar de nuevo.

Creía haber hallado la clave del enigma, que la tenía intranquila desde tan largo tiempo. Si en el matrimonio no había encontrado la felicidad soñada á ella misma lo debía; había sido cruel con Polaniecki, no se había dejado conmover por sus miradas suplicantes, y ahora ella tenía que sufrir la pena. Nuevamente estaban á punto de saltársele las lágrimas; pero Stach podía llegar en aquel mo-

mento y no debía encontrarla con los ojos encarnados.

Y volvió en efecto. Marina le habría saltado de buena gana al cuello, pero se consideraba culpable con él, y una súbita timidez la contuvo.

—¿Ha venido alguien?—le preguntó él después de besarla la frente.

—Ha venido Emilia, pero no ha podido esperar: volverá el domingo.

—¡Que lástima!—exclamó él con impaciencia. ¿Sabes cuanto deseo verla, y no me has mandado llamar. Ni siquiera piensas en mí.

—Stach,—contestó ella con un acento en el cual se adivinaban las lágrimas;—yo te amo y pienso continuamente en tí.

XLI

—Ya veis señores,—decía Zavilovski en casa de los Bigiel,—ya veis que he sabido hacer la visita que tanto deseabais. Al principio me miraban como si fuese una pantera ó un lobo, á pesar de que me portaba como si fuese un animal domesticado; no arañé á nadie y contesté á todas las preguntas como un ser racional cualquiera.

—No divague usted,—le dijo la señora Bigiel;—lo queremos saber todo de la cruz á la fecha.

—Con mucho gusto,—contestó Zavilovski.—Lo primero que hice fué, naturalmente, llegar frente á la verja que conduce á la quinta. Se me hizo entrar en el salón, donde se hallaban también la señora Masko y el señor Kopovski. Este es un verdadero Adonis; para su cabeza debería tener un estuche

de terciopelo por el estilo de los que se ven en las tiendas de joyería. Pero ¿quién es ese Kopovski?

—Una cabeza de ganado,—respondió Polaniecki,—y con esto está dicho todo.

—Ahora caigo en ciertas cosas y en ciertas observaciones que he oído. El señor Kopovski estaba en actitud, mientras la señora Osnovski y la señorita Castelli le hacían el retrato. Estas llevaban puestos largos delantales de percal sobre el vestido y parecían muy bonitas. La señora Osnovski parecía una aprendiz, mientras la señorita Castelli demostraba ya cierta práctica en el pintar.

—¿De qué se hablaba?

Zarlovski se volvió hacia Marina.

—Las señoras me pidieron en seguida noticias de usted, señora, y ya he tenido el inmenso placer de poderles asegurar que su salud era excelente. Después se habló de retratos. Yo sostuve que la señorita Castelli había hecho demasiado pequeña la cabeza de Kopovski; más lo señorita me contestó que no había sido ella quien la había hecho tan pequeña, sino la madre Naturaleza.

—Es una señorita de talento.

Y lo dijo en alta voz. Todos los allí presentes se echaron á reír incluso el señor Kopovski, que debe ser un pobre diablo. Durante la conversación manifestó que no tenía su semblante acostumbrado porque había dormido mal, y que en aquel preciso momento se sentía con ganas de echarse en los brazos de Orfeo.

—¿De Orfeo?

—Así lo dijo, y el señor Osnovski le hizo notar, sin miramiento alguno, la equivocación que habla

cometido. Las señoras, después de haberse divertido un rato á costas suyas, siguieron pintando. La señorita Castelli es más artista que *dilettante*, y el retrato que está pintando promete tener mucho parecido á pesar de la extremada belleza del original. Me contó que pinta con preferencia los retratos, que estudia todas las caras como si fueran otros tantos modelos, y que, cuando se le presenta una cabeza interesante, hasta de noche la sueña.

—Si es así, no tardará usted en aparecérsese en sueños y querrá hacer su retrato,—le hizo notar Marina.—¿No le ha hablado á usted de eso?

—No, á lo menos de una manera directa.

—¿Y el tomo de sus poesías de usted, se ha publicado ya?—le preguntó la señora Polaniecki.

—Hace ya mucho tiempo que habría visto la luz,—contestó Zavilovski,—si no hubiese añadido últimamente una nueva poesía, lo cual ha retardado la publicación.

—¿Y qué título lleva la nueva poesía?

—*El lirio*.

—Y ese lirio ¿quién es? ¿Lineta?

—No, señora, no es Lineta.

Marina se puso repentinamente seria. Adivinó en seguida que la poesía se refería á ella, y la idea de tener un secreto en común con Zavilovski, la produjo una impresión desagradable. Por vez primera comprendió la falsa posición en que hasta la esposa más honrada puede hallarse, cuando empieza á no ser indiferente á un hombre; y por vez primera experimentó un sordo enojo con Zavilovski, que con su nerviosidad de artista la había puesto en tan embarazosa situación.

apercibió de que su repugnancia en recorrerlo había aumentado, en vez de disminuir. Pensó de nuevo en el amor y en la bondad de Marina y se repitió que únicamente al lado de ella podía encontrar la paz y la felicidad.

Hizo preparar el coche para ir á la ciudad. Su cansancio había desaparecido por completo, y había reaparecido su buen humor, porque satisfecho de sí mismo había recobrado la confianza en sus fuerzas y en sus honrados sentimientos.

Desde que había llegado aquella carta invitando á Marina, había ido en aumento su desvío con respecto á la señora Masko, y ahora tenía la convicción de que la podría hablar con entera indiferencia.

—¿Y si la fuese á ver?—se preguntó,—¿no podría dar un significado diferente á sus palabras de ayer?

Estaba convencido de que la señora Masko no se extrañaría de su visita, porque después de lo que él había dicho el día anterior debería estar persuadida de que él buscaría un pretexto cualquiera para avistarse con ella.

Divisábase ya de lejos la quinta de la señora Kraslavski. En aquel momento, pensó Polaniecki, si hubiese ofendido ó hecho enojar á la señora Masko, ésta, para vengarse, habría podido dar á entender á Marina algo que le abriera los ojos.

—Si tuviera el valor de entrar,—se dijo, mientras el coche pasaba por frente á la puerta de la verja.

E instantáneamente le gritó al cochero:

—¡Para!

Había apercebido en la ventana á la señora Masko, la cual, empero, se habla retirado en seguida al interior de la habitación.

En la antesala se encontró con un criado.

—La señora está arriba,—dijo el criado.

Mientras subía la escalera, Polaniecki sintió que las piernas se negaban á llevarle y, al llegar á la puerta que el criado le había indicado, se detuvo un instante; más haciendo luego un esfuerzo sobre sí mismo, preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Adelante,—contestó una voz reprimida.

Pasó en efecto adelante, y se halló en el cuarto de vestir de la señora Masko.

—Vengo,—dijo, tendiéndola una mano,— para darle á usted las gracias por su invitación, y para excusarme. Tengo que ir á Varsovia.

La señora Masko estaba delante de él con la cabeza inclinada y los ojos bajos, visiblemente conmovida y angustiada.

Polaniecki que había recobrado toda su calma, lo notó, y antes de marcharse, díjola con estudiada naturalidad:

—¿Tiene usted miedo? ¿De qué?

L

Al día siguiente, Marina recibió de su marido un billete en el cual la decía que no la esperara, porque tenía que ir á visitar una finca que le habían ofrecido. Cuando por fin volvió al otro día, llevaba consigo á Svirski, que hacía tiempo ya quería visitar á sus amigos en su residencia veraniega.

—Mira,—dijo Polaniecki después de saludar á su esposa,—Bucinek, la quinta que he ido á ver, confina con Jasmien, que es la casa de campo del viejo Zavilovski. Ya puedes comprender que he ido á verle en seguida, porque sabía que estaba algo enfermo, y allí encontré inopinadamente á Svirski, que me acompañó á mi visita á Bucinek. Esta finca nos ha gustado. Tiene un bonito jardín con su estanque, y hasta un poco de bosque. Antes Bucinek formaba parte de una vasta hacienda que fué vendida á trozos por su antiguo propietario.

—A mi modo de ver es una residencia buena y deliciosa,—observó Svirski;—cuando menos allí se encuentra mucha sombra, buenos aires y una tranquilidad infinita.

—¿Y quieres comprarla?—preguntó Marina á su esposo.

—Por ahora me contentaré probablemente con tomarla en arriendo. Pasaremos allí el resto del verano, y así podremos asegurarnos de si la residencia cumple todo lo que promete. El propietario lo asegura, y por eso ha consentido en el arriendo, y yo le habría dado señal, si no hubiese tenido intención de pedirte tu parecer.

Aún cuando á Marina le sabía mal tener que separarse de la familia Bigiel, dijo en seguida que se conformaba, comprendiendo que su marido deseaba pasar el resto del verano en casa propia.

Al principio Bigiel trató de disuadirle, pero Polaniecki le convenció de la oportunidad de esta especie de prueba, porque era justo que tratase de conocer á fondo un sitio que, una vez comprado, tenía que ser siempre su residencia de verano.

—Ahora que sois todos de mi opinión,—prosiguió Polaniecki,—mañana formalizaré el contrato de arrendamiento, haré llevar allí de Varsovia todo lo que se pueda necesitar, y pasado mañana nos instalaremos en la nueva habitación.

—Eso quiero decir,—observó la señora Bigiel,—que no ve usted el momento de separarse de nosotros. ¿Por qué tanta prisa?

—Ya sabe usted que en cuanto he resuelto una cosa, nada me desagrada tanto como tenerla que aplazar.

Al fin convinieron en hacer el traslado ocho días después. Pusiéronse pues á la mesa, y, durante la comida, Svirski contó el por qué Polaniecki le había encontrado en Jasmien, en casa del viejo Zavilovski.

—La señorita Elena me pidió si quería hacerle el retrato de su padre, expresando, empero, el deseo de que yo me trasladara á su quinta. Como el viejo tiene una cabeza muy interesante, acepté sin hacerme de rogar, y pasé en seguida á Jasmien. Nada, empero, se pudo hacer. El viejo tuvo un ataque de gota, y el médico me manifestó en confianza que el estado del enfermo era grave y no podía saber cuando se restablecería.

—Lo siento muchísimo,—dijo Marina:—el señor Zavilovski es una persona excelente y distinguida. La señorita Elena es digna de lástima, porque, después de muerto su padre, quedará sola en el mundo. ¿Conoce el viejo la gravedad de su estado?

—No lo creo; es un tipo raro y de él nada se puede sacar en claro. Ahora se interesa mucho

hasta aquí; más al pasar he apercibido á la señora asomada á la ventana, y entonces, sin detenerme á pensarlo, la he robado, y hemos venido aquí, he despedido al coche, en la seguridad de que vosotros me acompañaréis con el vuestro.

La señora Masko, después de haberse quitado el sombrero, afirmó que realmente el señor Plavicki la había robado, porque ella estaba empeñada en quedarse en casa á esperar la vuelta de su marido. El padre de Marina la dijo, como si quisiera tranquilizarla:

—Su marido de usted no llevará á mal este paseo á solas conmigo. Aquí no estamos en la ciudad, donde la gente hace mucho caso de cualquier tontería, sino en el campo, donde no se tiene la obligación de observar una rígida disciplina. Por esto es que yo prefiero el campo.

—Si usted prefiere el campo, ¿por qué pasa usted el verano en la ciudad?—le preguntó Bigiel,

—Yo quería ir á Karlsbad, pero...

E interrumpióse de pronto, mirando en torno suyo, como si quisiera dar á entender que no podía continuar por estar presentes las señoras, pues en aquel *pero*, había de por medio la pequeña zarpa de una mujer. Poco después, continuó:

—¿Merece esta vida mía que se la prolongue por unos cuantos años? ¡por lo que me queda!...

—Eso es,—exclamó con tono jovial Marina:—si papá no quiere prolongar su vida yendo á Karlsbad, vendrá á nuestra casa á beber agua del pozo de Bucinek.

—¿Qué Bucinek es ese?—preguntó Plavicki con marcada curiosidad.

—¡Ah! es verdad. Hay que darle á conocer la *grande nouvelle*,—repuso la señora Polaniecki.

Y le refirió á su padre todo lo relativo á su nueva residencia de verano.

La señora Masko miró llena de asombro á Polaniecki, y le preguntó:

—¿De veras quiere usted abandonarnos?

—De veras,—contestó éste.

—¡Ah!...—murmuró.

Y fijó de nuevo en Polaniecki una mirada interrogadora, como si le preguntara qué significaba aquella resolución que no acertaba á comprender; pero, habiendo observado que él no paraba la atención en ella, entabló con Marina un diálogo sobre cosas indiferentes.

Nadie, á escepción de Polaniecki, se apercibió del desastroso efecto que había causado en la señora Masko la noticia del traslado á Bucinek. Ni por un instante le cupo duda á ésta de que ella era la verdadera causa de esta repentina decisión, y su semblante, habitualmente frío, pasó á ser glacial. Sintióse dominada por un sentimiento de profunda humillación y de cólera al mismo tiempo, por la manera de obrar de Polaniecki. Estanislao no debiera haber hecho esto, aun cuando no fuera más que por el miramiento que todo hombre de cierta posición social debe tener siempre con una señora. Esta falta de respeto era lo que la afligía, aún más que la partida de Polaniecki.

Generalmente, las mujeres que menos derecho tienen á ser respetadas, son las que pretenden que

se las tenga mayor respeto, porque tienen absoluta necesidad de él, para engañarse á sí mismas.

Por fin la señora Masko trató de persuadirse de que la cosa no era quizás tal como ella se la imaginaba, y que tal vez un coloquio ó una simple palabra de esplicación habrían vuelto á poner las cosas en su lugar.

En la persuasión de que Polaniecki sintiera la necesidad de hablarle, se decidió á proporcionarle la ocasión; á cuyo efecto cuando, después del té, se levantó para marcharse, dijo, fijando en él una mirada:

—Ahora si que he de rogar á uno de esos señores que me acompañe.

Polaniecki se levantó con aire displicente: sus ojos parecían querer decirle:

—Si quiere usted saber la verdad, estoy dispuesto á manifestársela.

Pero la señora Bigiel debía desbaratar todos sus planes, pues después de haber mirado la luna que brillaba radiante en el cielo, dijo:

—Es tan hermosa la noche, que la acompañaremos todos.

Así se hizo. El señor Playicki, que aquella noche se consideraba obligado á ser el caballero de la señora Masko, la ofreció el brazo con estudiada galantería, y durante todo el camino estuvo entretenido en animada conversación con ella, de manera que á Polaniecki, que daba el brazo á la señora Bigiel, no pudo hacer ella más que darle las buenas noches una vez llegados frente á su quinta.

En el apretón de manos que acompañó el saludo,

expresábase, sin embargo, todo lo que ella le quería preguntar.

LI

—¿Por qué no se viste usted como el señor Kopovski, mi querido señor Ignacio?—le preguntaba la señora Bronicz al poeta.—Se comprende que Lineta aprecie más sus poesías de usted que todos los trajes de este mundo, pero no puede usted imaginarse el buen gusto estético que tiene la niña. La pobrecita se me acercó ayer y me preguntó: «Tía, ¿cómo es que Ignacio no lleva un traje blanco? ¡Le sentaría tan bien!» Mándese usted hacer uno; ella se lo agradecerá mucho. En Sceveningen todos los caballeros, después de comer, llevan traje blanco, y á Lineta le disgustaría no poderle considerar como perteneciente á aquella sociedad. Espero que no me tendrá usted ojeriza si le expongo las ideas de mi querida sobrina.

—Al contrario, se lo agradezco mucho.

—¡Qué bueno es usted! Algo más tenía que decirle... ¡Ah, sí!... Tiene usted que comprar también una bonita cartera de viaje de piel amarilla. En el extranjero sólo se juzga por las apariencias. Ayer vimos la del señor Kopovski... ¡es magnífica! Si quiere usted creerme, compre una como aquella. Dispénsese usted si me meto en estas cosas; pero, ¿sabe usted? yo conozco á las mujeres en general y á Lineta en particular. De ella se puede lograr todo si se la contenta en las pequeñeces. Ya sabe usted que ella ha rechazado príncipes, y sin embargo su elección ha recaído en usted. Por esto tiene usted

IMPRESIONADO DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CANCUNO MEXICO

se las tenga mayor respeto, porque tienen absoluta necesidad de él, para engañarse á sí mismas.

Por fin la señora Masko trató de persuadirse de que la cosa no era quizás tal como ella se la imaginaba, y que tal vez un coloquio ó una simple palabra de esplicación habrían vuelto á poner las cosas en su lugar.

En la persuasión de que Polaniecki sintiera la necesidad de hablarle, se decidió á proporcionarle la ocasión; á cuyo efecto cuando, después del té, se levantó para marcharse, dijo, fijando en él una mirada:

—Ahora si que he de rogar á uno de esos señores que me acompañe.

Polaniecki se levantó con aire displicente: sus ojos parecían querer decirle:

—Si quiere usted saber la verdad, estoy dispuesto á manifestársela.

Pero la señora Bigiel debía desbaratar todos sus planes, pues después de haber mirado la luna que brillaba radiante en el cielo, dijo:

—Es tan hermosa la noche, que la acompañaremos todos.

Así se hizo. El señor Playicki, que aquella noche se consideraba obligado á ser el caballero de la señora Masko, la ofreció el brazo con estudiada galantería, y durante todo el camino estuvo entretenido en animada conversación con ella, de manera que á Polaniecki, que daba el brazo á la señora Bigiel, no pudo hacer ella más que darle las buenas noches una vez llegados frente á su quinta.

En el apretón de manos que acompañó el saludo,

expresábase, sin embargo, todo lo que ella le quería preguntar.

LI

—¿Por qué no se viste usted como el señor Kopovski, mi querido señor Ignacio?—le preguntaba la señora Bronicz al poeta.—Se comprende que Lineta aprecie más sus poesías de usted que todos los trajes de este mundo, pero no puede usted imaginarse el buen gusto estético que tiene la niña. La pobrecita se me acercó ayer y me preguntó: «Tía, ¿cómo es que Ignacio no lleva un traje blanco? ¡Le sentaría tan bien!» Mándese usted hacer uno; ella se lo agradecerá mucho. En Sceveningen todos los caballeros, después de comer, llevan traje blanco, y á Lineta le disgustaría no poderle considerar como perteneciente á aquella sociedad. Espero que no me tendrá usted ojeriza si le expongo las ideas de mi querida sobrina.

—Al contrario, se lo agradezco mucho.

—¡Qué bueno es usted! Algo más tenía que decirle... ¡Ah, sí!... Tiene usted que comprar también una bonita cartera de viaje de piel amarilla. En el extranjero sólo se juzga por las apariencias. Ayer vimos la del señor Kopovski... ¡es magnífica! Si quiere usted creerme, compre una como aquella. Dispénsese usted si me meto en estas cosas; pero, ¿sabe usted? yo conozco á las mujeres en general y á Lineta en particular. De ella se puede lograr todo si se la contenta en las pequeñeces. Ya sabe usted que ella ha rechazado príncipes, y sin embargo su elección ha recaído en usted. Por esto tiene usted

IMPRESIONADO DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CINCO REYES

el deber de estarla reconocido. De seguro que usted es un buen fisiólogo, y habrá observado ya que á las naturalezas capaces de más grandes sacrificios, les gusta que se les contente en sus pequeños deseos.

—Puede ser, señora; pero hasta ahora no se me había ocurrido,

—Fíese usted de mí, que conozco el carácter de Lineta. Los hombres no tienen idea alguna de la delicadeza de nosotras las mujeres. En cuanto suceda algo grave se convencerá usted de la grandeza de corazón de aquella niña, cuyo carácter está exento de toda suerte de egoísmo.

—Señora,—respondió con viveza Zavilovski,—sé que aprecia usted mucho á Lineta, pero la aseguro que no puede usted apreciarla tanto como yo la aprecio.

—¡Qué dichosa soy al oírle hablar en estos términos!—exclamó muy satisfecha la señora Bronicz—mas ahora la tía quiere todavía decirle al oído otro secreto. A Lineta le gustan mucho en los hombres las medias negras. Le parecerá á usted inverosímil; pero ella distingue con una mirada si las medias son de seda ó de hilo de escocia. No vaya usted á figurarse que quiero mezclarme en sus cosas, pero le digo todo esto, porque los hombres no comprenden estas delicadezas, y no quisiera que la niña se apercibiera de que le falta algo. ¿Qué quiere usted? Usted se casa con una verdadera artista que desea verse rodeada de lo bello, y por otra parte es suficientemente rica, y hasta tiene este derecho. ¿Qué le parece á usted, mi querido Ignacio?

Zavilovski sacó del bolsillo de su levita un librito de memorias, y contestó:

—Tomo nota de todos sus deseos, para no olvidarlos.

En estas palabras dejábase traslucir cierta ironía. La ampulosidad de las frases de la señora Bronicz le ponía impaciente, y la absoluta falta de tacto con que ésta le hablaba diariamente de los espléndidos casamientos que Lineta había rehusado por él, le causaban pesar. No tenía aún idea alguna de lo que sería más adelante su vida con Lineta; sin embargo, confiaba en su propia fuerza y en su amor. Las relaciones entre él y la señorita Lineta, iban adquiriendo de día en día un carácter cada vez más singular. Precisamente, como otras muchas personas faltas de talento, y que por esta misma causa fueron desgraciadas en amor, él rodeaba á su amada de una aureola de luz, sin reflexionar que esta radiante aureola que la circundaba, la había creado él mismo. En cambio, para Lineta, Zavilovski iba haciéndose cada día menos interesante, y el papel que ella tenía que representar se le hacía cada vez más enojoso. Por la mañana, al despertarse con la idea de que durante el día tenía que encontrarse con su novio, y que tenía que verse obligada á participar de los pensamientos y de sus ideas y pensamientos elevados y poéticos y admirarlos, experimentaba una desagradable impresión parecida á la de un estudiantillo que tiene que romperse la cabeza en sacar una cuenta difícil. No podía mantenerse eternamente encaramada en sus zancos para hallarse en disposición de igualar su paso al de Zavilovski, ni estar mostrando eterna-

mente su admiración interior, con admiraciones estereotipadas. El carácter ligero de la niña se rebelaba contra esta violencia que tenía que hacerse á su espíritu, y contra esta eterna tensión de su mente, á que su novio la sometía. ¡Qué diferencia entre él y Kopovski! Con éste no hacía falta tensión alguna de la mente, ningún esfuerzo de la imaginación, y su compañía le servía de alivio á la señorita Castelli. Sólo al verle, sentíase ya predispuesta á la risa y á la broma. Mientras que una vez Polaniecki había tenido celos de Kopovski, al joven poeta ya más se le había ocurrido la idea de que el joven hermoso se mereciera que se le considerase como un rival temible. Era imposible que un estúpido tal como aquel pudiera estar prendado de una joven sensata y espiritual como Lineta ni por un solo instante, como no fuera para exponerse á ser el blanco de mordaces pullas. Lineta era todavía una chiquilla que de cuando en cuando tenía necesidad de jugar.

Nadie como ella podía reconocer la infinita incapacidad intelectual de Kopovski.

Pero no todos los ojos veían con idéntico optimismo los juegos de Kopovski y de Lineta, y en especial la señora Anetka se había quejado ya con su marido de la manera como Lineta coqueteaba con Kopovski. Jozio había hecho también la misma observación, y de buena gana se habría deshecho del joven moscardón si le hubiera sido posible. De todos modos, decidió no perderle de vista, y de vigilar también atentamente á la joven. Fuera de sus relaciones con su mujer, el señor Osnovski no tenía nada de tontó, y se había apercebido de una porción

de cositas que, por la amistad que le unía á Zavi-
lovski, le habían producido viva inquietud. Cuanto más atentamente observaba, más se convencía de que los juegos de la *ideal* Lineta con Kopovski empezaban á pasar de bromas, y que ese Adonis ejercía sobre ella, aquella especie de fuerza de atracción, por medio de la cual los jóvenes galantes y bien vestidos pueden hacer suyas á ciertas mujeres que tienen corazón de modista. No se podía negar que era guapo. A más de los finísimos rasgos de su fisonomía, tenía unas formas perfectas que le hacían comparable á una estatua de mármol, y que con sus trajes de telas finísimas y elegantemente confeccionados, no podía menos que ganar todavía más. Zavi-
lovski con sus formas fuertes y nudosas, con la barba saliente, las facciones fuertemente pronunciadas y los pies grandes, no podía competir con aquel *Mignon* que por una parte parecía una estatua griega, y por la otra recordaba los figurines de los periódicos de modas de Biarritz y de Ostende.

Una mañana, mientras todos los moradores de Pritulov se hallaban reunidos por el té, llegaron cartas con franja negra, y dirigidas la una á Zavi-
lovski y la otra al señor Osnovski. Las señoras tenían, naturalmente, fijas sus miradas llenas de curiosidad y de aprensión en los dos lectores los cuales, después de haber sacado las cartas de los sobres que venían abiertos, exclamaron casi á un mismo tiempo:

— ¡El señor Zavi-
lovski ha muerto!

La noticia produjo una impresión profunda. La señora Bronicz parecía haber perdido por completo el uso de la palabra.

—Yo le conocía de poco tiempo,—dijo Zavidovski, siendo el primero en romper el silencio:—antes estaba predispuesto contra él, pero ahora lo lamento con toda sinceridad, porque sé que era un hombre excelente.

—Y te había puesto cariño,—observó el señor Osnovski,—y he tenido pruebas de ello.

Entre tanto la señora había vuelto en sí de su estupor. Decía que ahora se veía cuán generoso corazón poseía aquel anciano caballero.

—También quería á Lineta,—añadió,—y quien quiere á Lineta no puede ser un hombre malo. El me recordaba á mi pobre marido, con la diferencia de que Teodoro era tan afable como rudo era Zavidovski, sin embargo uno y otro tenían la misma alma noble y buena. Tú, hija mía, alerta,—prosiguió dirigiéndose á Lineta;—ya sabes que la más pequeña emoción, que el más insignificante pesar te conmueven excesivamente, y de consiguiente esta vez no te dejes dominar por tu natural sensibilidad.

Zavidovski, pensando que Lineta y él habían sido heridos por vez primera por un solo dolor, tenía entre sus manos las de la joven y se las cubría de ardientes besos. Unicamente á Kopovski le produjo la noticia un efecto singular: al principio estuvo unos instantes sin respirar y muy pensativo, como si de pronto hubiera comprendido la fugacidad de las cosas terrenales; y luego, después de lanzar un suspiro, dijo:

—Tendría curiosidad por saber qué hará la señorita Elena de todas aquellas pipas que el señor Zavidovski ha dejado.

Pero nadie se fijó en estas palabras, en primer

lugar porque Zavidovski estaba completamente embebido en la lectura de una carta de Polaniecki, en la cual éste le avisaba la muerte de su viejo pariente, y en segundo lugar por que las señoras se ponían de acuerdo con Osnovski para asistir á los funerales.

Decidieron trasladarse inmediatamente á la ciudad para las ropas de luto y pasar al siguiente día á Yasmien.

Apenas llegado á Varsovia, Zavidovski se fué á ver á Polaniecki, á quien creía encontrar en su casa; pero el criado le anunció que acababa de salir para Yasmien, en cuyas inmediaciones había tomado en alquiler, hacía poco tiempo, una quinta. Así pues, despues de hacer las compras más precisas, se encaminó á la morada de los señores Osnovski, para pasar la velada con su novia. Al llegar á la antesala quedó sorprendido oyendo que alguien tocaba en el piano un vals de Strauss. En la pieza inmediata halló á la señora Bronicz y á la señorita Ratkovski, y las preguntó quién era la que tocaba.

—Lineta con el señor Kopovski,—contestó la señorita Ratkovski.

—¿El señor Kopovski está aquí?

—Ha llegado hace cosa de un cuarto de hora.

—¿Y el señor Osnovski?

—Están fuera todavía para las compras.

Por vez primera, Zavidovski experimentó una impresión desfavorable ante la conducta de la señorita Castelli. Comprendía muy bien que la muerte del viejo caballero no podía importarle gran cosa, sin embargo le pareció que no era aquél el

momento más oportuno para tocar un vals á cuatro manos con Kopovski.

La señora Bronicz adivinó, en la expresión del rostro de Zavilovski, lo que pasaba en su interior, y con tono meliflúo le dijo:

—Me ha parecido que Lineta estaba tan abatida y triste, que la he pedido que tocara un poco con el señor Kopovski. Nada la calma tanto como la música.

Habiendo Lineta dejado de tocar, inmediatamente después de la llegada de su novio, desapareció en seguida del rostro del joven poeta la impresión desagradable que aquel incidente le había producido. Ofreció el brazo á Lineta y la condujo á la pieza donde ésta había principiado su retrato. En la semiobscuridad del crepúsculo, dieron una vuelta por aquella habitación, cada uno de cuyos ángulos despertaba en el enamorado un grato recuerdo.

—¿Te acuerdas,—dijo á Lineta,—de cuando me cogiste la cabeza tratándola de hacérmela ladear un poco, porque en aquella posición no podías continuar el retrato, y que por primera vez me atreví á besarte la mano, y tú me dijiste que hablara á tú tía? En aquel momento me hallaba como si hubiese perdido la respiración, como si hubiese perdido los sentidos.

—Estabas pálido como un muerto,—observó Lineta.

—¿No era natural eso? Mi corazón amenazaba dejar de latir, oprimido por la emoción. Porque yo te amo con locura, con un amor sin límites.

La señorita Castelli levantó los ojos hacia él, y luego dijo:

—¡Qué singular es todo eso!

—¿Qué?

—Se empieza no más que para probar, lo mismo que un juego que se va continuando, hasta que cuando menos se piensa cae la trampa.

—Y la trampa ha caído,—observó Zavilovski, estrechando contra su corazón la mano de Lineta,—y yo tengo mi prenda y ya no la suelto... ¿Me quieres?

—Ya lo sabes.

—Dime que sí.

—Sí.

Volvió á estrechar con vehemencia la mano de la joven contra su corazón, y con voz alterada y trémula por la inmensidad de su cariño, la dijo:

—Tú no puedes formarte una idea de lo dichoso que me hace esta breve palabra: te lo juro, no puedes tener una idea de ello. ¡Y no sabes cuánto te amo! Eres mi mundo, mi vida, mi todo. Sin tí, me moriría.

—Ven, sentémonos,—murmuró Lineta;—estoy cansada.

Tomaron asiento uno al lado del otro, y reinó entre los dos un profundo silencio.

—¡Cómo! ¿tiembles?—murmuró la joven con voz trémula, porque también ella se sentía conmovida, fuese por la proximidad de él, ó fuese porque se sintiera arrastrada también ella por aquel torrente de pasión.

Su respiración se había hecho rápida y difícil; luego, después de haber cerrado los ojos, se aproximó todavía más á su novio y le ofreció los labios.

Cuando Zavilovski volvió á su casa, su habita-

ción de soltero le produjo el efecto de un cuadro vacío y desierto, de una tienda de campaña que puede desmontarse en un instante. Nuevamente sintió cuánto amaba á Lineta; sintió que no podía ni quería vivir sin ella.

LII

Los funerales del señor Zavilovski, tuvieron lugar al día siguiente, sin que fuera muy numeroso el acompañamiento. Los propietarios de las fincas circunvecinas, en su mayor parte personas ricas, pasaban el verano en el extranjero, y lo mismo acaecía por igual razón con los contados amigos que el difunto tenía en Varsovia.

La señorita Elena seguía el féretro con el rostro inundado de lágrimas, pero sin haber perdido su habitual expresión tranquila y marmorea. De regreso del funeral, refirió la muerte de su padre, con una expresión tal como si ésta hubiese acaecido un mes antes.

Volviéndose después al joven Zavilovski, le dijo:

—Hablaba amenudo de usted, y una hora antes de morir me pidió que mandara un expreso á Bucinek, á casa de los señores Polaniecki, para que le dijeran á usted en seguida que tenía gran necesidad de hablarle. Mi padre le apreciaba á usted y le quería mucho, muchísimo.

—Señorita,—contestó emocionado Zavilovski, besándola la mano,—también yo siento muy vivamente su pérdida.

Era tan conmovedor el tono con que el poeta se expresaba, que los ojos de la huérfana se llenaron

de lágrimas, y la señora Bronicz prorrumpió en fuertes sollozos, y de seguro habría caído desmayada, si la señorita Castelli no se hubiera apresurado á aplicarle á las narices un frasquito de sales.

La señorita Elena, que ignoraba por completo lo que era sollozar, dió muy expresivamente las gracias á Polaniecki por los valiosos auxilios que en aquellos tristes momentos le había prestado. Efectivamente, él había dado las disposiciones necesarias para los funerales, y se había encargado de todos los cuidados que en casos semejantes no pueden asumir aquellos que se hallan agobiados por tal desgracia.

Marina, que no había intervenido en los funerales, porque su marido se lo había desaconsejado por el estado en que se hallaba, había llegado en aquel instante, y ofreció en seguida á la señora Elena y á las señoras de Pritulov que fuesen á pasar algunos días en su quinta de Bucinek. Polaniecki apoyó la oferta de su esposa; pero la señorita Zavilovski, la agradeció, mas no quiso aceptarla, diciendo que tenía por compañía á su vieja ama, y que, especialmente en los primeros días, no quería abandonar los lugares donde su padre había muerto. En cambio las señoras de Pritulov aceptaron inmediatamente la invitación, y en especial la señora Bronicz, que tenía vivos deseos de hallarse con Polaniecki, en la creencia de que éste sabría algo de las últimas disposiciones del difunto. Marina, que había observado con suma atención á la señorita Rátkovski, la hizo entrar en su propio carruaje, y aquellas dos jóvenes simpatizaron desde luego. En los tristes ojos de la señorita, en la expresión de su

rostro, en todas sus maneras había una atracción tan inexplicable, que la señora Polaniecki, de buenas á primeras, la juzgó una naturaleza tímida y poco expansiva, pero dotada de nobles y delicados sentimientos. Por su parte, la señorita Ratkovski, que estaba ya muy favorablemente prevenida en favor de Marina, por lo que de ella le había dicho Zavilovski, leyó en sus ojos tanto interés y tanta simpatía, á que ella, por ser pobre no estaba acostumbrada, que se sintió ligada inmediatamente por una sincera amistad á la joven señora Polaniecki. Llegaron pues á Bucinek hechas unas verdaderas amigas, y Svirski, que poco antes había llegado con Polaniecki, Osnovski y Kopovski, no necesitó gran agudeza de ingenio para adivinar que el juicio de Marina con respecto á la señorita Ratkovski, era muy lisonjero para ésta.

Mas su impaciencia no se contentó con esto. Marina enseñó á sus huéspedes la nueva residencia que debía pasar á ser de su propiedad, porque Polaniecki había resuelto comprarla. Llegados al jardín, Svirski, aprovechando el momento en que todos los presentes se habían esparcido por los senderos del jardín, se apresuró á ofrecer el brazo á la dueña de la casa.

—Y bien, señora,—la dijo con viveza,—¿ha sido favorable la primera impresión?

—Muy favorable. Pruebe usted á conocerla y lo verá.

—¿Yo? ¿y por qué? Hoy mismo me declaro. ¿Se figura usted que voy á vacilar todavía? Le doy mi palabra de que hoy mismo, aquí en Bucinek, la voy á pedir la mano. En estos asuntos es menester ser

audaz. ¿Qué importa que hoy haya habido funerales? Yo no soy supersticioso; ó mejor, sí, lo soy, y creo que de sus manos de usted no puede venir cosa mala.

—Es que usted no va á recibir de mis manos á la señorita Ratkovski. No la conozco más que de hoy.

—Lo mismo da. A mí siempre me han hecho mucho miedo las mujeres; pero esta vez no veo ni la menor razón de tenerla. Creo firmemente que esa joven tiene un corazón que sabe agradecer.

—También yo lo creo.

—Ya lo ve usted. Hoy para mí es un día decisivo. Si me admite lo llevaré este día impreso por toda mi vida en el corazón. Si me rechaza...

—Si le rechaza, ¿qué?

—Me encierro en casa y durante ocho días consecutivos no hago más que pintar desde la mañana hasta la noche. Creo que dije que si llegaba un caso semejante, me iría á cazar gansos; pero creo que un nó de parte de ella me afigiría muy de veras. Pero, ¿quién sabe? Tal vez no seré tan desgraciado. A mí entender, creo imposible que pueda estar enamorada de aquella cabeza de peluquero de Kopovski: está sola en el mundo, es huérfana, y puede prestarme un servicio de que le estaré reconocido toda mi vida, porque en el fondo soy un hombre de muy buena pasta. Pero tengo miedo de que se me dé una pesadumbre.

Marina comprendió que el pintor podía hablar formalmente, y le dijo:

—Verdaderamente tiene usted bueno el corazón,

y por lo tanto no se le podrá dar á usted jamás una pesadumbre.

—Quiero ser franco con usted, señora. ¿Cree usted acaso que soy dichoso? Pues no lo soy. He adquirido con mi trabajo cierto capital y cierta celebridad, es verdad, pero dudo que entre todos los hombres sea fácil hallar uno que haya buscado con tanto afán como yo un ideal. ¿Y sabe usted qué ha pasado? Aprendí á conocerla á usted, á conocer á la señora Bigiel y tal vez á otras dos ó tres criaturas buenas, nobles, puras é inteligentes. Permítame usted que haga constar que no lo digo por mera cortesía, sino para explicarle un desengaño mío. Encontré en nuestras mujeres tanta lijereza, tropecé con caracteres tan frívoles y vulgares, llenos de egoísmo, de bajeza y de hipocresía, que habría sido imposible dejar de apesadumbrarse por ello. Mas esa señorita parece muy distinta, —añadió el pintor tras un breve silencio, —me parece que es una niña dulce y apacible. ¡Dios haga que sea realmente así, y que consienta en casarse conmigo!

Entretanto Polaniecki había sido llamado á parte por la señora Bronicz, y resignado con su suerte, soportaba su interminable alusión de palabras.

—¡Ah, sí!—decía ella con los ojos vueltos hacia el firmamento.—¡Ah, sí! él me recordaba los años de mi juventud, y como usted ve, hasta su muerte he conservado hacia él una fiel amistad, á pesar de que, durante muchos años, quedaron interrumpidas nuestras relaciones. De seguro que habrá usted oído... Mas no, no puede usted haberlo oído, porque yo nunca he hablado de eso con ser viviente alguno, que yo estuve á punto de ser la mamá de Ele-

nita. Ahora ya no hay necesidad de guardar este secreto. Dos veces pidió mi mano, y dos veces le rechacé, no porque me desagradara, pues por el contrario me era muy simpático, pero ya me entenderá usted. Cuando se es joven se busca otra cosa, se busca lo que yo encontré en mi Teodoro. Sí, sí, la primera vez fué en Ischia, y la otra en Varsovia. Sufrió mucho, pero ¿qué se podía hacer? Si usted se hubiera hallado en mi lugar, qué habría hecho? Dígamele con franqueza.

Polaniecki, que ningún deseo tenía de contestar, ni con franqueza ni sin ella, lo que habría hecho si se hubiese hallado en el lugar de la señora Bronicz, dijo:

—Creo que deseaba usted preguntarme alguna cosa.

—¡Ah, sí! Quería preguntarle sobre los últimos momentos de su vida. Elena me ha dicho que su padre murió, inopinadamente; mas usted que vive cerca de allá, es probable que le habrá hecho alguna visita, y tal vez pueda usted saber si hizo alguna disposición antes de morir. Personalmente, no tengo interés alguno en saberlo. ¡Dios mío! no es posible que haya en el mundo quien sea menos interesado que yo y Lineta. Pero el señor Zavilovski me dió su palabra de que legaría al señor Ignacio las posesiones que tenía en Prusia. Si no ha cumplido su palabra, ó si no ha tenido tiempo de cumplirla, que Dios se lo perdone como se lo perdono yo.

—A mí no me cabe duda alguna,—contestó Polaniecki,—de que el señor Zavilovski pensaba en su

sobrino, y voy á decirle el por qué. Hace unos quince días, hizo que le trajeran varias armas antiguas para que yo las viera, y antes de que las trajera, se volvió á su hija y la dijo: «No vale la pena de nombrar estas armas en el testamento; después de mi muerte, se las entregará á Ignacio, mayormente cuando para tí no tienen valor alguno». De eso deducí que, ó había dispuesto algo en favor de Ignacio, ó pensaba hacerlo. Si hay un testamento nuevo, se sabrá dentro de pocos días. La señorita Elena no lo habrá hecho desaparecer.

—Usted no la conoce bien á Elenita. Yo que la conozco le puedo responder de ella, y me sorprende que se atreva usted á sospechar de ella en mi presencia. ¡Elena hacer desaparecer un testamento! ¡imposible!

—Le ruego á usted que no me atribuya pensamientos que están muy lejos de mi imaginación. Espero que esto no le volverá á suceder. Además, un testamento nunca se puede hacer desaparecer, porque está hecho delante de testigos.

—Ya ve usted pues que tengo razón; ya estaba yo segura de ello. Y luego, que el señor Zvilovski quería mucho á Lineta, y aún cuando sólo fuese por consideración á ella, de seguro que no se habrá olvidado de Ignacio. Estaba encantado con razón de mi sobrina, ya desde cuando era chiquitita así.

Esto diciendo, indicó con la mano la altura que entonces tenía Lineta, y luego, después de un breve silencio, añadió:

—Y hasta tal vez más pequeña.

A Polaniecki se le había acabado la paciencia.

Dió, de consiguiente, media vuêlta, y acompañó á la señora á donde se hallaban los demás, quienes después de haber visitado el jardín, se habían reunido alrededor de la mesa. Involuntariamente, Polaniecki observó que Lineta era verdaderamente hermosa, y que no era de extrañar que el viejo estuviese enamorado de ella, porque aquella joven debía haber sido una pequeñuela muy graciosa. De improviso acudió á su mente el recuerdo de Litka, que también había sido para él una niña tan querida. Volvióse, pues, á la joven señorita, y la preguntó:

—¿De modo que hace mucho tiempo ya que conocía usted al pobre Zvilovski?

—¡Oh, sí!—respondió Lineta,—hace cerca de cuatro años. Tía, tú que lo sabes con exactitud, ¿cuánto hace que conocemos al señor Zvilovski?

—Decididamente no sé dónde tiene siempre la cabeza esa chiquilla,—exclamó la señora Bronicz.—¡Ah, amigo señor Polaniecki, qué edad tan bonita es esa!

Entretanto Svirski, que estaba sentado junto á la señorita Ratkovski, pensaba que no era tan fácil como él se figuraba el cumplir lo que había prometido á Marina. La conversación que se sostenía á su alrededor se lo impedía, y se lo impedía aún más una indefinida opresión en el corazón, unida á la carencia absoluta de presencia de espíritu, que en aquel momento experimentaba.

—Jamás habría creído,—pensaba entre sí,—que yo fuera tan cobarde.

Tomaba impulso para expresar lo que tenía en el corazón, pero siempre acababa por hablar de

otra cosa. Después de comer, y como si trataran de fastidiarle, quedáronse todos en el comedor; las señoras estaban visiblemente cansadas, y cuando, una hora más tarde, la señora Anetka dijo que era hora de marcharse, Svirski casi respiró.

—No es mía la culpa,—se dijo á sí mismo;—yo tenía firme intención de hacerlo.

Cuando las señoras estuvieron á punto de subir á sus carruajes, desapareció en él aquella efímera tranquilidad de un momento, para ceder el lugar á una profunda tristeza. Volvió á pensar en su vida solitaria, y en que no tenía á nadie á quien hacer heredero de su nombre y de su fortuna. La compasión que le causaba la señorita Ratkovski, la confianza que ésta le había inspirado y la gran simpatía que, desde los primeros momentos alimentó hacia ella, renacieron en él y le infundieron valor. Ofreció el brazo á aquella joven y, mientras la acompañaba al coche, la dijo:

—El señor Osnovski me ha invitado á que vuelva á Pritulov, y yo he vuelto á aceptar, pero esta vez quiero ir provisto de paleta y pinceles. ¡Me gustaría tanto tener su retrato de usted!...

De pronto se interrumpió, buscando en vano las palabras con que expresar lo que tenía en el corazón. La señorita Ratkovski, que no podía imaginarse que hubiera quien se interesase por ella, le preguntó con acento de profunda admiración:

—¿Mi retrato?

—Sí, para mí sólo,—contestó en voz baja Svirski.

La señorita Ratkovski le miró como si no hubiera comprendido de lo que se trataba; pero como la señora Anetka le dijera que se diese prisa en subir,

Svirski apenas tuvo tiempo suficiente para estrecharle la mano, y murmurar un:

—¡Hasta la vista!

Partió el coche. Las sombrillas que las señoras habían abierto, ocultaron en seguida el rostro de la señorita Ratkovski; á pesar de lo cual el pintor siguió con la vista durante largo rato á los que se alejaban. Y cuando desaparecieron en la primera revuelta del camino, se preguntó á media voz:

—¿Me he declarado ó no?

Y volvió á entrar pensativo en la sala.

Marina que, desde lejos, había visto todas las maniobras de Svirski, ardía en deseos de saber todos los detalles, pero no se atrevía á pedírselos, á pesar de que no estaba presente su marido. Sin embargo Svirski leyó claramente en los ojos de Marina esta pregunta: «¿Se ha declarado usted?»

Y, acercándosele sonriendo, la contestó:

—Sí, señora, casi, casi. No había medio de prolongar la conversación, y por eso no he podido obtener respuesta, y hasta no estoy del todo seguro de que se me haya comprendido.

Marina observó que el pintor estaba más conmovido de lo que quería aparecer, y se disponía á dirigirle alguna palabra para animarle, pero se lo impidió la llegada de Polaniecki. Svirski se despidió casi inmediatamente después. Antes de marcharse, volviéndose hacia Marina y, sin fijarse en la presencia del marido de ésta, le dijo:

—De todos modos, mañana voy á Pritulov, ó envío allá una carta. Espero que la respuesta me será favorable.

Besó luego la mano á la señora, subió al coche,

y desapareció casi en seguida entre una nube de polvo.

—¡Voto á sanes, Svirski mío!—exclamó el pintor hablando consigo mismo, mientras el coche le conducía á Varsovia, —¿qué dices de esto? ¿A dónde ha ido á parar toda tu alegría? ¿Por qué no le gritas al mundo entero: «¡Al fin me caso! ¿Entiendes, al fin eso, viejo hipopótamo?»

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
Pero de nada sirvió el aguijón, porque el corazón seguía frío. Sabía muy bien que para él podía ser la felicidad, pero no la sentía. Ya no se comprendía á sí mismo, y esto le produjo un vivo asombro. Había obrado con conocimiento de causa, y con espontánea voluntad; la señorita Ratkovski continuaba siendo aquella dulce criatura, y sin embargo, ¿por qué no le hacía tan feliz como antes la idea de que ella sería su mujercita, y por qué en el fondo de su alma experimentaba casi un sentimiento de desengaño. Svirski no amaba á la señorita Ratkovski, y esta era la respuesta única, y la más sencilla que daba á todas las preguntas que se había hecho.

Al asombro, al estupor, sucedió una gran tristeza, sintió el amor ardiente de que era capaz, y que no amaba como podía amar. Involuntariamente pensó en la señorita Castelli y en Zvilovski, y su alma profundamente artista se le sobrepuso.

Al revés de los hombres vulgares, incapaces de pensar en otra cosa que en lo que les atañe personalmente, se olvidó completamente de sí mismo y de la señorita Ratkovski, para no preocuparse sino del joven poeta y de la singular expresión de aquel rostro inteligente. Tal vez había en él cierta exal-

tación. Sí, pero había además alguna otra cosa, alguna cosa extraña, especialísima, que iba unida á ella.

De repente sintió que un estremecimiento recorría sus venas.

—¡Es una cabeza trágica!—exclamó.

LIII

Pocos días después, á consecuencia de una invitación de Polaniecki, Zvilovski salió para Varsovia. El joven poeta había abandonado con pesadumbre la quinta de Pritulov; pero la señorita Elena había resuelto que él asistiera á la apertura del testamento, y de consiguiente, en cuanto llegó á Varsovia salió en seguida para Jasmien, en compañía de Polaniecki y del notario del viejo Zvilovski.

Cerca de dos días después de su llegada á Jasmien el joven poeta escribió á su novia, pero, como en su carta no hablaba más que de amor, y nada decía del testamento, la señora Bronicz dijo á la señora Anetka que consideraba este silencio como una estupidez por parte del Ignacio, y que en este extraño modo de obrar, había *quelque chose de louche*. En cambio el señor Ornovski expuso su opinión de que indudablemente Zvilovski no hablaba del testamento por delicadeza, lo cual dió lugar á un altercado entre él y la señora Bronicz, la cual acabó por sacar en consecuencia que los hombres en general tenían formado un concepto muy flojo de la lógica y de la delicadeza.

Luego, como si se hallara sobre áscuas, no pudo

y desapareció casi en seguida entre una nube de polvo.

—¡Voto á sanes, Svirski mío!—exclamó el pintor hablando consigo mismo, mientras el coche le conducía á Varsovia, —¿qué dices de esto? ¿A dónde ha ido á parar toda tu alegría? ¿Por qué no le gritas al mundo entero: «¡Al fin me caso! ¿Entiendes, al fin eso, viejo hipopótamo?»

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
Pero de nada sirvió el aguijón, porque el corazón seguía frío. Sabía muy bien que para él podía ser la felicidad, pero no la sentía. Ya no se comprendía á sí mismo, y esto le produjo un vivo asombro. Había obrado con conocimiento de causa, y con espontánea voluntad; la señorita Ratkovski continuaba siendo aquella dulce criatura, y sin embargo, ¿por qué no le hacía tan feliz como antes la idea de que ella sería su mujercita, y por qué en el fondo de su alma experimentaba casi un sentimiento de desengaño. Svirski no amaba á la señorita Ratkovski, y esta era la respuesta única, y la más sencilla que daba á todas las preguntas que se había hecho.

Al asombro, al estupor, sucedió una gran tristeza, sintió el amor ardiente de que era capaz, y que no amaba como podía amar. Involuntariamente pensó en la señorita Castelli y en Zvilovski, y su alma profundamente artista se le sobrepuso.

Al revés de los hombres vulgares, incapaces de pensar en otra cosa que en lo que les atañe personalmente, se olvidó completamente de sí mismo y de la señorita Ratkovski, para no preocuparse sino del joven poeta y de la singular expresión de aquel rostro inteligente. Tal vez había en él cierta exal-

tación. Sí, pero había además alguna otra cosa, alguna cosa extraña, especialísima, que iba unida á ella.

De repente sintió que un estremecimiento recorría sus venas.

—¡Es una cabeza trágica!—exclamó.

LIII

Pocos días después, á consecuencia de una invitación de Polaniecki, Zvilovski salió para Varsovia. El joven poeta había abandonado con pesadumbre la quinta de Pritulov; pero la señorita Elena había resuelto que él asistiera á la apertura del testamento, y de consiguiente, en cuanto llegó á Varsovia salió en seguida para Jasmien, en compañía de Polaniecki y del notario del viejo Zvilovski.

Cerca de dos días después de su llegada á Jasmien el joven poeta escribió á su novia, pero, como en su carta no hablaba más que de amor, y nada decía del testamento, la señora Bronicz dijo á la señora Anetka que consideraba este silencio como una estupidez por parte del Ignacio, y que en este extraño modo de obrar, había *quelque chose de louche*. En cambio el señor Ornovski expuso su opinión de que indudablemente Zvilovski no hablaba del testamento por delicadeza, lo cual dió lugar á un altercado entre él y la señora Bronicz, la cual acabó por sacar en consecuencia que los hombres en general tenían formado un concepto muy flojo de la lógica y de la delicadeza.

Luego, como si se hallara sobre áscuas, no pudo

contenerse más y marchó á Varsovia, con la esperanza de poder adquirir noticias. Veinticuatro horas consecutivas permaneció allí sin poder lograr su objeto, y sólo al regresar, supo por la señora Masko, con quien se encontró en la estación de Pritulov, y que iba á hacer una visita á los señores Osnovski, que no se había encontrado ningún testamento nuevo del viejo Zavilovski, y que, por consiguiente, la señorita Elena quedaba heredera única de toda la fortuna del difunto.

Durante su ausencia, había llegado á Pritulov una segunda carta del joven poeta, que daba esta misma noticia respecto al testamento y que terminaba diciendo: «Únicamente por tí, Lineta, habría deseado ser rico, por tí únicamente. Con franqueza te confieso, que ya no pienso en esta herencia, y estoy seguro que no será gran cosa la pena que esto te causa á tí, porque sé el poco caso que haces de las riquezas...»

Lineta enseñó esta carta á la señora Anetka, á la señorita Ratkovski, y naturalmente también á su tía, cuando ésta estuvo de vuelta; y de consiguiente, durante todo el día, no se habló de otra cosa en Pritulov que del testamento del viejo Zavilovski; y la señorita Castelli, á pesar de todas las observaciones y de todas frases de pésame, conservó el silencio más absoluto.

Mientras la joven estuvo presente, la señora Bronicz no se atrevió á expresar cuán terrible había sido para ella aquel desengaño: mas en cuanto Lineta se hubo alejado en compañía del señor Kopovski, dió libre curso á su cólera, sin tener mira-

miento alguno, y provocando el enojo del señor Osnovski.

—No creo,—dijo éste,—que Ignacio hubiese cesado de escribir si hubiese resultado heredero del señor Zavilovski: pero la administración de una fortuna tan importantante habría reclamado, de seguro, la mayor parte de su tiempo en perjuicio de su ingenio. Creedme, querida tía, yo siempre he considerado á Lineta como una criatura buena y excelente, y siempre la he querido bien; pero á mis ojos, ha adquirido mayor prestigio, desde que Ignacio empezó á quererla. Ser algo para un hombre semejante, es una fortuna que cualquier mujer podría envidiarle á Lineta. Por lo demás, Zavilovski posee una pequeña fortuna, que creo asciende á veinte mil rublos, que en su día se aumentará con el capital, no despreciable, que su viejo pariente donó á favor de su padre, y de consiguiente no se puede decir que sea pobre.

La señora Bronicz alzó los hombros con aire de desprecio, y contestó:

—Lineta no aspira á la riqueza, y lo ha demostrado comprometiéndose con Zavilovski.

—Y luego,—repuso el señor Osnovski,—de seguro que la señorita Elena no se casará, y de consiguiente herederán los hijos de nuestros jóvenes desposados.

Pero el rostro de la señora Bronicz adquirió una expresión más tétrica todavía, y no contestó.

—Pero tía,—prosiguió Osnovski,—hay que ser razonable. Ignacio al fin y al cabo, es el mismo de antes.

—Ya sé,—contestó irritada la otra,—que Ignacio

tiene talento, mas eso no quita que haga un casamiento ventajoso únicamente para él. Naturalmente que los bienes de fortuna no son lo principal, pero el lenguaje con que se espresó el viejo Zavilovski sobre su joven pariente, ha hecho hablar ya á la gente... Ayer rogué por él junto con Lineta... pero ¿de qué ha servido?... Habría preferido que hubiese sido franco, y tanto para mí como para Lineta habría sido mejor que Ignacio no nos hubiese dado á entender que su tío tenía la intención de nombrarle heredero.

—Dispéñseme usted,—le interrumpió vivamente Osnovski.—Ignacio no ha soñado jamás en hacerle á usted creer semejante cosa. Acuérdesese de que ni siquiera quería conocerle, y que usted ha sido quien le indujo á que lo hiciera.

Pero la señora Bronicz se habla disparado y ya no habla quien pudiera atreverse á intentar detenerla; y de consiguiente contestó con acento irritado:

—A usted tal vez no se lo había hecho creer, pero á mí sí. Lineta lo puede decir. Ya le he dicho á usted que para mí la fortuna no es más que una cosa secundaria, y si yo me acaloro algo hay que buscar la causa en otra parte. Usted nunca ha sido madre, y por lo tanto no puede comprender la angustia de nosotras, las madres, cuando ponemos nuestros hijos en manos ajenas. Y ahora precisamente he sabido que Zavilovski, entre sus muchas buenas cualidades es también colérico. Por mi parte lo creo así, y si así es, esto será la muerte de mi pobre Lineta. El mismo señor Polaniecki me ha hecho saber que Ignacio tiene un carácter furioso...

Polaniecki, su amigo, como que los hombres en general no son capaces de tener amistad, me dijo también que el padre de Zavilovski era igualmente furioso, y que por esto se volvió loco, y que todo eso se hereda fácilmente. Ya sé que Ignacio ama á Lineta, por más que los hombres en general no saben amar; pero ¿hasta cuándo durará ese amor? Usted no puede negar que también es egoísta, por más que todos los hombres lo son. Me parece que ahora no se extrañará usted si yo, una pobre madre, temo al pensar que mi querida hija tiene que ir á caer en manos de un tirano egoísta y loco.

—¡Esto se llama ir de prisa!—interrumpió Osnovski, volviéndose hacia su mujer.

—Anetka parecía que se interesaba en este debate, como si estuviera asistiendo en una comedia. Los altercados entre la señora Bronicz y su marido habían sido siempre para ella un motivo de diversión, y de consiguiente lo era tanto más esta vez que la discusión amenazaba formalizarse.

La señora Bronicz, después de haber lanzado una mirada de conmiseración á Osnovski, dijo:

—A ver, dígame usted, ¿en qué sociedad vive? Se relaciona con los Bigiel, Svirski, Polaniecki, ¡magnífica compañía para Lineta!

—Respecto á esto,—la interrumpió de nuevo Osnovski,—podría decirle que todos nosotros, comparados con Polaniecki, somos una manada de *parvenus*. Yo siempre he dado poca importancia á un árbol genealógico; pero ya que me busca usted la lengua, he de contestarle. Usted sabe mejor que yo que Svirski descende de una familia de príncipes, y ésta es una de las personas con quienes Zavilovs-

ki se relaciona. Y ahora hablemos de nosotros. Por lo que á mí me toca, lo único que yo sé, y no me avergüenzo de decirlo, es que mis ascendientes eran quinteros en no sé qué parte de la Ucrania. Sobre la descendencia de la familia Bronicz. Usted puede responder por mí, y de la familia Castelli... más vale que no hablemos.

—Desciende en línea recta de Marino Falliero,— exclamó con tono solemne la señora Bronicz.

—Le hago observar á usted, mi querida tía, que aquí estamos en familia.

—Y si Lineta hubiese querido, hoy sería condesa de Calimacao.

—*La vie parisienne*,—contestó Osnovski.—¿Conoce usted esta opereta? En ella hay un almirante suizo.

La señora Anetka se divertía cada vez más, pero el señor Osnovski, recordando en aquel momento que la señora Bronicz era una huéspedada suya, casi le supo mal de haberse dejado escapar aquellas palabras, y, cambiando de tono, añadió en seguida:

—Pero, ¿á qué viene esa discusión, querida tía? Usted sabe que yo he querido siempre á Lineta, y que deseo con toda mi alma que se muestre digna de Zavilovski.

Eso fué como si hubiera echado leña al fuego, porque la señora Bronicz tomó esta contestación como una ofensa, y, montando en cólera, exclamó:

—¿Qué Lineta se muestre digna de Zavilovski? Esta...

Afortunadamente, la aparición de la señora Masko vino á poner fin á aquella discusión. La señora Bronicz enmudeció, como si la cólera le hubiese

ahogado las palabras en la garganta, y Anetka preguntó á la señora Masko dónde se hallaba el resto de la comitiva.

—Lineta, Kopovski y Estefanía están en el invernáculo,—contestó la señora Masko;—las señoritas dibujan orquídeas, y entretanto el señor Kopovski las divierte.

—¿Cómo las divierte?—preguntó Osnovski.

—Con sus curiosas observaciones, que las hacen reír á mandíbula batiente.

En aquel momento llegó el criado con el correo: Osnovski lo tomó y lo distribuyó.

—¡Para Anetka! ¡Para Anetka!—dijo.—Mi pequeña escritora tiene mucha correspondencia. Esta para la tía, y esta otra para Estefanía. ¿Me permite usted que vaya á entregar la carta á Estefanía?

—Anda, mientras nosotras leemos las nuestras,—le contestó Anetka.

Osnovski fué al invernadero y encontró á las jóvenes atareadas en reproducir al lápiz un jarro de orquídeas colocado encima de una mesita de hierro, junto á la cual estaban sentadas ellas. Kopovski estaba de pie junto á ellas, mirando los dibujos por encima de sus hombros. Llevaba todo un traje blanco, medias negras, y fumaba un cigarrillo sacado de una cigarrera que había colocado encima de un jarro de flores al alcance de su mano.

—¡Buenos días!—dijo Osnovski.—¿No es verdad que son preciosas mis orquídeas? ¡Qué flores tan raras!... Tengo una carta para ti, Estefanía. Léela en seguida: me parece que conozco la letra.

La señorita Ratkovski rompió el sobre y se puso á leer. De pronto su rostro se puso encendido como

la grana, é inmediatamente después, se puso pálida como la cera. Osnovski la miraba lleno de curiosidad, hasta que, después de terminada la lectura, la joven le mostró la firma, diciéndole:

—¡Lee!

—¡Ah!—exclamó Osnovski, que comprendió entonces de lo que se trataba.

—¿Puedes concederme un ratito de conversación?

—Estoy á tu disposición, niña mía,—contestó Yozio.

Los dos se alejaron.

—¡Al fin estamos solos!—murmuró Kopovski.

Lineta no contestó. Cogió la cigarrera de piel de Kopovski y se acarició ligeramente la cara con ella. El joven le lanzó una mirada, bajo cuya influencia la señorita Castellí pareció desvanecerse. Desde largo tiempo sabía ella perfectamente lo que tenía que pensar de él; mas á pesar de esto, la hermosura y la elegancia de aquel petrimetre le hacían hervir la sangre.

—¿Ha observado usted,—repuso Kopovski,—que desde algún tiempo para acá se nos viene espiando continuamente?

La joven, como si no hubiera oído la pregunta, siguió pasándose la cigarrera por la cara, y después de haberla paseado hasta por encima de los labios, dijo:

—¡Qué fino y agradable es su contacto! Pruébelo usted.

Kopovski tomó la cigarrera y la besó en el sitio mismo donde Lineta había apoyado sus labios. A esto siguió un breve silencio.

—Ahora nos tenemos que ir,—dijo la joven.

Tomando el jarro de las orquídeas, fué para colocar el estante de madera donde lo habían descolgado, mas no lo consiguió porque estaba demasiado inclinado.

—Déjeme V. hacer á mí,—dijo Kopovski.

—No, aquí podría caer y romperse. En el lado opuesto hallaré otro sitio mejor.

Esto diciendo, pasó al otro lado de la estantería, donde entre éste y la pared había un pasadizo estrecho. Kopovski la siguió. Llegada allí se encaramó sobre un montón de ladrillos, y colocó el jarro en la tabla más alta del estante, pero cuando se disponía á bajar, moviéronse los ladrillos y la joven se bamboleó. Kopovski, que estaba al lado de ella, la recibió rápido entre sus brazos y la atrajo á sí permaneciendo en esta situación durante algunos segundos.

—¿Qué hace usted?... ¡Esto no está bien!—murmuró Lineta, apoyando la cabeza en su hombro.

Pero, por toda respuesta, Kopovski la apretó más contra su pecho y aplicó su boca sobre los labios de la joven. Entonces la joven le echó los brazos al cuello y le besó con delirio. En su embriaguez no se habían apercebido de que Osnovski había vuelto á penetrar en el invernadero y les observaba con los ojos desmesuradamente abiertos y con el semblante pálido de estupor.

LIV

Entre tanto Zavilovski iba, ora á Varsovia ora á Bucíneck, según las exigencias de los asuntos. Co-

mo sus bodas debían celebrarse en otoño, Polaniecki le había aconsejado que se buscara y dispusiera una casa. Además, su presencia era necesaria en Bucinek con motivo de sus relaciones con la señorita Elena. Esta, heredera universal de aquella cuantiosa fortuna, no había ocultado que su padre tenía intención de hacer un testamento nuevo, y hasta confesaba que la única causa que se lo había impedido había sido su inesperada muerte.

Tampoco le cabía duda alguna de que su padre hubiera tenido la idea de proteger al último representante de su nombre, y por lo tanto comprendía y confesaba que ella tenía un deber moral de cumplir la voluntad del difunto. En realidad, nadie podía figurarse la manera como ella quería reconocer á Ignacio, y antes de proceder á un inventario completo de todo lo que constituía la herencia, ni ella misma lo habría podido decir. Entre tanto le tocaba todo aquello á que él tenía derecho, como último vástago de la familia.

Bajo este concepto tuvo toda la plata, una importante y preciosa colección de armas, algunos caballos, que por de pronto fueron entregados á Polaniecki, y la colección de pipas de que tanto se había preocupado en cierta ocasión el señor Kopovski.

Fría é indiferente en apariencia á todo lo que pasaba en torno de ella, la señorita Zaviłovski, gracias á la expresión de dura serenidad de su rostro, no podía conquistarse, ni buscaba la confianza de los demás; mas para su joven pariente demostraba una ternura casi maternal, como si hubiese heredado también de su padre su inclinación hacia el joven poeta.

Cuando supo por Polaniecki que Zaviłovski estaba haciendo preparativos para su próximo casamiento, ella le entregó cierta cantidad de dinero con encargo de que la depositara en un Banco á nombre de su primo, pero al mismo tiempo de que por ahora no se hablase de esto.

Zaviłovski, que tenía un corazón agradecido, puso á su prima un cariño fraternal, y ésto hizo que en poco tiempo se vieran unidos por una ternura y benevolencia recíproca. Esta especie de inclinación se transforma generalmente con el tiempo en esa amistad sólida y duradera que en las horas tristes de la vida nos puede servir de gran provecho.

Yendo y viniendo así de Varsovia á Bucinek, tuvo ocasión de conocer al profesor Vascovski, que había regresado de su largo viaje. Había visitado todas las costas del Adriático, lo propio que toda la península Balkánica; pero su estado de salud era en la actualidad tan alarmante, que Polaniecki le había hecho ir á Bucinek para que se le cuidara.

Zaviłovski, que fácilmente se entusiasmaba por todas las ideas grandes, tomó un vivo interés hacia el viejo pedagogo y hacia su teoría sobre la misión histórica de los jóvenes arrianos, á pesar de que lo consideraba como un sueño hermoso, pero irrealizable.

Zaviłovski, al igual de Svirski y de Polaniecki, había observado además que el profesor no quería referir sus viajes, y que, en cuanto se le interrogaba sobre este particular, se limitaba á responder:

—Nadie puede sustraerse á la esclavitud que Jesucristo nos ha impuesto.

Luego miraba delante de sí con los ojos inclinados como si buscara algo, y en sus venerables facciones se reflejaba una tristeza tan grande y un dolor tan profundo, que nadie se sentía con valor para hacerle nuevas preguntas.

El médico, mandado llamar al efecto por Polaniecki, declaró que la cocina demasiado frugal de los jóvenes arrianos había echado á perder el estómago del anciano, que estaba atacado de *marasmus senilis*.

A Zavilovski le pareció además haber notado que en el espíritu del profesor sucedía algo singular, eso es una lucha entre la fe en la idea por la cual había combatido hasta entonces, y á la cual había dedicado toda su vida, y la duda ó el terror de haberse equivocado.

Unicamente Zavilovski podía comprender todo lo trágico de semejante *ergo erravi*, al fin de una existencia, y esto le conmovía profundamente. Como poeta, cuya fantasía transforma todas las impresiones en imágenes poéticas, él se representaba un cuadro, en el cual un anciano con el corazón amargado por los desengaños sufridos y por las vanas esperanzas de toda su vida, está sentado en el umbral de su casa, aguardando á la Muerte.

Mas, por fortuna, el profesor no había llegado á un extremo tan desesperado. Realmente había sufrido muchos desengaños por causa de los jóvenes arrianos; pero su fe en la misión de esos no había decaído, y así se deducía de sus incesantes demostraciones. Ahora no hablaba ya de su *idea*, pero era evidente que la tenía siempre fija en su imagi-

nación, al igual de la manecilla de un reloj que se ha parado y que señala siempre la misma hora.

La mayoría de la gente le consideraba loco, mas él parecía no oír sus aseveraciones, expresadas á veces hasta en voz alta.

Sin embargo veía que Polaniecki y Marina le tenían cariño: y á despecho de todos sus desengaños, en su infinita bondad no había cambiado con respecto á los demás. Estimaba todavía á todos aquellos á quienes había conocido: Marina, Polaniecki, Svirski y hasta el mismo Masko. Seguía teniendo las mismas extrañas ideas sobre los hombres á saber que éstos, queriendo ó no queriendo servir para realizar un fin determinado, impelidos por la mano de Dios, de uno á otro sitio como otras tantas piezas de un tablero de ajedrez; y que los artistas como Svirski eran otros tantos enviados para mensajeros de paz.

En la misma categoría de Svirski había colocado al poeta Zavilovski, cuyas poesías conocía ya desde largo tiempo.

Cuando este le fué presentado por vez primera, le contempló durante algunos minutos, como si se hallara en presencia de un prodigio, y al otro día, mientras el joven estaba ausente y se hablaba de él durante el té, el viejo profesor levantó en alto un dedo, y con acento misterioso dijo, volviéndose hacia Marina.

—Es un enviado del Señor. Lo que el Omnipotente ha escrito en su frente, y cual quiera que sea el papel á que lo ha predestinado, ni él mismo lo puede saber.

Cuando Marina le hubo participado el próximo

casamiento de Zavilovski y el amor que ésta profesaba á la señorita Castelli, cuya bondad y belleza admiraba ella, el profesor, que la había escuchado con suma atención, añadió:

—También esa tiene su misión; también esa está predestinada. Dios le ha encargado la conservación del fuego sagrado, y se la debe honrar como á una elegida del Señor... ¡La mano divina está puesta sobre ella!

Permaneció en silencio durante algún tiempo, abismado en sus pensamientos, y luego continuó:

—Todo eso debe servir de guía á la humanidad para el porvenir.

La mirada que Polaniecki dirigió á su esposa, parecía querer significar que las palabras del profesor las consideraba él como las de un loco; mas éste cerró los ojos como sumido en una visión, y repuso:

—La vía láctea está en el cielo, y Dios, si quiere, podrá sacar de ella nuevos mundos. Yo creo que existe igualmente una vía láctea incorpórea, espiritual, compuesta de todo lo que los hombres piensan y sienten. En ella, en esta vía láctea incorpórea está comprendido: lo que crea el genio, los descubrimientos de la mente, el pensamiento artístico, el pudor de la mujer y la bondad y los dolores de los hombres. Nada se consume, porque aun cuando todo se redujera á polvo, de éste se formarían nuevos mundos por la voluntad divina. La joven debe ser una perla, porque Dios la ha predestinado á custodiar el fuego sagrado.

La llegada de Svirski interrumpió este discurso. A Marina no le cogió de improviso esta visita, por-

que ya sabía que el pintor vendría, ó que habría escrito para participarla el resultado de su demanda de matrimonio. Cuando entró en la sala, la miró de una manera tan singular, que Marina no pudo darse cuenta de lo que debía pensar de aquella mirada. Polaniecki vino en su auxilio, preguntándole:

—¿Desea usted ir al jardín con mi mujer? Sé que tiene usted algo que decirle.

—¿Se lo ha contado usted, pues, todo á su marido?—la preguntó Svirski en cuanto se halló á solas con Marina.

Esta se puso colorada, y como si hubiera cometido un delito, contestó:

—Stach se interesa mucho por usted y yo no tengo secretos para él.

Svirski la besó la mano.

—¡Oh! no quiero que usted se figure que me haya sabido mal, aun cuando no me he salido con la mía.

—¡Imposible!—exclamó Marina,—usted habla en broma!

—¡Palabra de honor! Mas no se preocupe usted por eso. Ha sucedido lo que debía suceder. Si estoy aquí, eso quiere decir que no me he suicidado... ni tengo malditas las ganas de hacerlo, á pesar de que la cosa me ha salido atrocemente mal.

—Pero ¿por qué? ¿qué le ha contestado á usted?

—¿Por qué? ¿qué me ha contestado?—repitió Svirski.—Esto precisamente es lo que, no sin cierta amargura, me he preguntado á mí mismo. Confieso claramente que la inclinación que yo le tenía á la señorita Ratkovski no era mucha. Me gustaba, estaba convencido de que tenía un corazón bueno y

agradecido y por eso he pedido su mano. Ahí tiene usted la respuesta: le leo únicamente el final de la carta, porque el principio de ella está lleno de frases vulgares que usted misma puede imaginar. Leamos, pues: «No me hallo en el caso de consagrarle mi corazón por completo, como usted lo merece, porque tengo hecha ya mi elección, y si por esto no he de poder ser jamás feliz, no quiero hacerme acreedora en el porvenir al reproche de no haber sido sincera. Aquí han acaecido sucesos que me privan de escribir más extensamente; pero le ruego que me crea si le digo que le quedaré eternamente agradecida por la confianza que me ha demostrado y que todos los días rogaré á Dios para que usted pueda hallar un corazón que le comprenda y que sea digno de usted.» (Esto es todo!)

Tras unos breves instantes de silencio, Svirski continuó:

—Son sencillas maneras de hablar que, en conclusión, no significan otra cosa que: «Estoy enamorada de otro.»

—Indudablemente,—contestó tristemente Marina.—¡Pobre niña! De todos modos, su carta es digna y sincera.

—Precisamente por esto es por lo que lo siento. Ella no me quiere; muy bien. Es perfectamente libre de amar á otro: tiene este derecho; pero, ¿de quién está enamorada? Positivamente no lo estará ni de Osnovski ni de Zavilovski. ¿De quién, pues, lo estará? ¿De aquella cabeza de zanahoria, de aquel imbécil, de aquel periódico de modas, ideas de todas las camareras? ¿No se ha fijado usted nunca en aquellas hermosas figuras de hombre, estampadas

en los periódicos de modas? Pues bien, son exactamente sus retratos. Si lo colocaran en el aparador de una peluquería, todas las muchachas se atropellarían delante de los cristales. ¡Esto me da rabia!... Es una mala prueba para las mujeres, porque yo me digo: si tú fueses un Newton, un Rafael ó un Napoleón, y quisieras alcanzar el amor de una mujer, sería inútil, porque ésta prefiere una cabeza de peluquería hueca. ¡Todas son así!

—¡No todas, no todas! Pero usted como artista, debería saber lo que es el amor. Este flecha á uno de improviso, á despecho de toda clase de lógica.

—Tiene usted razón,—contestó Svirski algo apaciguado.—Dice usted que el amor flecha de improviso y á despecho de toda clase de lógica, y realmente el amor se parece á una enfermedad; pero hay enfermedades á las cuales son refractarias ciertas naturalezas superiores.

Todas estas palabras demostraban que el pintor no estaba muy enamorado, y de consiguiente Marina se tranquilizó completamente por esta parte. Pensando luego en cierta parte de la carta de la señorita Ratkovski, se detuvo de pronto y dijo:

—¿No le ha sorprendido aquella parte de la carta que dice: «Aquí han acaecido ciertos sucesos que me privan de escribir más extensamente?» ¿Tiene usted una idea de lo que puede haber acaecido?

—Probablemente Kopovski la habrá pedido en matrimonio.

—No lo creo, porque lo habría escrito. Si realmente está enamorada de él, es digna de lástima, porque á lo que parece esa muchacha no posee na-

da, y como Kopovski tampoco es rico, considero casi imposible este casamiento.

—Es muy cierto,—afirmó Svirski.—De que ella le ama, no cabe duda;—pero de que él se case con ella, eso es harina de otro costal.

Interrumpióse de pronto y luego añadió:

—Pero, ¿por qué pasa tanto tiempo en Pritulov?

—Ellas se divierten con él y él se divierte con ellas.

Esta vez no habló con sinceridad. Desde que Polaniecki le comunicó sus observaciones sobre las relaciones entre la señorita Anetka y Kopovski, eso no se le quitó de la memoria. La presencia del joven elegante en Pritulov, le parecía sospechoso, y deplorable la conducta de éste para con la señorita Ratkovski. Pero toda aquella intriga podía aparecer á la luz del día, y en este momento Marina estaba pensando, no sin inquietud, en las misteriosas palabras de aquella carta.

La catástrofe podía tener espantosas consecuencias, tanto por la señorita Ratkovski como por el excelente Osnovski, y hasta podía terminar en una tragedia.

—Mañana voy á Pritulov,—dijo Svirski.—Lo hago de propósito para dar á entender que no estoy enojado con nadie. Si realmente ha acaecido algo grave, no dejaré de comunicárselo á usted. ¿Está aún allí Zavilovski?

—No, hoy está en Varsovia. Mañana ó pasado mañana estará aquí en casa de su prima Elena. Hoy Stach va también á Varsovia. Mi amiga sor Angela está muy enferma y queremos ver la ma-

nera de traérnosla aquí: pero como yo no puedo viajar, Stach se ha encargado de ir á buscar.

En aquel momento Polaniecki se dejó ver al extremo opuesto del paseo, y en cuanto reparó en ellos, se apresuró á ir á reunírseles.

—En este momento acabo de saber que hoy vas á Varsovia,—dijo Svirski;—si me lo permites, te acompañaré.

—Perfectamente,—contestó Polaniecki.

—Y dirigiéndose luego á su esposa, añadió:

—Tenía miedo de que te cansaras demasiado. ¿No quieres apoyarte en mi brazo?

Precisamente Marina deseaba eso mismo, y juntos regresaron á la galería. Una vez allí, Marina fué á dar órdenes para que sirvieran el té, y entonces Polaniecki se aproximó rápidamente á Svirski, diciéndole:

—He recibido un telegrama muy extraño y no he querido hablar de él á mi mujer. Osnovski me pregunta dónde está Ignacio, y me ruega por el cariño que éste nos inspira que me halle mañana yo en Varsovia. ¿Qué puede significar todo esto?

—¡Es raro!—contestó Svirski.—La señorita Ratkovski me ha escrito también que en Pritulov ha acaecido algo.

—¿Habrá caído enfermo alguien?

—Si se hubiesen puestos enfermas ó la señorita Castelli ó la señora Bronicz, habrían llamado inmediatamente á Zavilovski.

—Y además, el señor Osnovski lo habría dicho en el telegrama.

Y los dos amigos se miraron uno á otro, poseídos de viva ansiedad.

LV

A la mañana siguiente, Osnovski fué á llamar á la puerta de la habitación de Polaniecki en Varsovia, y éste fué en persona á abrirle. Este, desde la tarde anterior, hallábase poseído de una viva inquietud, porque presumía que de un día al otro debía estallar la bomba en Pritulov, y ahora se devanaba inútilmente los sesos, tratando de adivinar la relación que todo eso pudiera tener con Zavilovski.

Al saludar á Osnovski, le estrechó con fuerza la mano, cual sólo en casos excepcionales de la vida se suele efectuar. Cuando Polaniecki le invitó á entrar en la pieza inmediata, Osnovski le preguntó si la señora Marina se hallaba en Bucinek.

—Sí,—contestó Polaniecki;—aquí estamos completamente solos.

Después que Osnovski hubo tomado asiento en un sillón, inclinó la cabeza y guardó silencio por unos instantes, respirando trabajosamente. Polaniski tuvo unos instantes de paciencia, y luego, cediendo á su natural viveza, preguntó:

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido una gran desgracia,—contestó con aire triste Osnovski.—El casamiento de Zavilovski es ya imposible.

—¿Pero por qué?

—Hay de por medio tantas cosas desagradables, que sería preferible para Ignacio que éste no llegase jamás á conocer la verdad entera. Durante largo tiempo he estado vacilando sobre si debía callar, pero me es imposible. Quizás el coraje y la aver-

sión le harán sobrellevar su desventura. El casamiento es de todo punto irrealizable porque la señorita Castelli es indigna de ser la esposa de un hombre semejante.

Hizo aquí Osnovski una nueva pausa para tomar aliento. Polaniecki, que le había escuchado hasta entonces como atontado, volvió á preguntarle con impaciencia:

—Pero por Dios, dígame usted; ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido que las dos señoras han salido para el extranjero, hace tres días, con Kopovski, el novio de Lineta.

Polaniecki se levantó repentinamente de su asiento para volver á sentarse en seguida; miró por algunos momentos á Osnovski y luego, casi sin saber lo que decía, dijo:

¡Kopovski! ¿También está enamorada de él la señorita Castelli?

Osnovski estaba demasiado conmovido y excitado: á no ser así, de seguro se habría sorprendido de aquella imprudente exclamación.

—Desgraciadamente—contestó,—ya sabe usted que soy pariente de aquellas señoras, y por consiguiente comprenderá que las habría ocultado con mucho gusto sus defectos. Pero ¿de qué serviría ahora? Si la señorita Castelli fuese mi hermana, yo diría de ella lo mismo que voy á decir ahora. En cuanto á Zavilovski, probablemente no le volveré á ver, porque hoy mismo parto con mi mujer, y por otra parte le confieso á usted que no habría tenido valor suficiente para hablar directamente con él. Usted es su mejor amigo y tal vez sabrá atenuar el tremendo golpe que le amenaza. De todos modos

es menester que lo sepa todo, porque el único medio de salvación para él, es el horror que le producirá la indigna conducta de esta muchacha.

Aquí refirió á Polaniecki la escena que se había desarrollado en el invernadero y de la cual él había sido testigo invisible.

—En el primer momento perdí por completo la cabeza,—prosiguió.—Verdad es que no soy un hombre furioso, pero no sé qué me detuvo en aquel instante para que no le abofeteara; quizás fué la idea de que era mi huésped. Repito, pues, que había perdido la cabeza, y que me alejé. Pero inmediatamente después volví á donde ellos se hallaban y les obligué á seguirme. Estaba sumamente pálido, pero me apercibí de que era resuelto, le reproché su conducta incalificable y de haber abusado de la hospitalidad de personas honradas; dije que Lineta era una mujer indigna y que no tenía palabras de desprecio suficientemente enérgicas para ella, y añadí que desde aquel momento no debía considerarse ya como novia de Zavilovski. Por lo que me contestó, deduje que los dos se entendían ya desde hace tiempo, y que él estaba dispuesto á hacerla su mujer. Por lo que se refiere á Zavilovski, me dijo que no le debía ninguna consideración, y sobre todo que no creía tener deber alguno contraído con él; pero que de todos modos había estado siempre á su disposición. Lo que luego habrá ocurrido entre él, la tía y Lineta no se lo podría decir: lo único que sé es que la señora Bronicz me embistió furiosa, reprochándonos á mí y á Anetka por no haber permitido á Lineta que siguiera la voz de su corazón por haberle impuesto Zavilovs-

ki, á pesar de que no le amaba, añadiendo que la pobre niña había estado llorando día y noche por este casamiento que debía ser su infortunio, y que si por desgracia se hubiese realizado, le habría costado la vida. En definitiva, estuvo declamando una hora larga, y al fin resultó que éramos nosotros los culpables, y que las únicas personas que estaban sin mancha de pecado eran ella y su sobrina.

Osnovski se secó el sudor que inundaba su frente, y continuó:

—¡Ay, mi buen señor! He llegado á los treinta-cinco años sin saber lo que realmente era la estupidez irracional de las mujeres y su perversidad. Esta habilidad de invertirlo todo de cambiarlo todo en favor suyo, de hacer que parezca negro lo que es blanco, y blanco lo que es negro, es inconcebible... Con ese par de harpías, el pobre Ignacio habría pasado una vida desesperada... Pero ¡qué golpe tan tremendo será éste para un joven exaltado como él! ¡Y esa Lineta! ¡esa señorita que se cree llamada á tan elevados destinos!... Y eso después de las pocas semanas que hace que dió su palabra á Zavilovski. ¡Verdaderamente hay para volverse loco!

—¿Cuándo sucedió eso?—preguntó Polaniecki.

—Nos dejaron aquel mismo día, y hace tres que salieron para Scheveningen. Kopovski tenía ya despachado su pasaporte, y esto demuestra que hasta los tontos pueden ser previsores y astutos. ¿Acaso no nos ha hecho creer que hacía la corte á mi prima Estefanía Ratkovski?

—¿Por qué no me ha enterado V. más pronto?

—¿Por qué?... Porque mi mujer se puso enferma.

Tuvo terribles ataques de nervios... No puede V. figurarse cuán á pecho ha tomado todo ese asqueroso enredo, y no es de extrañar. ¡Una mujer semejante!... Y haber tenido que suceder ese escándalo en su propia casa y ante sus mismos ojos, fué un golpe terrible para su delicadeza, por su honradez de sentimientos. Al principio he temido por su estado de salud, y aún hoy ruego á Dios para que aquella terrible sacudida de nervios no tenga graves consecuencias.

Polaniecki miró atentamente á su interlocutor, se retorció los bigotes, pero no despegó, los lábios, mientras Osnovski continuaba diciendo:

—Como es natural, hice llamar al médico. Afortunadamente para mí, hallábanse presentes Estefanía y la señora Masko, las cuales se ofrecieron tan cordialmente para atender á mi Anetka, que yo les quedaré agradecido por toda mi vida. La señora Masko pasa por ser una mujer fría, y tiene, por el contrario, un corazón de ángel.

—Creo que nada de eso habría acaecido, si el viejo Zavilovski hubiera dejado sus bienes á nuestro amigo,—dijo Polaniecki, para dar otro giro á la conversación, que para él empezaba á hacerse penosa.

—Es muy posible,—contestó Osnovski,—por más que estoy en la convicción de que los instintos de Lineta la habrían impelido siempre hacia un hombre como Kopovski. La señorita Castelli es demasiado ligera, demasiado superficial para poder enamorarse formalmente de Zavilovski. La vanidad, el amor propio y los miramientos por el decir de la con Ignacio.

gente; esto fué lo que la decidió á comprometerse

Osnovski hizo otra pausa, pero continuó inmediatamente.

—Me imagino muy bien el dolor y la indignación que experimentará la señora Marina; pero lo puedo asegurar á V. que también Anetka ha sufrido mucho y sufre todavía... ¡Y la señora Masko!... Sí, no todas las mujeres son iguales.

Aquí la voz de Osnovski se puso trémula de emoción.

En cambio Polaniecki no podía persuadirse de que un hombre capaz de hacer tan sutiles observaciones y de juzgar con tanta rectitud, pudiera tener al mismo tiempo una ingenuidad tan fenomenal.

—¿De modo que no quiere V. hablar con Zavilovski?—preguntó Polaniecki.

Ya lo he dicho á V. no tengo valor. Hoy vuelvo á Pritulov, y luego salimos para el extranjero. Tengo que sacar, ante todo, á mi mujer en primer lugar; por que ella misma me lo ha pedido con lágrimas en los ojos, y en segundo lugar, porque espero que un cambio de aires y de localidad podrá influir favorablemente en su salud. A V. tengo que pedirle todavía otro obsequio. Ya sabe V. cuánto aprecio á Ignacio: escribame V. cómo sobrellevará el golpe que le amenaza.

—Envieme V. sus señas sucesivas, é iré enterándole de todo,—contestó Polaniecki.—Ya que V. me encomienda la triste misión de enterar á nuestro amigo de todo lo que ha pasado, tenga V. al menos la bondad, de hacermelo, en cierto modo, más fácil. Refiriéndole yo mismo directamente el estado de las cosas, podría abrigar él la duda de

que mi relato no fuera del todo exacto. En semejantes casos, los hombres se agarran hasta á una brizna de paja. A este fin, siéntese V. junto á aquella mesa, y escribale V. una carta refiriéndole todo lo que me ha dicho á mí. Creo que esta carta es absolutamente necesaria; pues de lo contrario sería capaz él de echar á correr en pos de su ex-novia. Mientras V. escribe le dejaré á V. solo.

—Tiene V. razón, perfectamente razón;—contestó Osnovski yendo á sentarse junto al escritorio.

—¡Qué ironía del destino!—pensaba Polaniecki, con el corazón agitado, mientras se paseaba de arriba abajo por la habitación inmediata.—¿Quién es esa Lineta Castelli, con su belleza y con los instintos de una fregona, esa elegida del señor, como la llamó el otro día Vaskovski? ¿Qué son esa señora Bronicz, ese Osnovski con su increíble confianza en su mujer, y esa señora Masko con el corazón de un ángel... Comediantes que representan una comedia ridícula, en la cual el uno engaña al otro o se engaña á sí mismo, nada más que embaucadores y embaucados, nada más que embusteros, ciegos y locos.

Pero de pronto pensó en sí mismo, y se dijo que él era el último que tenía derecho á arrojar la primera piedra contra la señorita Castelli. ¿Era acaso mejor que ellos? ¿Era menos digno de castigo? Aquella había engañado á un hombre por el capricho de un imbécil guapo; y él había engañado á su mujer por una muñeca sin corazón. Esta había seguido los instintos de una fregona, y él los de una bestia, y por último ella había renegado de la palabra empeñada, y él, no solamente había renegado

de la suya, sino también del juramento que tenía prestado. ¿Tenía, pues, el derecho de condenarla? ¿Y si él no tenía facultades para justificarla, y no podía admitir que una mujer semejante llegara á ser la mujer de Zavilovski, ¿con qué derecho había llegado él á ser el marido de Marina? Si quería ser consecuente consigo mismo y juzgarse con él mismo rasero con Lineta, él debiera haberse separado de Marina, porque era indigno de ella. Ahora comprendió claramente que él, parecido á un delincuente rechazado del consorcio humano, había perdido todo derecho á invocar la moral. Finalmente sus pensamientos se dirigieron de nuevo á Zavilovski.

—¿Cómo recibirá la noticia este pobre desgraciado—se preguntó,—¿Cómo podrá sobrellevar su desventura?

Entre tanto Osnovski había terminado su carta y, mientras abría la puerta, dijo:

—He procurado decírselo todo con los miramientos debidos. ¿Qué Dios le dé el valor necesario para soportar los tristes momentos que se le preparan! Ahora tengo que marcharme por que Anetka me aguarda. Adios, ¡ojalá podamos vernos en tiempos mejores! Póngase V. á los pies de su esposa.

Algunos minutos después de haber partido Osnovski, sonó de nuevo la campanilla de la puerta de la escalera. Polaniecki sintió que se le helaba la sangre de las venas, presumiendo que podía ser Zavilovski quien llamaba. Brotó de su pecho un suspiro de desahogo, cuando oyó la voz de Svirski en la antesala, aún cuando, sintiéndose fatigado y rendido, deseaba estar solo. Resolvió contárselo todo á

su amigo. Este, mientras escuchaba el relato, exclamaba de vez en cuando:

—¡Qué desgracia! ¡Dios proteja á ese desdichado! —ó bien; Mal rayo le parta.

Y dominado por la cólera, agitaba sus hercúleos puños.

Polaniecki deseoso de no abandonar á Zaviłovski, rogó á Svirski que acompañara en su lugar á la señora Emilia á Bucinek, y que dijera á Marina que los negocios le obligaban á pasar la noche en Varsovia.

Después fueron los dos juntos á visitar á la señora Emilia, y la hallaron en un estado digno de compasión. El rostro de sor Angela habíase puesto casi transparente, tenía los ojos espantosamente hundidos, y sólo podía andar apoyándose en un bastón. No sufría mucho, y esto los médicos lo consideraban como una señal aciaga.

Cuando Polaniecki le preguntó como se hallaba, ella le contestó:

—No puedo andar, pero no me siento mal.

A pesar de que estaba convencida de que una peregrinación á Lourdes le habría devuelto la salud; no quería separarse de la tumba de Litka. Además, deseaba ardientemente la muerte, aún cuando pensaba que tal vez no le era permitido descuidar de su existencia, y la turbara la idea de que no podía negarse á vivir, porque eso habría equivalido á rechazar un don de Dios.

Conviniéron que á eso de las cinco iría Svirski á buscarla y luego se retiraron los dos con intención de ir á comer; por que el pintor, apesar de la com-

pasión que le inspiraba su amigo Zaviłovski, tenía un hambre atroz.

—Tengo que pedirle á V. otro favor,—le dijo Polaniecki, cuando estuvieron sentados en la mesa del *restaurant*.—¿Quiére V. advertir á la señorita Elena de todo lo que ha sucedido, y rogarle que nada diga á mi mujer?

—Lo haré,—contestó Svirski;—iré expresamente á Yasmien. Si la señorita no me quiere recibir, escribiré en la tarjeta que tengo que participarle algo grave, y si por casualidad quisiera venir aquí yo la acompañaría. ¿No le ha dicho á V. Osnovski si la señorita Ratkovski marcha con ellos ó si se queda en Pritulov?

—No, nada me ha dicho. La señorita Ratkovski vive habitualmente con una vieja parienta suya; pero hallándose enferma la señora Osnovski, podría muy bien ser que la acompañara en su viaje. El corazón de aquella sencilla y honrada niña debe haberse horrorizado de lo que ha sucedido.

—¡Ah, sí!—apoyó Svirski.—A la señorita Ratkovski se la invitó á ir á Pritulov por aquel hermoso estafermo de Kopovski; ahora que éste se ha escapado con otra, no es probable que quiera seguir permaneciendo todavía allí. Pero, ¡por Baco!—exclamó de pronto,—¿sabe V. que es fabuloso eso que pasa? Excepción hecha de la señora Osnovski; todas están enamoradas de aquel hermoso pedazo de asno.

Polaniecki se sonrió irónicamente, é hizo con la cabeza una señal de asentimiento. Ganas le habían dado de contestar:

—Nó; sin excepción, sin excepción.

Pero no se atrevió á articular esta frase.

—Una obra de Fidias pasaría desapercibida para ellas; pero en presencia de un figurín de periódicos de modas, se dejan llevar de su entusiasmo,—prosiguió el pintor.—¿Se acuerda V. de lo que le contesté cuando V. me pidió noticias de la familia Bronicz? Le dije que eran unos canallas sin educación y sin carácter, verdaderos *parvenus* del espíritu, y nada más... Me dan asco; quiero hacer un viaje al extranjero con Zavidovski.

Después que hubieron concluido de comer y se hallaron de nuevo en la calle, Svirski preguntó:

—¿Qué piensa V. hacer ahora?

—Ir en busca de Zavidovski.

—¿Dónde espera V. hallarle?

—Con su padre. Y de no hallarle allí, iré á aguardarle en su casa.

En aquel momento preciso Zavidovski se encaminaba al restaurant. Svirski fué el primero que reparó en él.

—¡Ahí viene!—murmuró.—Yo me voy, porque bien mirado, sería un testigo inútil.

—Tiene V. razón,—contestó Polaniecki.

Zavidovski había notado también su presencia y apretó el paso para reunirseles más pronto.

—Mi padre está mejor,—dijo.

Y les tendió la mano, riéndose.

—Hoy mismo vuelvo á Pritulov,—añadió.

Svirski le tendió de nuevo la mano, y se alejó sin decir palabra. Sorprendido el joven poeta, le siguió con la vista, y mirando luego á Polaniecki le preguntó:

—¿Habré tal vez ofendido, sin saberlo, al señor Svirski?

Sólo entonces se apercibió del aire triste que tenía el semblante de su amigo.

—¿Qué significa todo esto?—añadió.—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Mi buen Ignacio,—empezó á decir Polaniecki, con acento conmovido y enlazándole el brazo con el suyo.—Yo siempre he admirado en V. no solamente su talento poco común, sino además su extraordinaria fuerza de carácter. Tengo que darle una mala noticia; pero confío que tendrá V. valor suficiente para no dejarse abatir por la desgracia.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?—volvió á preguntar Zavidovski con el semblante alterado por la ansiedad.

Polaniecki hizo detener un coche que pasaba.

—Suba V.—dijo á su interlocutor.

Y dirigiéndose al cochero, ordenó:

—¡Al puente!

Después sacó de su cartera la carta de Osnovski y, sin añadir palabra se la entregó á Zavidovski.

Este rompió con viveza el sobre y se puso á leerla.

Polaniecki le pasó un brazo alrededor de la cintura, sin apartar de él los ojos. El estupor, la incredulidad, una especie de aturdimiento, y sobre todo un pesar infinito se retrató en su semblante mientras leía. Se había puesto pálido como la cera: era evidente que comprendía su desgracia, pero sin poderse darse cuenta exacta de ella. Cuando hubo terminado su lectura, miró como atontado á su compañero, y con melancólico acento le dijo:

—¿Es posible?... ¿Ha sido capaz?...

Quitóse el sombrero y se pasó una mano por la frente.

—No sé con exactitud lo que Osnovski ha escrito,—le dijo Polaniecki;—pero de todos modos el hecho culminante es éste, y él no podía tener propósito alguno preconcebido de ocultar la verdad. Tenga V. el valor suficiente para decirse á V. mismo que estas son cosas que no se pueden cambiar. Sería un gran perjuicio para V. y para todos que se dejara abatir por el dolor, por que usted vale mucho más que todos los otros; y existen aún personas que le quieren á V. y le aprecian de todas veras. Comprendo que V. tome esto como una desgracia, y un hermano suyo no podría sentirlo más de lo que lo siento yo. Pero ya está hecha la cosa... Lineta ha partido con su tía: sólo Dios sabe donde están. El señor Osnovski y su esposa han abandonado también Pritulov. Ya me figuro lo que pasa en su interior; pero Dios le ha destinado á V. para grandes cosas, y de seguro que le habrá concedido mayor fuerza de voluntad que á los demás. V. es la lumbrera de este país, y tiene deberes muy especiales para con V. mismo y para con su prójimo. Sé muy bien que es sumamente difícil poder renunciar á lo que se ama sin dejar escapar un lamento, y nadie podrá exigir esto de V. pero á lo menos no se abandone V. á la desesperación, mi buen Ignacio.

Así habló Polaniecki, y sus palabras salían verdaderamente del corazón. Después de una breve pausa, continuó:

—Los hombres tenemos que hacer frente á la suerte adversa, y avanzar confiados hacia el por-

venir, y si tenemos que conducir con nosotros nuestro dolor, éste irá debilitándose cada vez más en nuestra memoria. porque nosotros no vivimos para el pasado.

En esas palabras de Polaniecki había algo de verdad, pero nada tenía que ver con el asunto principal, que era la carta de Osnovski: En aquel momento, ésta era la única que existía en el cerebro de Zavilovski, y lo que Polaniecki decía, estaba desprovisto de sentido para él, y le importaba tan poco como el ruido que producía el puente de hierro por donde á la sazón corría el coche. Lo que pensaba y sentía era infinitamente triste, y experimentaba además la sensación de que nunca más podría reconciliarse con su destino y sobrellevarlo tranquilamente. En ninguna otra cosa podía pensar en aquel momento: ni podía tan siquiera formarse una idea clara de lo que había perdido, no conocía con exactitud la extensión de su dolor, no comprendía aún que las columnas de su vida se habían derrumbado.

No había más que una cosa evidente: que Lineta no le amaba, que le había dejado á él para prometerse con Kopovski.

Llegado á la parte opuesta del puente, el coche tuvo que andar casi al paso, para dejar pasar una manada de bueyes que eran conducidos á la ciudad. Pasaron rozando casi todos los costados del coche, produciendo un confuso rumor con sus pisadas, y lanzando á intervalos prolongados mugidos. Polaniecki seguía hablando, y Zavilovski oía las palabras: «Svirski... extranjero... Italia... arte...» pero no podía darse cuenta de que Svirski tuese el

nombre de un amigo, ni que Polaniecki le proponía un viaje, hablando de Italia y de arte, por que en aquel mismo momento él decía mentalmente á Lineta.

—Sí, puede ser, pero ¿qué será de mí? ¿Cómo has podido olvidar que mi amor no tenía límites?

Y le parecía que si entonces ella hubiese estado presente, tal vez se habría puesto á llorar, apoyándose contra su pecho.

—Estamos fuertemente unidos los dos,—proseguía,—yo soy siempre el mismo, no he cambiado, aún soy tuyo.

De repente un entremecimiento recorrió todo su sér, hincháronse las venas de la frente, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Polaniecki sentía que la emoción le henchía el corazón, y le oprimía la garganta, y abrazó á Zavilovski, mientras éste, cada vez más embebido en sus pensamientos, continuaba:

—Yo no se lo puedo decir, por que no la volveré á ver jamás. Ella ha partido ya con Kopovski, con su novio.

Ante este último pensamiento, comprendió toda su desventura, y comprendió además que si Lineta hubiera muerto, esto habría sido para él una pérdida más pequeña. Comprendía muy bien que debía arrancarla de su corazón, pero sabía igualmente que eso no haría cesar su amor. En el mismo instante en que había concebido la extensión de su dolor, había comprendido que era demasiado fuerte para poder ser soportado.

—Vete á Italia con Svirski,—le dijo de nuevo Polaniecki;—y procura hacerte dueño de tu cora-

zón, amigo mío. Tienes que escucharme. El mundo es grande, y en él hay cosas tan bellas, que vale la pena de que se viva por ellas. El mundo te está abierto, y lo está para tí de un modo especial. Nuevas impresiones distraeran tu dolor y te llevaran alivio al corazón, porque tus pensamientos no podrán mantenerse siempre fijos en un mismo lugar. Svirski te hará ver la Italia; ya verás que compañero tan agradable es y que horizontes tan nuevos sabrá abrir á tu mente enamorada de lo bello. Un hombre como tú, ha de tener la fuerza que tiene la concha de convertirlo todo en perlas. Como verdadero amigo, te aconsejo que partas pronto, muy pronto. ¿Me lo prometes? Si mi mujer puede, con la ayuda de Dios, vencer el peligro de la maternidad, iremos también nosotros esta primavera, á reunirnos contigo en Italia. Ya verás qué hermosos días pasaremos juntos. Quedamos entendidos, ¿eh?

—Sí,—contestó Zavilovski, que sólo había oído las últimas palabras, y que por lo tanto ni sabía de lo que se trataba.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Polaniecki.—Volvamos á la ciudad y pasaremos juntos la velada. Tengo que detenerme dos ó tres horas en Varsovia para mis asuntos, y de consiguiente podré hacerte compañía.

El sol estaba próximo al ocaso. Polaniecki dió orden al cochero de que volviera atrás.

Era el término de un día espléndido, de esos que se ven con frecuencia á fines de verano. Sobre la ciudad se extendía un vapor ligero y dorado. Los techos y los campanarios se destacaban sobre el

fondo azul del cielo, inundados por los últimos rayos del sol que se extinguía.

Los dos amigos permanecieron largo rato silenciosos.

—¿Quieres venir ahora mismo conmigo, ó prefieres ir antes á tu casa?—preguntó Polaniecki, mientras volvían á penetrar á la ciudad.

El movimiento por las calles habla despertado de sus sueños á Zavilovski, qui miró á su compañero y contestó tranquilamente:

—Desde ayer no he estado en casa, por que he dormido cerca de mi padre. Podría ser que hubiese cartas para mí.

La suposición de Zavilovski era fundada. Halló, en efecto, una carta de la señora Broniz, fechada en Berlín. Rompió vivamente el sobre y se puso á leerla,

—Hay que suponer que no se le ha desvanecido por completo la esperanza,—pensó Polaniecki mientras observaba el rostro de su amigo, cuya expresión cambiaba sin cesar.

Cuando Zavilovski hubo terminado su lectura, dejó caer la cabeza entre sus manos: al cabo de un instante, la levantó de nuevo y, extendiendo la carta á Polaniecki, le dijo:

—Lee.

Estanislao leyó lo siguiente:

«Sé que V. consideraba sinceros sus sentimientos hacia Lineta, y por lo tanto considerará como una desgracia lo que ha acaecido; pero crea V. que no era cosa tan fácil, ni para V. resolverse al paso definitivo: quizás no habría sabido V. apreciar á Lineta tanto como se merecía; pero de esto no le

hago cargo alguno, por que los hombres no saben apreciar nada. Sin embargo V. debe conocerla lo bastante para saber cuánto le ha costado darle un disgusto: ¿Qué quiere V. hacerle? Dios lo ha querido así y sería un pecado querer oponerse á ello. Nosotros hemos seguido la voz de la conciencia y Lineta es demasiado digna para concederle su mano sin sentir una inclinación formal.

»Si ella se hubiese casado con V. sin amor, ¿cómo habría podido resistir á las tentaciones á que no puede menos que estar expuesta una criatura semejante? V. tiene talento, pero ella únicamente tiene su corazón, y éste se habría destrozado si se le hubiese violentado.

»Si ahora cree V. haber sido engañado, interrogué V. su conciencia y se convencerá de que Lineta no es la más culpable de los dos.

»¡Cuántos dolores le ha proporcionado V. á esta pobrecita! V. la ha esclavizado no permitiéndole seguir los impulsos naturales de su corazón. En su egoismo de hombre, quería V. sacrificar su felicidad y hasta su vida; por que yo estoy en la convicción de que, en tales circunstancias, ni un año habría podido vivir.

»Dígnese perdonarle á V. el Omnipotente como nosotras dos le perdonamos, y sepa V. que hoy rogaremos por V. y que hemos hecho celebrar una misa en San Luis para la salvación de V.

»Hágame V. el favor de mandar á Pritulov la sortija de Lineta; le será restituida por la señorita Ratkovski, porque los señores Osnovski están de viaje. Reitero mis votos para que Dios le perdone y le conserve bajo su santa devoción.»

—¡Pero es eso inaudito, monstruoso!—prorrumpió Polaniecki.

—Jamás habría creído que se pudiera falsear de tal manera la verdad y el amor,—dijo tristemente Zavilovski.

—Oye, Ignacio,—repuso Polaniecki, empleando involuntariamente el tuteo confidencial.—Aquí no se trata solamente de tu infelicidad, sino hasta de tu dignidad. Por eso no tienes que darlas á entender que estás apesadumbrado.

El joven poeta no contestó, lo cual dió lugar á que reinara un prolongado silencio. Por último, Polaniecki, que no podía sacarse de la cabeza la carta de la señora Bronicz, repuso de pronto:

—Una monstruosidad semejante supera á toda idea. Svirski vuelve hoy mismo de Bucinek y pasará la velada en mi casa. Ven á acompañarnos también tú y hablaremos de vuestro próximo viaje.

—No,—contestó Zavilovski,—quiero volver con mi padre. Mañana por la mañana iré sin falta á tu casa.

En estas palabras se dejaba adivinar el deseo que tenía el joven de quedar solo. Polaniecki aprobó la idea de su amigo, de pasar la noche con su padre, con la esperanza de que los cuidados que tendría que dispensar al enfermo le distraerían, y que la fatiga y el sueño acabarían por imponérsele; pero decidió acompañarle hasta la casa de salud.

Separáronse frente á la puerta. Zavilovski no hizo lo que había dicho; después de haberse enterado de cómo seguía su padre, regresó inmediatamente á su casa. Encendió la luz, volvió á leer la carta de la señora Bronicz, y ocultó la cabeza entre

las manos, abismándose en profundos pensamientos. A pesar de la carta de Osnovski y de las palabras de Polaniecki, no había podido deshacerse hasta entonces de una especie de incertidumbre y de una secreta esperanza, y le parecía estar siendo víctima de una pesadilla, pero la carta de la señora Bronicz le había hecho ver completamente claro. Lineta estaba ya perdida para él; para él ya no había que esperar en un porvenir dichoso; para él la felicidad había desaparecido para siempre. Kopovski había sido preferido, y á él se le había sacrificado sin consideración alguna, pisoteándosele como á un insecto venenoso, y condenándosele á una eterna soledad. Pensó en la fiesta del día en que se habían prometido, y recordó que ella se había estremecido entre sus brazos cuando él la dió las buenas noches.

—En este momento se estremece quizás en los brazos de Kopovski,—se dijo á sí mismo.

Y ante este pensamiento tuvo que apretar con sus dientes el pañuelo, para no dejar escapar un grito de cólera y de dolor. Cogió luego de nuevo la carta, como si esperara encontrar en ella la solución del enigma, y la leyó de nuevo.

—Pero ¿es posible?—se preguntó luego á sí mismo,—¿En qué he faltado?

De pronto sintió que sus ideas se confundían, que ya no sabía distinguir la verdad de la mentira, el bien del mal, lo justo de lo injusto. Con Lineta se había perdido á sí propio, no hallaba punto alguno sólido donde apoyar los piés; la inteligencia, la conciencia y la existencia se le escapaban... Sabía aún, que amaba á Lineta más que á la vida,

y que jamás había deseado su daño; más todo el resto estaba destruído en él por el peso de la desdicha.

Largo rató permaneció sentado en el silencio, y habíase consumido ya la mitad de la vela, cuando despertó él de aquel sueño. Entonces acaeció en él algo extraño, algo extraordinario. Parecíale como si se hallara en una nave, y que abandonaba la tierra firme, y experimentaba la singular sensación de que no era él, sino la orilla la que se alejaba, transportando su sér, sus pensamientos, sus deseos, sus esperanzas, y hasta su amor, y hasta su Lineta. Todos los dolores, todos los martirios que había sufrido se le aparecían ahora como algo raro, infinito, que pertenecía definitivamente á aquella costa, que cuanto más se alejaba, tanto más pequeña se volvía, tomando cada vez más el aspecto de un sueño, el aspecto de un fantasma. Y entretanto, la veía alejarse, con la idea de que nunca más podría volver á aquella tierra extranjera, porque él no quería volver á ella, porque todo lo que de él había quedado, pertenecía á otro mundo, que se le abría ahora para acogerlo en su misteriosa é infinita extensión.

LVI

Cuatro días más tarde (era el día de la festividad de la Asunción de María) era el cumple años de la señora Polaniecki, y con tal motivo Bigiel, su mujer y Svirski hablan ido á Bucinek. No hallaron á Marina en casa, porque había ido á oír misa con la señora Emilia. Cuando lo supo la señora Bigiel, fué también allá con todos sus hijos, dejando solos

a los hombres, ocupados en hablar del suceso que había conmovido toda la ciudad, es á saber, el conato de suicidio del poeta Zavilovski.

—Hoy he estado tres veces en su casa,—decía Bigiel;—pero la servidumbre no me ha dejado pasar, porque había orden de no permitir la entrada más que á los médicos.

—Y á mí,—dijo Polaniecki.—Únicamente hoy no lo he podido ver, pero antes no he dejado pasar un día sin pasar algunas horas con él. A mi mujer le decía que me veía en la precisión de estar en la oficina para asuntos del negocio.

—¿Pero cómo ha sucedido esta desgracia?—preguntó Bigiel.

—Ha sucedido así,—contestó Polaniecki.—Ignacio me había hecho creer que iba á la casa de salud para pasar la noche con su padre, yo me alegraba de ello, porque eso habría servido para distraerle de sus pensamientos. Le acompañé hasta la puerta, prometiéndome él que á la mañana siguiente vendría á mi casa. Después he sabido que todo eso no había sido más que una maniobra suya para librarse de mí, y poder alojarse una bala en el cerebro sin que nadie le estorbara.

—¿No has sido tú el primero en enterarte del suicidio?

—Nó. Fué una verdadera fortuna que la señorita Elena se encontrara en Varsovia, á donde había llegado á consecuencia de la noticia de la ruptura del casamiento de su primo.

—Lo supo por mí,—dijo Svirski;—y recuerdo que lo sintió muchísimo.

—Dónde y cómo acaeció la desgracia, todavía

y que jamás había deseado su daño; más todo el resto estaba destruído en él por el peso de la desdicha.

Largo rató permaneció sentado en el silencio, y habíase consumido ya la mitad de la vela, cuando despertó él de aquel sueño. Entonces acaeció en él algo extraño, algo extraordinario. Parecíale como si se hallara en una nave, y que abandonaba la tierra firme, y experimentaba la singular sensación de que no era él, sino la orilla la que se alejaba, transportando su sér, sus pensamientos, sus deseos, sus esperanzas, y hasta su amor, y hasta su Lineta. Todos los dolores, todos los martirios que había sufrido se le aparecían ahora como algo raro, infinito, que pertenecía definitivamente á aquella costa, que cuanto más se alejaba, tanto más pequeña se volvía, tomando cada vez más el aspecto de un sueño, el aspecto de un fantasma. Y entretanto, la veía alejarse, con la idea de que nunca más podría volver á aquella tierra extranjera, porque él no quería volver á ella, porque todo lo que de él había quedado, pertenecía á otro mundo, que se le abría ahora para acogerlo en su misteriosa é infinita extensión.

LVI

Cuatro días más tarde (era el día de la festividad de la Asunción de María) era el cumple años de la señora Polaniecki, y con tal motivo Bigiel, su mujer y Svirski hablan ido á Bucinek. No hallaron á Marina en casa, porque había ido á oír misa con la señora Emilia. Cuando lo supo la señora Bigiel, fué también allá con todos sus hijos, dejando solos

a los hombres, ocupados en hablar del suceso que había conmovido toda la ciudad, es á saber, el conato de suicidio del poeta Zavlowski.

—Hoy he estado tres veces en su casa,—decía Bigiel;—pero la servidumbre no me ha dejado pasar, porque había orden de no permitir la entrada más que á los médicos.

—Y á mí,—dijo Polaniecki.—Únicamente hoy no lo he podido ver, pero antes no he dejado pasar un día sin pasar algunas horas con él. A mi mujer le decía que me veía en la precisión de estar en la oficina para asuntos del negocio.

—¿Pero cómo ha sucedido esta desgracia?—preguntó Bigiel.

—Ha sucedido así,—contestó Polaniecki.—Ignacio me había hecho creer que iba á la casa de salud para pasar la noche con su padre, yo me alegraba de ello, porque eso habría servido para distraerle de sus pensamientos. Le acompañé hasta la puerta, prometiéndome él que á la mañana siguiente vendría á mi casa. Después he sabido que todo eso no había sido más que una maniobra suya para librarse de mí, y poder alojarse una bala en el cerebro sin que nadie le estorbara.

—¿No has sido tú el primero en enterarte del suicidio?

—Nó. Fué una verdadera fortuna que la señorita Elena se encontrara en Varsovia, á donde había llegado á consecuencia de la noticia de la ruptura del casamiento de su primo.

—Lo supo por mí,—dijo Svirski;—y recuerdo que lo sintió muchísimo.

—Dónde y cómo acaeció la desgracia, todavía

no me lo puedo explicar,—repuso Polaniecki.—Lo que sé es que la señorita Zavilovski fué la primera que le encontró y le dió auxilio, que hizo llamar á un regimiento de médicos, y que por último lo hizo trasladar á su casa.

—¿Y los médicos confían salvarle?

—Hasta ahora nada han asegurado. A lo que parece, él, en el acto de disparar, inclinó demasiado el arma, y esto hizo que la bala, después de haber penetrado en la frente subió hacia la parte alta del cráneo, donde quedó clavada. Se le pudo extraer con gran facilidad, pero si sobrevivirá, y si quedarán ó no alteradas sus facultades mentales, son preguntas á las cuales por ahora no se puede contestar. Uno de los médicos cree que no podrá hablar sino con dificultad.

—¡Y todo por aquella miserable mujer!—exclamó Svirski con expresión de rabia.

—¡Abandonémosla á la justicia divina!—dijo en voz baja el profesor Vaskovski que se encontraba cerca de ellos.

—¿Y tú no habías sospechado nada?—preguntó Bigiel volviéndose á Polaniecki.

—No; había observado que luchaba consigo mismo, y que á veces se estremecía y estaba á punto de echarse á llorar. Pero es un carácter orgulloso; procuró dominarse y engañarme y lo consiguió.

—Ahora me hago cargo de que hasta las personas piadosas, pueden, en ciertas circunstancias, maldecir la vida,—observó Svirski.

—¡Oh, sí!—murmuró Vaskovski, frotándose la frente con la yema de los dedos y como si hablara consigo mismo.—Yo he conocido alguna de estas

personas. Quién no cree que existe un Padre misericordioso que vela sobre nosotros, que pone su mano sobre todos los infelices, quien no se imagina al Altísimo más que como una esencia, un ser inaccesible, impenetrable é indiferente, que hasta podía llamarse muy bien lo absoluto ó *Nirvana*. en una palabra, una idea abstracta cualquiera, que ni se puede amar ni adorar; ese, cuando llega la infelicidad, maldice la vida.

—¡Muy bien!—aplaudió Svirski no sin una punta de ironía:—pero entretanto, Zavilovski yace en su lecho de dolor con la cabeza abierta, y los culpables se divierten en grande.

—¿Cómo puede usted saber si esos se divierten?—preguntó Vaskovski.

—Por mi parte quisiera que el diablo se los llevara á los tres.

—Y yo le digo á usted que no son felices. Nadie puede pisotear impunemente el derecho y la justicia. Ellos tratarán de persuadirse mutuamente de que no pudieron obrar de otra manera, pero no lograrán justificarse en presencia de Dios mismo.

—¡Llévelos el diablo!—repitió Svirski.

—La misericordia de Dios se ejerce sobre el pecador y no sobre el justo,—añadió Vaskovski.

Entretanto Bigiel seguía conversando con Polaniecki. El primero encomiaba la bondad, la generosidad y el valor de la señorita Elena Zavilovski.

—Los desocupados le criticarán; de eso no cabe duda,—decía.

—¡Oh! á ella le tiene sin cuidado,—observó Polaniecki:—no se preocupa por lo que dirá la gente,

ni le pide nada á nadie, porque esa también es activa como su primo. Demuestra gran cariño á Zavilovski, y lo que le ha pasado le debe haber producido una terrible sensación. ¿Ha oído usted referir la historia de Ploszovski? (1)

—Le he conocido personalmente,—contestó Svirski.—Su padre fué el primero, en Roma, que me pronosticó que haría carrera en el arte. A la señorita Elena se le creía la novia de Ploszovski.

—Nó, nó era su novia, pero estaba enamorada de él. Bien es verdad que, después de la muerte de Ploszovski ella se transformó por completo. En una persona tan piadosa como ella, el suicidio de Ploszovski debe haberle producido una impresión aterradora, y ahora la tragedia se ha repetido en la persona de Zavilovski. Ayer me pareció más muerta que viva por el cansancio y por las vigiliias, y eso que allá hay personas que podrían cuidar al herido. La señorita Ratkovski me decía que la señorita Elena llevaba tres días sin dormir.

—¿La señorita Ratkovski?—dijo Svirski.

—¡Ah, sí! me había olvidado de decirlo. Esta se enteró del triste suceso por los periódicos, y aquel mismo día se trasladó á casa de la señorita Zavilovski para ayudarla á cuidar al enfermo.

—¿La señorita Ratkovski?—repitió el pintor.

Y en aquel momento volvieron á acudirle á la mente las palabras contenidas en la carta de aquella señorita. Sólo en este momento comprendía el significado trágico de aquellas palabras. Despreciando todo miramiento humano, sin hacer caso al-

(1) La historia de Ploszovski se refiere en la novela «Sin dogma» del mismo autor.

guno de la maledicencia humana, la joven había acudido al lecho del herido: luego... la cosa era clara como la luz del día.

—Has estado ciego y loco,—se repitió Svirski á sí mismo.—Otra persona cualquiera la habría comedido; tú, en cambio, la has acusado de ser una muchacha superficial y de estar enamorada de aquel fátuo de Kopovski. Tú has hablado mal de ella en presencia de la señora Marina y de Polaniecki, y has injuriado á aquella pura y angelical criatura, no por el dolor de haber sido rechazado, sino simplemente por tu amor propio ofendido. Eres un asno orejudo y no eres digno de ella. Ahora lo hecho, hecho está, y yo me marcho al Oriente. En ninguna otra parte del mundo hay una luz como en Egipto... Una mujercita como aquella no tiene precio. Su negativa casi ha producido en mí un buen efecto, porque ha echado por tierra todas mis teorías sobre la mujer. Pero tengo que hablar con esa señorita; le quiero decir lo que de ella pienso.

Y en efecto, al día siguiente se presentó en casa de la señorita Elena. Ante la insistencia con que pidió verla, se le recibió, y la señorita Zavilovski, convencida de que aquella visita tenía por exclusivo objeto ver á su amigo, le acompañó en seguida al cuarto del enfermo.

Allí, en medio de aquella obscuridad artificial, entre aquella atmósfera saturada de yodoformo, que hasta desde la escalera se percibía, yacía el pobre Zavilovski con la cabeza vendada. Junto á su lecho se hallaban á la razón las fieles enfermeras, en cuyas facciones se veían las huellas de las

largas noches de insomnio, teniendo más aspecto de sombras que de personas.

Zavilovski tenía la boca abierta, y por debajo de los vendajes se distinguían sus ojos cerrados é hinchados. Estaba espantosamente desfigurado, y tenía la apariencia de un viejo. Svirski, que le profesaba mucho cariño, y que experimentaba hacia él una profunda compasión, que no le iba en zaga á la de Polaniecki y á la de Osnovski, sintió que el corazón se le oprimía dolosamente.

—¿En qué estado tan terrible se halla!—pensó.

Y luego, dirigiéndose á la señorita Elena, la preguntó:

—¿No ha vuelto en sí todavía?

—Nó,—suspiró ésta.

—¿Qué dicen los médicos?

La señorita Zavilovski hizo con su demacrada mano un movimiento que significaba que no podían asegurar cosa alguna. Y luego, en voz baja, añadió:

—Y han pasado ya cinco días.

—La fiebre ha bajado,—añadió la señorita Ratkovski.

Svirski se ofreció ayudar á las dos señoritas en el cuidado del herido; pero la señorita Elena le señaló con la mirada al joven doctor, de quien él no se había apercibido todavía, y que estaba sentado en un ángulo de la habitación, junto á una mesa, encima de la cual había vasijas y varios aparatos para vendajes. El médico dormía, porque indudablemente le había rendido la fatiga, mientras aguardaba al colega que le debía relevar.

—Pero me parece que estáis muy cansada,—observó Svirski.

—Ahora únicamente se trata del enfermo,—contestó mirándole Elena.

Entretanto los ojos del pintor se habían acostumbrado á la obscuridad, y ahora veía perfectamente el semblante rígido del paciente y sus amoratados labios. Su cuerpo yacía inmóvil; únicamente sus dedos nudosos se movían como inquietos, arrugando los abrigos de la cama.

—No tiene más allá de tres días de vida,—pensó Svirski.

Sin embargo, para no desanimar á las dos jóvenes, dijo:

—Esta especie de heridas, si no matan en seguida casi siempre curan.

La señorita Elena no contestó: sólo su semblante se alteró convulsivamente y sus labios se pusieron todavía más pálidos.

Svirski había ido allá para tener un coloquio con la señorita Ratkovski y para decirle lo que sentía en su corazón; pero en aquel momento, en presencia de aquel herido que estaba en peligro de muerte, reconoció desde luego cuán mezquinas eran sus intenciones, y que no era aquel el momento oportuno para semejantes conversaciones.

Llevóse sucesivamente á los labios la mano de la señorita Elena y la de la señorita Ratkovski, y salió del cuarto del enfermo, dejando escapar un profundo suspiro.

Apesar de toda su compasión, no podía menos que experimentar una especie de rebelión.

—El se alojó una bala en la cabeza porque todo el mundo, y hasta su propio talento, se le habían

hecho indiferentes,—murmuró;—y aquellas pobres almas se afanan por él y tiemblan por su vida.

Y sintió una especie de celos, y tuvo compasión de sí mismo, y continuó:

—Si tú, despreciando tu talento, te hubieras medido como él un pedazo de plomo en el testuz, nadie se habría cuidado de tí.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por el señor Plavicki con quien se encontró frente á frente al doblar una esquina.

—Acabo de llegar de Karlsbad,—le dijo el viejo.—¡Voto al diablo! ¡cuántas mujeres hermosas he encontrado allí! He visto ya á Polaniecki y sé que está bien. Pero me parece que mi yerno tiene la cara más flaca.

—Ha tenido algunos disgustos... ¿No sabe usted lo de Zavilovski?

—Sí, es verdad. ¿Y usted que dice de todo esto?

—Que es una gran desgracia.

—Sí, pero también es una desgracia que los hombres de nuestros días no tengan ya principios. Y esto se debe á vuestro ateísmo hipnotismo, socialismo, etc... La juventud moderna no tiene principios, se lo repito, y en esto se debe buscar la razón de todas las calamidades.

LVII

A consecuencia de la horrible catástrofe, Polaniecki había olvidado por completo la promesa hecha á Osnovski de que le tendría al corriente de la manera como Zavilovski recibiría la noticia de la ruptura de su boda y de la partida de la señorita Castelli.

Más cuando Osnovski se enteró por los periódicos de lo que había acaecido, enteróse cada día telegraficamente del estado del herido, porque no podía fiarse de las disparatadas noticias que circulaban entre el público y entre la prensa.

Algunos periódicos daban como desesperado el estado del poeta; en cambio otros decían que estaba casi curado. Ni el mismo Polaniecki pudo, por algún tiempo, darle informes exactos, y sólo catorce días después, pudo expedirle un telegrama anunciándole que el enfermo, que hasta entonces se había encontrado entre la vida y la muerte, estaba al fin completamente fuera de peligro, según la opinión de los médicos. Osnovski contestó inmediatamente á este despacho con una carta fechada en Ostende.

«¡Loado sea Dios, por la agradable noticia que me comunica V.! ¿De modo que está conjurado todo peligro? No puede usted figurarse el enorme peso que su telégrama me ha quitado del pecho. Digale usted á Ignacio que, no solamente yo, sino hasta mi mujer ha derramado lágrimas de alegría por la salvación de su preciosa vida. Anetka no sabe hablar de otra cosa ni acierta á pensar en otra cosa que en él. ¡Ah, amigo mío! ¡lo que son las mujeres!... Volúmenes enteros se podrían escribir sobre ellas.

«Por su telégrama me he enterado de que Ignacio se halla bajo los cuidados de la señorita Elena. ¡Bendígala Dios por su buen corazón! Esta no tiene á nadie más en el mundo á quien querer, y creo que Ignacio le inspirará todavía más cariño porque le recordará á Ploszovski. Ahora que me ha tranquilizado usted respecto á nuestro común amigo,

voy á darle algunas noticias acerca de la señora Bronicz y de Lineta.

«Después de haber pasado una larga temporada, en Scheveningen, por miedo á la viruela que hacia estrago allí, huyeron de allá y se vinieron á Ostende, seguidas del inseparable Kopovski. Aquí nos hemos encontrado varias veces en la casa de baños, pero, como comprenderá V., hicieron como si no nos conocieran. Bien es verdad que Kopovski dejó en casa su tarjeta, más yo, naturalmente, no he correspondido, por más que mi mujer sostiene que él es el menos culpable de todos.

«Inmediatamente después de recibido su despacho de usted, no pude menos de hacerles saber que Ignacio estaba salvado. Aquí se encuentran muy mal y expuestas á continuas humillaciones, porque han notado que todos sus conocidos procuran esquivarlas, y yo he querido darlas, por lo menos, la seguridad de que tenían sobre su conciencia la vida de un hombre. Aquel mismo día nos visitaron, y mi mujer que considera cada acción mala como una enfermedad moral, sostuvo que estábamos obligados á asistir á los parientes enfermos, y por lo tanto me convenció de que debía irles á buscar. La primera entrevista fué, naturalmente, muy embarazosa para ambas partes. De Ignacio no se habló ni una palabra. Kopovski se ha presentado con el carácter, oficial de novio de Lineta, más ésta no me ha parecido muy dichosa, y por lo que he podido comprender, debe haber sufrido mucho por la tentativa de suicidio del que era ya su prometido esposo. Respecto á la señora Bronicz, también parece que la noticia le ha afec-

tado, pero he sabido también, y ya podéis pensar con cuánta indignación, que había tratado de persuadir á algunos bañistas que Lineta había tronado con Zavilovski, por las ideas irreligiosas de éste que fueron las que le condujeron al suicidio. Esa procura engañar á todo el mundo, y no comprende que al fin y al cabo únicamente logra engañarse á sí misma.

»El casamiento de Lineta con Kopovski tendrá lugar en París, así se dice por lo menos, dentro de dos meses; pero mi mujer se muestra muy excéptica sobre este punto.

»Si su estado de salud lo permite, abraze usted á Ignacio en mi nombre, y hágame usted el obsequio de asegurarle que tendrá siempre en mí un amigo que le quiere con todo el corazón y con toda el alma.»

Apesar de lo adelantado de la estación, Marina que seguía residiendo en Bucinek, y de consiguiente, Polaniecki por razón de sus negocios se hallaba en Varsovia, enseñó aquella carta á los esposos Bigiel, con quienes comía.

—Una cosa me gusta,—dijo la señora Bigiel, después que hubo leído hasta el fin;—y es que Lineta se casa con este Kopovski, porque de lo contrario, siempre me atormentaría la idea de que, una vez curado Ignacio volviera á renacer en él su amor, y tratara de volver á hacer las paces con ella.

—Nó, Zavilovski tiene demasiado carácter para eso, y, á mi entender, no la perdonará jamás,—objetó Bigiel.—¿Qué te parece á tí, Stach?

—Yo,—contestó el interrogado,—creo que Lineta, después de lo que ha sucedido, reanudaría con

mucho gusto sus antiguas relaciones y en cuanto á él, yo he vivido ya bastante y he visto realizarse cosas tan increíbles, que no pondría la mano en el fuego para nadie.

—Si tú te hallaras en su lugar, ¿la perdonarías? —insistió preguntándole Bigiel.

—No lo creo, pero de nada respondo,—contestó Polaniecki malhumorado, porque sabía que no podía fiarse ni de sí mismo.—Lo que hay de cierto es que no me habría pegado un tiro en la cabeza. Por lo demás, nada sé y no me hago responsable de nadie.

—No sé lo que daría,—dijo la señora,—para poder ver á Ignacio; pero es más fácil asaltar una fortaleza que llegar hasta él. No comprendo por qué la señorita Elena ha dado una consigna tan absoluta.

—Probablemente porque los médicos habrán aconsejado un reposo absoluto. Por lo demás, Zaviłowski, desde que ha recobrado los sentidos, no tiene ganas de ver á nadie, ni á sus amigos; y esto se explica. No quiere hablar de sí mismo, mientras comprende que todos los que le visitan no tienen otro objeto que éste.

—¿Va usted á verle todos los días?

—Me lo han concedido, porque desde el principio he estado metido en esta triste historia.

—¿Nombra alguna vez á Lineta?

—Esto mismo le he preguntado á la señorita Elena y ésta me ha contestado que nó. Yo mismo he permanecido horas enteras á su lado, y nunca he notado que se acordara de aquel nombre: es una cosa rara. Sabe que ha estado herido y enfermo,

pero de lo que pasó antes parece que nada recuerda. Y los médicos sostienen que semejantes heridas en la cabeza producen á veces singulares efectos. Por lo demás reconoce á todos los que se le acercan, y se muestra muy agradecido de su prima y de la señorita Ratkovski. A esta última la tiene una preferencia especial, y apenas se despierta la busca en seguida con los ojos. Pero también estas dos mujeres son verdaderas hermanas de la caridad: realmente no hay palabras suficientes para ensalzar tan nobles corazones.

—Quien me conmueve de una manera especial es la señorita Ratkovski,—dijo la señora Bigiel.

—Después de maduras reflexiones,—observó Bigiel,—me he llegado á persuadir de que ésta está enamorada de Ignacio.

—Esto es claro como la luz del sol. La joven ocultó sus sentimientos hasta el día de la desgracia. Por eso debió rechazar á Svirski. Cuando Zaviłowski quiso suicidarse, ésta se hallaba en Varsovia al lado de su vieja parienta, y apenas supo que la señorita Elena había acogido á Ignacio en su propia casa, corrió á verla y la pidió con gran insistencia que la dejara quedar allí. Como es natural, la gente no ha tardado en averiguar el estado de las cosas; pero tanto ella como la señorita Elena no se ocupan poco ni mucho de las habladurías de los demás.

Al llegar á este punto, Polaniecki se detuvo, y dirigiéndose luego á la señora Bigiel, añadió:

—¡Ah, mi buena señora! A usted le conmueve más la señorita Ratkovski, pero piense usted por un momento en la situación de la señorita Elena.

A lo menos Zavilovski vive, mientras que Ploszovski tuvo mejor puntería. La señorita Elena le amó con toda su alma, y de consiguiente ya puede V. imaginarse cuánto debió sufrir. A aquel suicidio ha seguido otro que ha vuelto á abrir y ha irritado heridas todavía no bien cicatrizadas, y ha hecho despertar dolorosos recuerdos, todavía no bien dormidos del todo.

—Eso es verdad,—dijo Bigiel.—Zavilovski, una vez curado se casará probablemente con la señorita Ratkovski.

—Eso admitiendo que haya olvidado á Lineta y admitiendo asimismo que se cure.

—¿Por qué dices: admitiendo que se cure? ¿Nos has asegurado tú mismo su curación?

—Sí, por lo que se refiere al cuerpo, pero es muy dudoso que sea el Zavilovski de antes. Aun no habiendo tratado de suicidarse, habría sido difícil juzgar si una sacudida moral tan violenta no habría inutilizado á un hombre tan exaltado como él. Y pensad en la manera como se ha herido. Aun ahora, apesar de haber recobrado los sentidos, y apesar de que habla con sensatez, á veces se detiene de pronto á la mitad de una palabra, porque no acierta á acordarse de la manera como se pronuncia. Lo raro es que no ha olvidado los nombres de los objetos; pero en cambio, si se trata de un hecho, de un acto cualquiera, enmudece con frecuencia porque ó no lo puede recordar sino con gran dificultad ó no lo recuerda poco ni mucho.

—Y el médico, ¿qué dice?

—No ha renunciado á la esperanza. Ayer mismo, cuando yo entraba, me dijo: «La señora...» Y no

pudo decir nada más. Probablemente se trataba de Marina de quien de pronto se había acordado; pero no le fué posible preguntarme por ella, que seguramente sería esta su intención. Afortunadamente, cada día va hablando más; pero transcurrirá mucho tiempo todavía antes de que se haya restablecido del todo, y es probable que le quede para siempre alguna huella.

—¿Marina lo sabe todo ya?

—Mientras duró la incertidumbre de si se salvaría ó moriría, guardé el secreto; pero más tarde juzgué prudente decirle la verdad, por temor de que lo llegara á saber por algún otro conducto. Como es natural, hice uso de todos los miramientos posibles: le dije que sólo estaba herido ligeramente, que no se trataba de ningún peligro formal, pero que los médicos habían prohibido en absoluto toda visita. Apesar de que procuré atenuar la gravedad del suceso, se afligió muchísimo.

—¿Cuándo piensa usted hacerla volver á Varsovia?

—Mientras dure el buen tiempo, prefiero dejarla en el campo.

Aquí vino á interrumpir la conversación un criado que traía una carta para Polaniecki. Estaba firmada por Masko y contenía las siguientes palabras: «Deseo hablarte con motivo de circunstancias graves. Te aguardaré en casa hasta las cinco.»

—Curiosidad tengo de saber qué más quiere de mí,—dijo Polaniecki.

—¿Quién?

—Masko desea hablarme.

—De seguro que se tratará de algún embrollo.

Está enredado hasta el cuello. A veces me pregunto dónde debe encontrar ese hombre su valor. Ya sabrás que la señora Kraslavski ha regresado de Viena completamente ciega. Nosotros hemos ido á visitar á las señoras antes de que dejaran el campo. Toda la casa respira miseria. Es cosa que da lástima.

— Pero en la desgracia es precisamente donde se conoce el verdadero carácter de las personas, — observó la señora Bigiel. — Para nosotras, la señora Masko ha pasado siempre por tener un corazón de hielo; mas no podéis imaginaros cuán buena es con su madre. A la camarera ni siquiera consiente que la toque. Ella en persona la asiste en todo y por todo: la lleva á paseo, la sirve y hasta la hace de lectora. La misma señora Kraslavski ha perdido sus antiguas maneras antipáticas, y causa una verdadera satisfacción ver cuán acordes van la madre y la hija. Esto demuestra que en la señora Masko dormitaban virtudes de las cuales no teníamos sentimiento alguno. Ambas estaban muy indignadas por la conducta de la señorita Castelli, y hasta la señora Kraslavski nos dijo: «Si mi Teresa se hubiera portado así, la habría echado de mi lado, apesar de mi ceguera y de mi impotencia.» La señora Masko tal vez tenga sus defectos, pero de seguro que habría sido incapaz de engañar á un hombre y de portarse como se ha portado Lineta.

Polaniecki absorbió apresuradamente su taza de café negro hirviendo y se despidió. Aún prescindiendo de que de algún tiempo acá cualquier conversación que se refiriera á la señora Masko se le hacía insoportable, atormentábale el haber tenido

que oír una nueva escena de esa increíble comedia humana de todos los días, recitada por un personaje que había representado ya con él un papel tan miserable. No quería admitir que una naturaleza pésima fuera aun capaz de nobles sentimientos, y que la señora Masko, apesar de todo, fuera tal que pudiera servir de modelo de verdadero amor filial. No queriendo continuar aquel asunto penoso para él, trató de dar otro giro á sus pensamientos, y de adivinar lo que Masko pudiera desear de él. Probablemente sería aún cuestión de dinero.

— Ahora, — declábase á sí mismo, — no puedo ni debo rehusárselo.

No sabía qué era lo que tenía que ver con la caja y con los asuntos de aquel hombre, sus antiguas relaciones con la señora Masko; pero comprendía que con respecto á Masko, él no era tan independiente como antes. Mas sus presunciones debían verse desmentidas por los hechos.

— Te he mandado aquel billete, — dijo Masko á su amigo en cuanto le vió aparecer, — porque me he figurado que difícilmente te habría podido encontrar en casa ó en la oficina. Tengo que hablarte de varias cosas que hasta á tí te interesan.

— ¿En qué puedo servirte? — le preguntó Polaniecki.

— Ante todo tengo que suplicarte que guardes el secreto sobre todo lo que te voy á decir.

— Por de contado: puedes hablar.

Masko miró á su amigo, permaneciendo en silencio por algunos segundos, como si quisiera prepararle para oír graves noticias, y al fin le dijo con

una calma singular y pronunciando lentamente las palabras:

—Quería anunciarte que estoy irremisiblemente perdido.

—¿Has perdido el proceso?

—Hasta ahora, no. Pero sé que la victoria ya es imposible para mí.

—Pero podrás apelar.

—No, amigo mío; es imposible.

—¿Por qué?

—Porque tengo más deudas que cabellos en la cabeza, y porque mis acreedores, en cuanto sepan que he sido derrotado en primera instancia me asaltarán como otras tantas bestias fieras...

Bajando aquí la voz, añadió:

—Y finalmente porque ya no me queda otro recurso que la fuga.

A estas palabras siguió un profundo silencio. Masko apoyó los codos en la mesa y se ocultó la cabeza entre las manos. Permaneció inmóvil por algún tiempo, y luego prosiguió como hablando consigo mismo:

—¡Es así! He hecho lo imposible, mas ahora ya no hay salida. Otro, en mi lugar, se habría desalentado ya desde hace mucho tiempo: ahora hasta yo he acabado las fuerzas. La bomba deberá estallar de un momento á otro.

Lanzó un profundo suspiro, y alzando la cabeza, continuó:

—Ahora hablemos de lo que te interesa á tí personalmente. Escucha. Por lo que se refiere al contrato de Kerzemien, yo le debo á tu mujer una cierta cantidad; tú me has prestado algunos miles

de rublos, y por último tengo que pagar á tu suegro una renda vitalicia. Ahora bien, te confieso que á mí no me queda otro recurso que huir al extranjero como quebrado, y que todos vosotros no cobraréis ni un céntimo.

Y después de haber pronunciado estas palabras con el énfasis y la sangre fría de un hombre que nada tiene ya que perder, fijó los ojos en Polaniecki como si esperara una explosión de cólera. Pero se equivocó por completo. A Polaniecki se le oscureció por un momento el semblante á impulsos del coraje que procuraba reprimir; pero en seguida se calmó visiblemente.

—Ya había previsto que la cosa tenía que concluir así.

Masko que se esperaba otra cosa muy diferente, le miró lleno de asombro, como preguntándole qué había pasado en él mientras para sus adentros Polaniecki pensaba:

—Si en este momento me pide más dinero, no se lo puedo rehusar.

Y repitió en voz alta:

—Ya era de prever.

—No,—replicó Masko con la vehemencia apasionada de un hombre que tenía la convicción de que era víctima de una serie de circunstancias fatales, —tú no puedes decir esto, y estaría yo dispuesto á jurarlo, aún que fuera á la hora de mi muerte.

—Amigo mío,—repuso Polaniecki con impaciencia,—vamos á ver, ¿qué quieres de mí?

—Nada quiero de tí. Me he dirigido á tí como á un amigo que me ha demostrado benevolencia, y á

quien debo, no solamente dinero, sino además mucha gratitud. En una palabra, para confesarte francamente como están las cosas, y al mismo tiempo para decirte: «Salva lo que puedas y todo lo más que puedas.»

Polaniecki se mordió los labios y pensó:

—Lléveseos el diablo á tí y al dinero: me basta con que me vea libre de tu presencia.

Pero reprimió las ganas que tenía de pronunciar en alta voz estas palabras, y contestó sencillamente:

—No veo el medio.

—Hay uno,—observó Masko.—Mientras no se sepa que estoy arruinado por haber perdido el pleito, y mientras mi firma tenga todavía algún valor, tú podrás vender en un tercio de su valor el crédito de tu mujer, diciéndole al comprador que quieres realizar tu capital ú otra cosa por el estilo. Siempre se encuentra un judío, sobre todo si vendes con pérdida. Yo prefiero hacer daño á otro que hacértelo á tí. Tú puedes no haber oído decir á nadie lo que te acabo de decir yo de mi próxima ruina, y siempre puedes esperar que gane el proceso. Por lo demás, puedes tener la seguridad de que el que compre tu crédito no tendrá escrúpulo alguno en vendérselo á otro, aún cuando tuviera la seguridad de que al día siguiente no debía valer ni un céntimo. El mundo es una bolsa, y los negocios de bolsa son parecidos á los que te acabo de proponer. A esto se le llama Providencia.

—No,—contestó Polaniecki,—se le llama con otro nombre. Tú has mencionado á los judíos. Pues bien; hay cierta clase de negocios á los cuales se les ca-

racteriza con el nombre de *sucios*. Procuraré salvar de alguna otra manera el dinero de mi mujer.

—Como te parezca. Yo te he propuesto este medio porque no tenía otro. Ahora hazme el obsequio de llamar al criado. Quiero beber una taza de té y un vasito de cognac, porque ya no puedo tenerme en pie.

Polaniecki llamó, y Masko, después de haber ordenado lo que quería, continuó:

—En mi caída arrastraré á otros pero no lo puedo evitar. Por esto prefiero arrastrar á los que me son extraños con preferencia á los que me han servido.

Aquí Masko se rió con amargura y prosiguió:

—El hombre nunca acaba de aprender. Nosotros los fallidos tenemos también nuestro pundonor. Positivamente me tienen más sin cuidado los que, en un caso semejante, me habrían arrastrado sin escrúpulos á la ruina, que aquellos á quienes aprecio, porque les debo gratitud. Esto será una moral baja, pero siempre es una moral.

Entre tanto el criado había traído el té y el cognac. Masko que sentía la necesidad de un cordial, llenó la taza, mitad de té y mitad de cognac y la vació de un sorbo.

—Amigo mío,—le dijo Polaniecki,—tú debes conocer mejor que yo tu situación, y todo lo que yo podría decir en pro ó en contra de tu idea de huir, y sobre tus intenciones con respecto á tus acreedores, te lo has dicho ya tú mismo, y de consiguiente hablemos de otra cosa. Dime: ¿tienes á lo menos lo suficiente para hacer el viaje?

—Sí. Que se me declare fallido por cien mil á por

cien mil y uno, para mí viene á ser lo mismo. De todos modos te doy gracias por la pregunta.

Después de haber absorbido otra taza de té y cognac, Masko repuso:

—No creas que bebo por desesperación; es que estoy en pie desde esta mañana y me siento muerto de fatiga. No quiero darme por vencido y, como ves, aún no me he alojado una bala en la cabeza, porque esta clase de tragedias ya son anticuadas. Sé muy bien que para mí todo ha terminado, pero de todos modos aquí nunca me habría podido rehacer. En nuestro país los negocios son demasiado sencillos y modestos: el terreno no es apropiado. Pero fijemos la vista por un momento en otro punto; por ejemplo, en París. Allí los hombres activos saben y pueden crearse rápidamente un capital, y si caen, su caída no es mortal, porque todavía pueden rehacerse y volver á subir. Esos pensamientos míos serán ilusiones de un quebrado; pero también yo quiero rehacerme, ó arruinarme del todo é irme completamente á fondo. ¿Quién sabe si después no podría volver?...

Visiblemente el cognac se le subía á la cabeza porque, después de cerrar los puños, añadió:

—¡Y entonces, ya veréis!

—Aún cuando no fuesen ilusiones,—rebatí Polaniecki siempre impaciente,—tu plan únicamente podría realizarse en el porvenir. Pero ahora, ¿qué piensas hacer?

—Ahora,—dijo Masko tras un breve silencio,—ahora me tendrán por un bribón, y á nadie se le ocurrirá que hay diversas clases de quiebras. A mi mujer no la he pedido ninguna firma ni la más pe-

queña garantía; de consiguiente le quedará todo lo que tenía antes de nuestro matrimonio. Por ahora parto solo, y ella se quedará aquí con su madre hasta que haya mejorado mi situación. Ya debes saber que la señora Kraslavski ha quedado completamente ciega, y por lo tanto, comprenderás que me sería imposible llevarla conmigo, mayormente cuando ni yo mismo sé á donde iré á hacer fondo. Lo mismo puedo ir á París que á Amberes. Ellas nada saben aún, y esto es lo que me aflige; es una tragedia.

Cerró convulsivamente los ojos y se ocultó de nuevo la cabeza entre las manos.

—¿Cuándo piensas partir?—le preguntó Polaniecki.

—No lo sé aún; de todos modos te lo avisaré. He comprendido que tú habías venido aquí con la intención de prestarme un servicio, y me lo puedes prestar, aún cuando no en metálico. Mi pobre mujer se verá acosada, en los primeros momentos, por mis acreedores. Llévala por algún tiempo con vosotros. ¿Puedo contar con eso? Tú te has mostrado siempre benévolo conmigo, y sé además que tú y tu mujer la profesáis amistad. ¿Puedo contar con vosotros?

—¡Dios de los cielos!—pensó Polaniecki.—¡Hay para volverse loco!

Pero en voz alta contestó:

—¡No faltaba más!

—Te lo agradezco de todo corazón. Y ahora una última súplica. Tú tienes mucha influencia sobre mis mujeres, y creen todo lo que tú les dices; de consiguiente, durante los primeros días de mi au-

sencia, procura animarlas, hacerlas comprender la diferencia que hay entre el deshonor y la desventura, y persuadirlas finalmente de que yo no soy tan bribón como me representarán. Ya has visto que yo habría podido envolver á mi mujer en mi ruina, y no lo he hecho; que habría podido pescarte algunos miles de rublos más, y ni siquiera lo he intentado. Estos dos hechos te servirán para persuadirla y ella te creará. ¿Estamos acordados?

—Sí.

Masko se apretó con más fuerza la cabeza entre las manos, y con el semblante alterado por el dolor, dijo:

—Cree que ésta es verdaderamente para mí la más grave ruina, lo que más me abate.

Casi inmediatamente después, los dos amigos se separaron, y Polaniecki tomó un coche para hacerse conducir á Bucínek. Por el camino, después de haber estado pensando en el destino de Masko, se dijo:

—También yo hago quiebra, bajo cierto punto de vista.

Y era verdad. Desde hacía algún tiempo, sentíase atormentado por una incesante é indefinida inquietud, contra la cual nada podía. En torno suyo sólo veía esperanzas defraudadas, no veía otra cosa que dolores y desventuras, y, por más que hacía, no conseguía librarse de la idea de que todo aquello no era otra cosa que una amenaza y una amonestación. A veces se preguntaba:

—¿Por qué he de constituir yo solo una excepción?

Y su corazón se oprimía lleno de angustia, como

si previera una próxima desventura. En tan triste disposición de ánimo llegó á Bucínek á hora ya avanzada.

Hizo detener el coche, y tomó por el sendero enarenado, procurando no hacer ruido con los pies. Al pasar por delante de las ventanas iluminadas, divisó á Marina, á la señora Emilia y al señor Vasovski, sentados alrededor de la mesa en el centro de la sala. Marina, hacía el *solitario* con los naipes y parecía estarle explicando á la señora Emilia, pues, vuelta la cara hacia ésta, señalaba las cartas con el dedo. A su vista, Polaniecki recordó lo que desde mucho tiempo acontecía en él, y penetró en su casa sumamente preocupado.

—Hoy has venido tarde,—le dijo Marina,—te esperábamos á cenar.

—Masko me ha entretenido,—respondió Polaniecki.—¿Hay novedades?

—Ninguna: todo es viejo.

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Como el pez en el agua,—contestó Marina sonriendo.

Y después de haberle presentado la frente para que la besara, le pidió noticias de Zavilovski.

Desde que se había separado de Masko, sólo ahora respiraba con libertad.

—Mí mujer está buena y todo va á pedir de boca,—pensó casi con extrañeza.

Aquella habitación iluminada y aquella tranquilidad, le habían producido un efecto bienhechor. En medio de aquellas caras amigas, al lado del sér que le era querido, experimentaba un dulce bienestar, y sentía que para él aquella era la verdadera

felicidad. Al mismo tiempo comprendía también cuán neciamente había jugado con aquella felicidad, cuánto había alterado la pura atmósfera de aquella casa, llevando á ella elementos envenenados, y cuán poco había merecido habitar bajo aquel techo.

LVIII

Hacia la mitad del mes de Septiembre, habiase enfriado tanto la temperatura, que Polaniecki juzgó conveniente abandonar Bucinek y regresar á Varsovia. Para recibir dignamente á Marina, había hecho renovar por completo su habitación, adornándola además con flores frescas. Con su mujer había perdido por completo aquel exajerado sentimiento de sí mismo y aquella especie de falta de consideración que constituían los últimos obstáculos para el logro completo de la felicidad de Marina. Ahora su conducta con ella era tal, que con frecuencia se habría podido creer que la mujer era todavía la señorita Plavicki y él el enamorado inseguro de que fuera amado.

Inmediatamente después del regreso de los dos esposos á Varsovia, llegaron de Ostende otras noticias de nuevas y graves desventuras.

Un día Svirski penetró como una bomba en la oficina y, después de haber pedido á Bigiel y á Polaniecki que pasaran un momento con él á una pieza inmediata, les dijo con aire de gran misterio:

—¿Sabéis lo que ha pasado? Ayer Kraszovski, apenas llegado de Ostende, ha venido á verme y me ha contado que Osnovski se ha separado de su mujer después de haber casi aplastado á Kopovski.

Un escándalo fenomenal. En todo Ostende no se habla de otra cosa.

En los primeros momentos, Polaniecki y Bigiel quedaron como mudos de estupor, al fin dijo el primero:

—Un día ú otro tenía que suceder. Al fin Osnovski ha abierto los ojos.

—Por mi parte no entiendo absolutamente nada, —manifestó Bigiel.

—¡Es inaudito! —exclamó el pintor.—¿Quién habría podido imaginarse una cosa semejante?

—¿Y qué le ha dicho á usted Kraszovski?

—Osnovski se había puesto de acuerdo con algunos ingleses para hacer juntos una excursión que tenía que durar algunos días; pero como perdieron el tren que debía conducirles, y faltaban todavía un par de horas para la llegada del otro tren, creyó conveniente llegarse hasta su casa. Imagináos lo que debió ver, para que un hombre tan pacífico como él pudiera encolerizarse de tal modo que ni hiciera caso del escándalo. Figuráos que apaleó tan desapiadadamente á Kopovski, que el desgraciado salió tan maltrecho que todavía se ve obligado á guardar cama.

—Estaba tan enamorado de su mujer que nada tendría de extraño que se hubiera vuelto loco y le hubiese matado, —observó Bigiel.—Es una historia terrible.

—Sí, sí, —exclamó Svirski, —así son ellas.

Polanieck no despegó los labios, y Bigiel, afectado por la desventura de Osnovski, se puso á dar paseos por la habitación. Por último se detuvo de

lante del pintor y, después de meterse las manos en los bolsillos, dijo:

—Y sin embargo todavía no lo entiendo.

Svirski, sin contestar directamente, se volvió á Polaniecki y dijo:

—¿Se acuerda V. de todo lo que le dije en Roma, respecto á esta señora? El Zavidovski la llamaba la *mariposa*, y ahora comprendo que tenía razón; sólo que, en vez de posarse encima de las flores, se ha posado sobre el estiércol.

—¡Qué triste es todo esto!—agregó Bigiel.

—Muy triste,—repitió el pintor.—Esta señora lo había encontrado todo en su marido: riqueza, bondad, amor. Más ella ha preferido pisotearlo todo.

—¿Se han separado de verdad?

—De verdad. La señora Anetka ha partido ya. Y es preciso que haya sido muy grave la cosa para que Osnovski se haya decidido á separarse de ella. ¡Casi es increíble!

—Lo único que me gustaría saber,—dijo Bigiel con su calma habitual,—es como podrá vivir aquella señora, partiendo de la suposición de que toda la fortuna es del marido.

—Como no la ha matado en aquel instante, es probable que tampoco la quiera dejar morir de hambre. Krazovski me decía que Osnovski se ha quedado en Ostende, para cojer de la oreja á su Adonis, cuando éste pueda abandonar la cama y le hayan desaparecido los cardenales. La señora Bronicz y Lineta han salido más que de prisa para París.

—¿Y el casamiento de Kopovski?

—Ya se comprende que se ha roto. Del mal no puede salir el bien. Ahora ellas están sin novio, á

no ser que en el extranjero hallen algún príncipe Crapulesco. Después de lo que ha pasado, únicamente un bribón ó un imbécil podría avenirse á tomar por mujer á la señorita Castelli. De seguro que Zavidovski no va á volver á dejarse engatusar por aquella sirena.

—Lo mismo le dije á Stach,—observó Bigiel,—y él me contestó: «¡Quién sabe!»

—¡Qué!—exclamó Svirski—¿de veras ha contestado V. eso?

—No sé, no sé,—dijo con viveza Polaniecki.—No respondo de nadie, ni de mí mismo.

Svirski lo miró algo sorprendido, y luego repuso:

—Tal vez tenga usted razón. Si alguien me hubiese dicho ayer que Osnovski se quería separar de su mujer, le habría tomado por un loco.

Después de estas palabras, el pintor se despidió, porque le esperaban á comer en casa de Krazovski; Bigiel y Polaniecki quedaron solos.

—El mal no puede quedar sin castigo,—dijo sentenciosamente Bigiel tras un breve silencio.—¿Sabes lo que pienso en este momento? Que el nivel moral va bajando cada día más entre nosotros. Considera por un rato á la Bronicz, á la Castelli, á la Osnovski. Todas canallas con pretensiones exageradas y carácter de fregona. Verdaderamente da asco de pensarlo. Y los hombres como Osnovski y Zavidovski, son los que tienen que pagar la pena.

—¡Hay en este mundo tantas cosas desprovistas de lógica y que por lo mismo son incomprensibles!—contestó con tristeza Polaniecki.

Bigiel se puso de nuevo á pasear de uno á otro extremo de la habitación. De repente se detuvo

frente á su socio y, dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—Vaya, viejo mío, que tú y yo podemos estar bien contentos: en la lotería de la vida, nosotros hemos ganado el primer premio. En realidad, nosotros tampoco éramos unos santos, pero es probable que Dios nos habrá concedido esta suerte, porque nosotros dos nunca hemos sabido qué era eso de entrar á escondidas en casa ajena.

Polaniecki no despegó los labios, y se dispuso á salir.

Todas las circunstancias de su vida se habían exasperado de tal manera, que todo lo que acaecía y oía en torno suyo producía en sus nervios el efecto del chirrido de una sierra. A veces le asaltaba la idea de ir á sepultarse con Marina en un pueblecillo cualquiera para hallarse lo más distante posible de la eterna comedia de la vida, que se le hacía cada vez más repugnante. Más luego calculaba que no podría obligar á Marina á seguirle á un desierto. Sin embargo, había renunciado á la idea de comprar definitivamente Bucinek, porque había resuelto buscar para el verano una quinta mucho más distante de la ciudad y no tan accesible. El comercio con los hombres se le había hecho pesado de una manera especial. Algunas veces pero muy raramente, se despertaba en él el antiguo hombre enérgico, y entonces se decía:

—Bien mirado, me estoy dando mala sangre por un pecado que los hombres cometen cada día con la mayor indiferencia.

Mas en vano trataba de defenderse á sí mismo. Su falta, la falta de un hombre casado de seis me-

ses con una mujer como Marina, de un hombre próximo á ser padre, era monstruosa; y mientras se encaminaba á su casa, en aquel momento en que pesaba sobre él la noticia de la desventura de Osnovski, casi le parecía que él era cómplice de lo acaecido,

—Porque yo,—decíase,—soy un accionista de la fábrica que produce tan tristes sucesos, que produce mujeres como la señorita Castelli y como la señora Osnovski. En Marina, empero, no hay ni un pelo de falsedad.

Veíasele distintamente delante, como se ve una persona en quien se piensa con todas las fuerzas del alma. Veía su carita siempre graciosa, con la boca un poquito grande y con los ojos dulces, de una pureza infantil, y paulatinamente se fué sintiendo dominado por una profunda emoción.

—Verdaderamente me ha tocado el primer premio en la lotería de la vida, pero no he sabido apreciar como debía mi fortuna.

Bigiel había dicho que una mala acción se tiene que evitar, y Polaniecki, que había tenido ya amonado este pensamiento, experimentaba ahora un terror supersticioso. Parecíale imposible poder gozar para siempre y sin obstáculo, de la posesión de una criatura semejante, á despecho de toda lógica. ¡Si Marina sucumbiese al ser madre!... ¿No podía la señora Masko, para vengarse, decir una sola palabra que se lo revelase todo á Marina, y que pudiera ser fatal para ella atendido el estado en que se hallaba? ¿Y quién sabe si ya en aquel momento se hallaba la señora Masko al lado de Marina? Caminaba sobre ascuas, y en la angustia que le oprimía el

corazón, apresuró el paso para llegar más pronto á su morada.

Pero no encontró allí á la señora Masko. En cambio Marina le entregó un billete de la señorita Elena, rogándole que fuese á verla después de comer.

—Temía que el señor Zavidovski hubiese empeorado,—dijo Marina.

—No; esta mañana le he ido á ver. La señorita Elena estaba conferenciando animadamente con su procurador, por cuyo motivo no he visto más que á la señorita Ratkovski y á Ignacio; él estaba muy bien y me ha parecido alegre.

Polaniecki habia decidido explicar á su mujer, durante la comida, las tristes noticias recibidas de Ostende. Comprendía que no le era posible guardar el secreto, y además, tenía la seguridad de que ésta lo sabría más ó menos tarde de algunos otros labios indiscretos.

Cuando Marina le preguntó si ocurría alguna novedad en sus negocios, él, aprovechando la ocasión, se apresuró á contestar:

—En los negocios nada de nuevo, más por ahí se habla de un gran escándalo acaecido en la familia Osnovski.

—¿En la familia Osnovski?

—Sí, en Ostende ha sucedido algo grave. Dicese que Kopovski ha sido la causa del escándalo.

—¿Por qué no me lo dices todo, Stach?

—No puedo contarte más que lo que me han contado. ¿Te acuerdas de mis observaciones del día en que se celebraron los esponsales de Zavidovski? Mira si tenía razón entonces yo. Ha acaecido un ver-

dadero pandemonio, y parece que las cosas se han puesto muy mal.

—¿No me habías dicho que Kopovski se había prometido con la señorita Castelli?

—Es verdad, pero todo está roto.

A Marina le impresionó mucho la noticia. Quería interrogar de nuevo á su marido, más éste la dijo que no sabía nada más y que probablemente dentro de pocos días llegarían más noticias.

La joven esposa compadeció muy de veras al pobre Osnovski, y la conducta de la señora Anetka le parecía inconcebiblemente indigna.

—A lo menos habría tenido que respetarle,—dijo,—aún cuando no fuese por otra cosa que por el gran cariño que él la demostraba. Es indigna de ser la esposa de un hombre semejante, y ahora encuentro que Svirski está muy bien acertado cuando tiene formada tan mala opinión de las mujeres.

La llegada del señor Plavicki vino á interrumpir esta conversación. Venía del restaurant donde habia comido, para contar la gran noticia, de la que hablaba ya toda Varsovia. Alegrose Polaniecki de haber hablado él antes de éste con Marina, porque en la boca del viejo Plavicki, la cosa tomaba un aspecto muy distinto, complaciéndose él en pintar la con colores bastante subidos. Habló largo y tendido de las mujeres de otros tiempos, comparándolas con las de nuestros días, y acabó por tomar por el lado cómico la desgracia conyugal del infeliz Osnovski.

—Aquella pilluela,—concluyó diciendo el viejo,—era una mujercita muy decidida; á todos les mi-

raba con muy buenos ojos: ¡pobre Osnovskil.. Fijaos bien, á todos les dirigía miradas tiernas.

Alzó los ojos hacia el techo, y luego miró á Marina y á Polaniecki, como si quisiera convencerse de que éstos habian comprendido el verdadero significado de aquel *todos*. Una expresión de repugnancia se dibujó en el rostro de Marina, la cual, dirigiéndose á su marido, contestó:

—¡Psch! ¡qué sucio y asqueroso es todo esto!

LIX

Por la tarde Polaniecki se trasladó á casa de la señorita Elena. El joven poeta llevaba puesta todavía una venda negra para sostener un extenso parche que le cubría la herida. Hablaba todavía con alguna dificultad, pero su estado iba mejorando de día en día, y el médico había asegurado que este último síntoma acabaría también por desaparecer.

Cuando Polaniecki entró, el enfermo estaba sentado junto á una mesa, en un gran sillón, usado ya por el viejo Zavilovski. Estaba escuchando, con los ojos entornados, sus poesías, que la señorita Ratkovski le leía. Al ver á Polaniecki, ésta dejó el libro encima de la mesa.

—Buenas tardes, señorita,—dijo éste saludándola.—¿Cómo sigue Ignacio? Dispéñseme usted, señorita, si he interrumpido su lectura. ¿Qué leía usted de bueno?

—Las poesías del señor Zavilovski.

—¿Tú estás escuchando tus poesías?—preguntó riéndose Polaniecki,—eso quiere decir que te gustan.

—Al oirlas experimento una singular impresión,—contestó Zavilovski.—Me parece como si jamás hubiera escrito yo cosa semejante.

Luego, tras un breve silencio, hablando despacio y deteniéndose de vez en cuando para buscar las palabras que no acertaba á recordar, continuó:

—Tan pronto como pueda quiero volver á ponerme á escribir. Más antes es menester que me restablezca y vuelva á ser lo de antes.

Era evidente que este último pensamiento le preocupaba en gran manera. Para animarle, la señorita Ratkovski le dijo:

—Puede usted tener la seguridad de que dentro de pocos días ya estará usted en disposición de escribir poesías nuevas, tan bonitas ó más que las que ahora le estaba leyendo.

Dirigióla él una sonrisa llena de gratitud, pero no contestó palabra. En aquel momento entró la señorita Elena; acercóse en seguida á Polaniecki y, tendiéndole la mano, le dijo:

—Estoy muy contenta de que haya usted venido. Necesito pedirle un consejo.

—Estoy á sus órdenes.

—Tenga usted, pues, la bondad de venir conmigo.

Después de haberle conducido á otra pieza, le ofreció una silla, y sentándose á su vez frente á él, permaneció unos instantes silenciosa, como para concentrar sus ideas.

Polaniecki, que estaba de espaldas á la luz, notó por vez primera algunas hebras blancas en los cabellos de la joven señorita.

—Deseo de usted,—empezó á decir ésta,—no solamente un consejo, sino además una promesa. Sé que es usted un verdadero amigo de mi joven pariente, y que le debo una gratitud eterna por la simpatía de que me ha dado usted muestras en la triste ocasión de la muerte de mi padre. Por eso quiero, en este instante, hablarle con franqueza y hablarle confidencialmente, cosa que hasta ahora jamás he hecho con nadie. Por razones más particulares, que creo inútil explicar, he resuelto crear me una vida nueva que me sea soportable. Mucho tiempo há que lo habria hecho, pero mis deberes para con mi padre no me lo permitian. Luego sucedió una desgracia, y me he creído en el deber de dar acogida en mi casa á mi único pariente, al último que lleva nuestro nombre, y á quien profeso una amistad leal y sincera. Ahora, afortunadamente y gracias á Dios, está salvado, y, como Dios le ha concedido una inteligencia nada vulgar y le ha predestinado para grandes cosas, tiene que poder desenvolver sin obstáculos toda su actividad.

Detúvose pensativa por unos instantes, y luego después continuó:

—Curado él, habrá desaparecido el último obstáculo que se oponía al cumplimiento de mi deseo. Más antes, debo atender al destino que hay que dar á la cuantiosa fortuna que mi padre me legó, y que para mí ha venido á ser completamente inútil, atendidas mis intenciones para el porvenir. Si pudiera considerar toda esa fortuna como de mi absoluta propiedad, tal vez trataría de dar otro destino á una parte de ella, pero como por el contrario la tengo que considerar como perteneciente á la fami-

lia, no puedo disponer de ella á mi gusto desde el momento que vive un individuo de mi familia y que éste lleva el nombre de Zavilovski. No quiero negar que ha influido en esta determinación mía la inclinación que mi padre manifestaba hacia el señor Ignacio; pero os confieso que en este momento es únicamente mi conciencia la que regula mi conducta. Quiero reservarme para mí lo necesario para atender á mis necesidades; todo lo demás será para Ignacio. La escritura de donación esta dispuesto ya, y mi primo recibirá toda la fortuna inmueble y todo el capital, exceptuando una parte reservada á mí, y cierta cantidad que destino á la señorita Ratkovski. Ahora pues, se trata de anunciar esta resolución al enfermo. He preguntado á dos médicos si esto podía perjudicarle á la salud, y los dos me han asegurado que una buena noticia no podía tener sobre él efecto alguno desagradable.

Aquí la joven se sonrió tristemente resignada; más Polaniecki, estrechándola una mano, profundamente conmovido, la preguntó:

—Y usted, mi excelente señorita, ¿qué intención tiene usted? Crea usted que no se lo pregunto por mera curiosidad.

—Todos los hombres tienen el derecho de ponerse bajo la protección directa de Dios,—contestó evasivamente Elena.—Por lo que toca á Ignacio, estoy segura de que la riqueza no lo echará á perder; pero es todavía joven é inexperlo. Su vida empieza de nuevo y en muy diferentes condiciones, y por esto ya desde el principio de nuestra conversación le he dicho que deseaba de usted una promesa. Usted es un caballero y es usted además amigo

suyo; protéjale contra la gente mala y sobre todo conserve en él al poeta. Me interesa, no solamente la salvación de su vida, sino también la de su talento. Tiene que escribir, tiene que trabajar, tiene que poner al servicio de la humanidad lo que Dios le ha dado.

De repente sus labios se pusieron blancos como la nieve; juntó convulsivamente las manos y se detuvo, imposibilitada de seguir hablando.

Pareció que la desesperación de su alma, por tanto tiempo reprimida, hubiera estallado de un solo golpe. Recobró, empero, el predominio sobre sí misma, y únicamente sus puños cerrados daban á conocer el esfuerzo que le costaba aquella calma ficticia.

Polaniecki, notando la desesperada aflicción de aquella pobre alma, consideró oportuno distraer sus pensamientos y á este fin dijo:

—¿No sería mejor, señorita, que esta donación que tan radical cambio ha de producir en la vida de Ignacio, se aplazara para de aquí á un año, ó á lo menos para dentro de seis meses?

—¿Por qué?

—No sé si usted sabe ya que el casamiento entre el señor Kopovski y la señorita Castelli ha pasado á la historia, y que, por consiguiente, la situación de aquellas señoras ha venido á ser muy triste. Si éstas pudieran reconciliarse con Ignacio estarían á salvo, y yo estoy más que seguro de que lo intentarían, tanto más si llegan á saber que él, gracias á usted; ha llegado á ser rico. Fíjese usted ahora en que Ignacio está débil á consecuencia de su última

enfermedad y que tal vez no podría oponer mucha resistencia.

La señorita Elena escuchó las palabras de Polaniecki con los ojos medio cerrados, y después de haber meditado por algunos instantes, contestó:

—No soy de su parecer de usted, porque creo que Ignacio ha hecho otra elección.

—Adivino á lo que alude, pero debe usted tener en cuenta el amor intenso que sentía por aquella señorita, y que por ella llegó hasta á atentar contra su propia vida.

En este momento acaeció una cosa completamente inesperada por Polaniecki. La señorita Elena se puso vivamente en pié, y levantando sus descarnados brazos, exclamó:

—Y si así fuera, y si para él no hubiera otro medio de ser feliz.. ¡Ay amigo mío! sé que no lo debería hacer, pero hay circunstancias que son más fuertes que el hombre, y hay cosas que son absolutamente necesarias para hacer apetecible la vida. Además, toda persona puede hacerse mejor mientras vive.

Polaniecki la miraba poseído de profundo asombro y no pudo menos que decirse:

—Jamás habría podido imaginar que la señorita Elena pudiera decir una cosa semejante.

Y en voz alta añadió:

—Si esta es su opinión de usted, no nos queda otra cosa que hacer que volver al lado de Ignacio.

Zavilovski acogió la noticia, al principio con estupor, más luego con cierta alegría. Habriase podido creer que, con el auxilio de la inteligencia, había comprendido la fortuna que se le ofrecía, y se

habría dicho que debía estar contento de ello, sin que dejara de tomar parte en su alegría el corazón. Pero cuando reapareció el corazón, fué cuando preguntó á la señorita Elena que era lo que ella tenía intención de hacer. Esta pretendió evadir la respuesta, como lo había hecho con Polaniecki, y se puso á hablar de otras cosas, dándole á su joven pariente consejos maternos y recomendándole mucho que no descuidara su talento, y que no defraudara las esperanzas que en él habían puesto sus amigos.

Zavilovski, con los ojos llenos de lágrimas, solo pudo repetir su acostumbrada frase:

—Volveré á escribir tan pronto como vuelva á ser lo de antes.

La señorita Elena le hizo notar que ahora él la debía considerar como una huésped, y que dentro de dos días partiría. Zavilovski no quiso avenirse á ello, y tan insistentemente suplicó, que al fin ésta, para no conmovérle demasiado, prometió quedarse á su lado por ocho días. Esta promesa le tranquilizó, á la manera como se tranquiliza un niño cuando, después de mucho insistir, se le concede una cosa que antes se le había negado.

LX

Un nuevo acontecimiento había llamado la atención de toda la ciudad. Habíase esparcido la noticia de un duelo entre Osnovski y Kopovski, á consecuencia del cual el primero había resultado gravemente herido. El segundo regresó casi inmediatamente después á Varsovia, precedido de la fama de

un héroe tan invencible en el amor como en las armas.

Osnovski, que realmente había recibido una herida pero muy ligera, habíase retirado entre tanto á Bruselas. Pocos días después Svirski había recibido de él una carta en la que le anunciaba que se hallaba muy bien y que tenía intención de ir á Egipto á mediados de invierno; pero que, de todos modos, iría antes á pasar unos días en Pritulov. Al recibir esta noticia, el pintor fué á ver á Polaniecki, y le comunicó sus temores de que en esta venida no ocultase Osnovski el propósito de pedirle á Kopovski una nueva satisfacción.

—Estoy intimamente convencido,—observó el pintor,—de que fué herido porque en aquel duelo buscó la muerte. Yo sé como tira, porque un día, en mi presencia, dió diez veces consecutivas en el blanco á diez pasos de distancia. Si él hubiese querido, en este momento Kopovski no se pavonearía por Varsovia.

—Puede muy bien ser,—contestó Polaniecki,—pero si habla de hacer un viaje á Egipto, prueba que esta vez tiene pocas ganas de hacerse matar. Yo creo, más bien, que viene antes aquí á ver si decide á Zavilovski á que le acompañe en su viaje.

—Sería un pensamiento magnífico. A nuestra Ignacio le conviene ver algo el mundo. Ya que tengo tiempo voy á verle. ¿Cómo sigue ahora?

—Hoy no le he visto todavía, y por lo tanto le acompañaré. En estos días ha estado siempre bien, pero he observado en él cambios muy extraños. Recordar á V. que antes tenía un carácter orgulloso y resuelto; ahora parece un niño. A la más insignifi-

cante contrariedad, se le vienen las lágrimas á los ojos.

Pocos minutos después los dos amigos se hallaban ya en la calle.

—¿La señorita Elena está aún al lado de Zavilovski?—preguntó Svirski al cabo de algunos pasos

—Sí; tenía la intención de pasar á su lado una semana no más, pero en vista de las vivas instancias de su primo, continúa allí, y todavía no sé cuando será la marcha definitiva.

—¿Y qué piensa hacer después?

—No se lo ha dicho á nadie, más por lo que he podido comprender, quiere retirarse á un convento á rezar por Ploszovski.

—¿Y la señorita Ratkovski?

—Ha vuelto á casa de su viejo pariente.

—Esto no le gustará mucho á Zavilovski.

—En los primeros días parecía que no, pero ahora ya casi nunca habla de ella.

—Si no se casa con ella antes de que se acabe el año, la volveré á preguntar si me quiere por marido.

—Según mis noticias, la señorita Elena quisiera que su primo se casara con ella. No sé si llegará á realizar este deseo.

—Pues yo estoy persuadido de que se casará con ella y que quedarán nuevamente desbaratados mis planes. Y acabaré por no casarme.

—Yo oí hablar á mi mujer de este proyecto de usted, pero Marina se ríe de él y lo considera un mero capricho.

—Nada de esto,—exclamó Svirski,—no hay tal

capricho. Lo que hay es que yo no tengo suerte con las mujeres. ¡Ah! ahí viene la señora Masko.

En aquel momento pasaba un coche de dos caballos, en el cual iban la señora Kraslavski y la señora Masko.

Hacia un día hermoso pero frío, y la señora Masko parecía tan ocupada en arreglar el chal de su madre, que no reparó en el saludo de los dos amigos, y por eso no correspondió á él.

—Anteayer visité á estas dos señoras,—repuso Svirski después de un prolongado silencio.—La señora Masko es una buena señora.

—De todos modos, es una hija muy buena,—observó Polaniecki.

—Si, de ello me he convencido durante mi última visita, más como yo soy un escéptico impenitente, al principio me ocurrió la sospecha de que asistía á una comedia, en la cual ella hacía el papel de hija buena. De seguro que usted ha tenido ocasión de notar que muchas veces las mujeres hacen algo bueno con la esperanza de hacerse interesantes.

Entre tanto los dos amigos habían llegado á su destino. Zavilovski se mostró muy contento de verlos, y cuando le dijeron que Svirski tenía intención de volver á Italia, le rogó vivamente que le permitiera ir con él.

—¡Bravo!—pensó Svirski, que había accedido inmediatamente á los deseos del joven poeta,—eso quiere decir que no piensa en la señorita Ratkovski.

Y luego en voz alta añadió:

—Pero esta vez no puedo estar mucho tiempo ausente de Varsovia, porque tengo varios retratos que hacer, y porque he prometido al señor Pola-

niecki que asistiría al bautizo. Y bien,—añadió dirigiéndose á éste último;—¿será bautizo de niño ó de niña?

—Para mí lo mismo me dá,—contestó el interrogado;—me basta con que todo vaya bien.

Como Svirski y Zavilovski se pusieron á hablar de su próximo viaje, Polaniecki se despidió de ellos para volverse á la oficina. Tenía que despachar toda la correspondencia del día, y por lo tanto sa encerró en su despacho, y después de haber leído todas las cartas, estaba señalando las que reclamaban réspedes urgente, cuando un criado que estaba de poco tiempo en la casa vino á anunciarle que había una señora que deseaba mucho verle.

Polaniecki se alarmó. Sin saber por qué, se le ocurrió que no podía ser otra que la señora Masko, y ante la expectativa de una explicación penosa y de una escena desagradable, empezó á latirle precipitadamente el corazón.

Sintióse como aliviado de un peso enorme, cuando vió comparecer á Marina.

—¡Y bien!—exclamó ésta;—¿qué te parece?... ¿Verdad que te he preparado una sorpresa?

Polaniecki se levantó con rapidez, y acercándose solícitamente á su mujer, la cogió ambas manos llevándoselas á los labios.

—¡Adorada Marina!—dijo.—¡Verdaderamente es una sorpresa! Pero ¿cómo se te ha ocurrido la idea de venir aquí?

—Esto diciendo, le había acercado un sillón en el cual ésta tomó asiento. El rostro radiante de Polaniecki daba á entender la alegría que en aquel momento le proporcionaba la presencia de su mujer.

—Ahora dime la verdad,—dijo ésta.—Cuando el criado te ha dicho que había una señora, ¿quién te figurabas que era? Anda, respóndeme en seguida.

Y sonriendo le amenazaba con el dedo.

—¿Cómo quieres que pudiera figurarme quién era?—respondió Estanislao.—¡Viene tanta gente en una oficina como la nuestra! Verdad es que no me había figurado que fuese mi querida Marina. ¿Qué deseas de mí?

—Lee esta carta que he recibido hace una hora.

Polaniecki tomó con inquietud la carta, y leyó lo que sigue:

«Apreciada señora mía.

» Probablemente le sorprenderá que me dirija á usted, pero, próxima á ser madre, sólo usted puede comprender lo que pasa en el corazón de una madre, testigo de la infelicidad de su hija. Y para mí, créalo usted, sólo se trata de mitigar el dolor de la pobre criatura, desgraciada por culpa mía, porque yo fui la causa de todo lo que le ha sucedido. Esta es la verdad. No hubiera debido perder la cabeza porque un bribón, un sin vergüenza, aprovechándose del momento en que Lineta se hallaba indisputada y en la imposibilidad de defenderse, tuvo la desfachatez de tocarle con sus indignos labios. El culpable fué el señor Jozio Osnasvki, que hizo cuestión de gabinete una cuestión de matrimonio, aprovechando la ocasión para deshacerse de Kopovski. El ha tratado de proporcionarse una reparación á costa de la felicidad ajena. ¡Ah, apreciada señora Polaniecki! Yo, como he dicho, perdí la cabeza: en el primer momento juzgué que el mejor medio de salir en bien de la cosa, debía ser el casamiento con

aquel hombre indigno, y que Lineta perdiera el derecho de ser la esposa de Ignacio.

Si pudiera usted ver cuánto ha sufrido y sufre la pobrecita, cuánto ha influido en su salud la triste tentativa de Zavilovski, de seguro sentiría usted por ella una verdadera compasión. El no debería haber hecho esto, aún cuando no fuera más que por consideración á la pobre niña; pero los hombres no saben ni pueden pensar más que en ellos mismos. Ella es inocente como un niño recién nacido, y yo tengo que asistir á su lenta consunción, porque ella ha sido la causa inocente de su infelicidad, porque ella por culpa ajena ha arriesgado su porvenir. Se me desgarran el corazón. El médico me ha dicho que si continuaba todavía por algún tiempo este estado de cosas, no podía responderme de la vida de Lineta. Dios es misericordioso, pero también á usted, señora, le ruego que tenga misericordia de una desdichada madre. Envíeme usted, de cuando en cuando, noticias de Ignacio; escríbame usted, se lo ruego, que está curado, que está tranquilo, que ha olvidado el pasado y que no maldice á nadie, para que yo pueda enseñar esta carta á Lineta y mitigar de esta manera su dolor. Todos los días rezaré para que su hija, de V. si el cielo le da una niña, pueda ser más dichosa que mi pobre Lineta.

—Y bien, ¿qué te parece?—preguntó Marina.

—Creo que la noticia del cambio de fortuna de Zavilovski ha llegado á sus oídos, y que esta carta, aún cuando va dirigida á tí, va en realidad dirigida á Ignacio.

—Tal vez tengas razón. Esta carta no me parece

sincera; pero también pudiera ser que fueran dignas de lástima.

—La verdad es que no pueden estar muy satisfechas, y es muy probable que les remuerde la conciencia. Pero ¡cuánta astucia aparece en este escrito! No conviene enseñarlo á Zavilovski.

—No; ni pensarlo,—exclamó Marina, que á la sazón era completamente favorable á la señorita Ratkovski.

Polaniecki, fijo siempre en la idea que desde tanto tiempo le atormentaba, observó:

—Existe cierta lógica, en virtud de la cual el perverso debe tener su castigo, y nadie puede cosechar otra cosa que lo que siembre. El mal se puede comparar con la ola; ésta se estrella contra la playa pero se reproduce sin cesar.

Marina, que se había puesto pensativa y se entretenía en trazar figuras en el pavimento con la punta de su sombrilla, al oír aquellas palabras levantó hacia sus marido sus límpidos ojos y contestó:

—Sí, verdad es que el mal reproduce el mal; pero si el pecador se consume en el dolor y en el arrepentimiento, Dios se reconcilia con él y no le castiga.

Si Marina hubiera sabido lo que tenía turbado á su Stach y hubiese tratado de aliviar su dolor y de infundirle valor, no habría podido hacerlo mejor que con aquellas sencillas palabras. Polaniecki estaba constantemente atormentado por el temor de que le sobreviniera alguna desgracia, y aquellas palabras fueron un bálsamo para él. Experimentaba un imperioso deseo de estrechar contra su corazón á aquella pura y noble criatura que le

había prodigado aquel bálsamo, mas no se atrevió, coartado por una especie de vacilación que, desde hacía algún tiempo, sentía en su presencia. Limitóse pues á besarle las manos y á decirla:

—Tienes perfectamente razón y tus palabras son las de un ángel.

Extraordinariamente contenta por aquel elogio, Marina le sonrió y se dispuso á partir.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki se acercó á la ventana y la siguió largo trecho con la vista. En aquel instante estaba aún más poderosamente convencido de que aquél era el sér más adorable del mundo, de que él no amaba más que á ella y de que la amaría hasta la muerte.

LXI

Dos días después, Polaniecki recibía el siguiente billete de Masko:

«Parto hoy. Al despedirme de tí no puedo menos de darte nuevamente las gracias por la amistad que me has demostrado siempre. ¡Permita Dios que seas más dichoso que yo! Salgo para Berlín en el tren de las nueve. Adios de nuevo, y mil gracias por todo cuanto has hecho por mí.—*Masko*.

Polaniecki se alegró casi de aquella carta, porque le ahorraba el tener que despedirse personalmente de Masko. Mas, al anochechar, púsose á pensar en aquella partida y empezó á sentir una especie de compasión por aquel desgraciado, y finalmente, al pensar en la alegría que experimentaría

Masko si le volvía á ver, resolvió ir á á la estación á despedirle. Por el camino se le ocurrió que indudablemente encontraría allá á la señora Masko; pero se dijo que un día ú otro tendrían que encontrarse, y que el abstenerse de ir por esta sola razón sería una tontería inútil.

En la sala de espera de primera clase hallábanse sentadas ya varias personas, y junto á ellas veíase gran número de maletas y otros varios objetos de viaje. Polaniecki divisó en seguida, sentada en un ángulo de la sala, á la señora Masko.

—Buenas noches,—dijo mientras se aproximaba á ella.—He venido para despedir á su esposo. ¿Dónde está?

La señora Marko correspondió al saludo con un imperceptible movimiento de cabeza y contestó con frialdad:

—Está tomando el billete; vendrá en seguida.

Precisamente Masko llegaba en aquel instante seguido de un fauén que llevaba el equipaje. Con su holgado gabán negro, su sombrero de copa, sus largas patillas y sus lentes de oro, parecía un diplomático de viaje.

—Me parece que no hemos olvidado nada,—dijo dirigiendo una mirada alrededor de la sala.—Pero y mi maletita, ¿dónde está? ¡Ah! ahí está.

Luego, volviéndose á Polaniecki, á quien había saludado ya, prosiguió:

—Te agradezco que hayas venido. Ya que estás aquí hazme otro favor, acompaña á mi mujer á casa, ó cuando menos hasta el coche. Teresa,—añadió dirigiéndose á su mujer;—el señor Polaniecki te acompañará cuando te vayas.

había prodigado aquel bálsamo, mas no se atrevió, coartado por una especie de vacilación que, desde hacía algún tiempo, sentía en su presencia. Limitóse pues á besarle las manos y á decirla:

—Tienes perfectamente razón y tus palabras son las de un ángel.

Extraordinariamente contenta por aquel elogio, Marina le sonrió y se dispuso á partir.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki se acercó á la ventana y la siguió largo trecho con la vista. En aquel instante estaba aún más poderosamente convencido de que aquél era el sér más adorable del mundo, de que él no amaba más que á ella y de que la amaría hasta la muerte.

LXI

Dos días después, Polaniecki recibía el siguiente billete de Masko:

«Parto hoy. Al despedirme de tí no puedo menos de darte nuevamente las gracias por la amistad que me has demostrado siempre. ¡Permita Dios que seas más dichoso que yo! Salgo para Berlín en el tren de las nueve. Adios de nuevo, y mil gracias por todo cuanto has hecho por mí.—Masko.

Polaniecki se alegró casi de aquella carta, porque le ahorrraba el tener que despedirse personalmente de Masko. Mas, al anocheecer, púsose á pensar en aquella partida y empezó á sentir una especie de compasión por aquel desgraciado, y finalmente, al pensar en la alegría que experimentaría

Masko si le volvía á ver, resolvió ir á á la estación á despedirle. Por el camino se le ocurrió que indudablemente encontraría allá á la señora Masko; pero se dijo que un día ú otro tendrían que encontrarse, y que el abstenerse de ir por esta sola razón sería una tontería inútil.

En la sala de espera de primera clase hallábanse sentadas ya varias personas, y junto á ellas veíase gran número de maletas y otros varios objetos de viaje. Polaniecki divisó en seguida, sentada en un ángulo de la sala, á la señora Masko.

—Buenas noches,—dijo mientras se aproximaba á ella.—He venido para despedir á su esposo. ¿Dónde está?

La señora Marko correspondió al saludo con un imperceptible movimiento de cabeza y contestó con frialdad:

—Está tomando el billete; vendrá en seguida.

Precisamente Masko llegaba en aquel instante seguido de un fauén que llevaba el equipaje. Con su holgado gabán negro, su sombrero de copa, sus largas patillas y sus lentes de oro, parecía un diplomático de viaje.

—Me parece que no hemos olvidado nada,—dijo dirigiendo una mirada alrededor de la sala.—Pero y mi maletita, ¿dónde está? ¡Ah! ahí está.

Luego, volviéndose á Polaniecki, á quien había saludado ya, prosiguió:

—Te agradezco que hayas venido. Ya que estás aquí hazme otro favor, acompaña á mi mujer á casa, ó cuando menos hasta el coche. Teresa,—añadió dirigiéndose á su mujer;—el señor Polaniecki te acompañará cuando te vayas.

Y en voz baja añadió:

—Esa no conoce la verdadera causa de mi partida; pero le he aducido una razón plausible que no tengo tiempo de explicarte.

Sonó la señal de partida, apresuráronse todos á apoderarse de sus respectivos bultos y salieron al andén. Masko se detuvo frente al *sleeping car*. La luz del farol le daba de lleno en la cara, y Polaniecki notó que en aquel instante tenía dos profundas arrugas en los dos lados de la boca. A pesar de eso hablaba con toda tranquilidad, como un hombre á quien los negocios le obligaban á ausentarse por algunos días, y que tenía la seguridad de estar pronto de vuelta.

—Con que, Teresa, hasta la vista: saluda de nuevo á mamá en mi nombre y conservaos buenas. ¡Hasta la vista, hasta la vista!

Esto diciendo, tomó la mano de su mujer y la tuvo largo rato apretada contra sus labios.

Polaniecki, que se hallaba algo separado de ellos, pensó:

—Estos dos se ven por última vez, y probablemente dentro de seis meses estarán separados judicialmente. La madre y la hija han tenido el mismo destino: las dos han hecho aparentemente un magnífico casamiento y los maridos de entrambas han tenido que abandonar los patrios lares, dejando á sus mujeres sumidas en el pesar y en la vergüenza.

Masko subió al coche y el tren empezó á moverse. Por algunos breves instantes pudo verse todavía su rostro á través de los anchos cristales del *sleeping-car*... Después el tren desapareció en medio de la obscuridad de la noche.

—Estoy á sus órdenes, señora,—dijo en aquel momento Polaniecki.

Figurábase que ella rechazaría su compañía, cosa que en aquel momento le habría desagradado, porque deseaba hablar no solamente de Masko sino hasta de sí mismo. Mas la señora inclinó le cabeza en señal de asentimiento. También ella tenía su plan preconcebido. Había ido acumulando, por tan largo tiempo, tanto odio en su corazón contra Polaniecki, que estaba resuelta ahora á vengarse, aún cuando él quisiera aprovechar aquella oportunidad de hallarse á solas con ella, cosa de la cual estaba firmemente convencida.

Pero se había completamente equivocado. Polaniecki se había transformado en otro hombre; ahora aspiraba con todas las fuerzas de su corazón á una vida libre de engaños y de falsedad, y su prolongado arrepentimiento había extinguido en él todo deseo. Después de haber subido al coche con ella, empezó á hablar en seguida de Masko, para cumplir la promesa hecha á su amigo y para disponerla á la catástrofe. Habló largamente, á fin de lograr quitarla gradualmente el velo que cubría sus ojos y que le ocultaba el porvenir; y cuando hubo concluido habían llegado ya frente á la puerta de su casa. Fuese que Teresa no hubiese comprendido el significado de sus palabras, ó que estuviera contrariada por no haber podido hallar la manera de vengarse, antes de bajar del coche le dijo:

—Tratando de llevar á mi espíritu la inquietud, debe usted haber seguido un plan especial suyo.

—No, señora,—contestó Polaniecki, aprovechando al mismo tiempo la ocasión para expresar lo que interiormente se había propuesto decirle:—respecto á usted no tengo más que un plan, el de manifestarle que me he portado con usted de una manera indigna, incalificable, y que en este instante le pido que perdone por mi pasada conducta.

La joven señora entró en el soportal de su casa sin contestar. Polaniecki volvió á su casa con el corazón aliviado; pareciale haber cumplido su estricto deber. Respecto á lo demás, le tenía sin cuidado que la señora Masko le hubiese entendido ó no.

—De todos modos,—se dijo,—ahora podré á lo menos mirarla tranquilamente á la cara.

LXII

Paulatinamente íbase formando una especie de vacío alrededor de Polaniecki. Casi todas sus relaciones se habían esparramado por el mundo. Svirski y Zaviłovski habían partido ya hacia Italia; Osnovski continuaba en Bruselas y la mujer de éste ignorábase donde se hallaba. La señora Broniez y la señorita Castelli se habían quedado en París, y la señora Kraslavski y la señora Masko no se movían de casa y no recibían visitas. Habíanle quedado únicamente la familia Bigiel y el profesor Vasovski, de modo que actualmente la vida de Polaniecki se deslizaba tranquila. Trabajaba muchísimo

para su Casa y trabajaba más todavía para él. Quería convertirse en un hombre nuevo.

Rodeaba de miramientos y de atenciones á su mujer, y cada día iba haciéndose más sencillo y más afable, no solo con Marina, sino con todos los que tenían que tratar con él. De esta manera sucedíanse las semanas, y solo de vez en cuando venía alguna carta de Svirski á interrumpir la monotonía de aquella vida.

En una de estas cartas, el pintor preguntaba en nombre de Zaviłovski si la señora Polaniecki permitiría á este último escribir sus impresiones de viaje, bajo la forma de cartas dirigidas á ella.

«He hablado ya mucho con nuestro Ignacio sobre este particular,—escribía Svirski.—El está convencido de que de esta manera le será más fácil el trabajo, y que por otra parte también á vosotros os habrá de gustar oír un eco de este país, donde pasasteis los primeros tiempos de vuestro matrimonio y al cual les unen dulces recuerdos.

»Ignacio está bueno; come y duerme admirablemente. Todas las noches se sienta al escritorio para trabajar, y hasta he observado que trata de poner algo en verso. Pero todavía no lo ha conseguido; le falta el estro poético, pero quizás con el tiempo lo recobrará. Por último tengo que añadir que se acuerda constantemente de la señorita Elena; por la cual demuestra una gratitud ilimitada, y que apenas se le habla de la señorita Rátekovski, su rostro se anima de alegría, por lo cual yo se la recuerdo con frecuencia. ¿Qué quiere usted que haga un pobre diablo como yo? Cuando uno no está destina-

do á conseguir una cosa, es inútil que se atormente para obtenerla, y es mejor hacer lo que yo, dejar tranquilo el corazón.»

A principios de Noviembre llegó de Roma otra carta que dió mucho que pensar á los esposos Polaniecki. Svirski escribía lo que sigue:

«Figúrense ustedes, mis queridos amigos, que la señora Bronicz y la señorita Castelli se encuentran aquí, y que yo he hablado ya con ellas. Tuve inmediatamente noticia de su llegada y, ¿saben ustedes lo que entonces hice? Persuadí á Ignacio para que hiciéramos una excursión á Sicilia. He pensado que si llegaba á caer en manos de la miseria, siempre le costará menos de lo que le costó el derecho de llorar por algún tiempo la sortija de la señorita Castelli. Respecto á esas señoras, yo había adivinado el motivo de su venida. Efectivamente, algunos días después de la partida de Zavilovski, llegó una carta dirigida á él, y yo reconocí en seguida el carácter de letra de la digna viuda del difunto Teodoro, de feliz memoria. Escribí sin vacilar un momento encima del sobre, que Ignacio había salido en dirección ignorada, y envié á su origen la carta. Pero todo esto no es más que el prólogo de la historieta.

» Al día siguiente recibí un billetito en el cual se me invitaba á una entrevista. Contesté en seguida que, con gran sentimiento mío, no podía hacer visitas porque tenía entre manos un trabajo muy urgente. Entonces me mandaron otro billete. Esta vez, (palabras textuales,) apelaban á mi carácter excelente, á mi gran talento, á mi hidalguía, á mi

buen corazón y por último á mi piedad hacia una infeliz con la súplica de que fuera á verlas, ó de que las señalara hora para poder venir á mi taller. ¿Qué debía hacer yo? No me quedaba más que ir y fui. La señora Bronicz me recibió con lágrimas en los ojos y con un diluvio de palabras, según las cuales Lineta era una segunda santa Inés, una verdadera mártir. Al preguntarla yo en qué podía servirle, la señora me contestó que, antes que todo, se trataba de poder lograr de Zavilovski una palabra de paz porque la pobrecita estaba enferma, tenía una tosecita seca, muy seca, y que á lo más le quedaba un año de vida; pero que antes de su muerte deseaba oír de labios de Ignacio una palabra de reconciliación.

» Después de aquella gran tirada de palabras, he de confesar que me sentí algo enternecido, pero me mantuve firme en mi propósito de no darle las señas ni la dirección de nuestro amigo. Sudaba como si estuviera tomando un baño de vapor, y al fin no pude menos que prometerle que la primera vez que Ignacio me hablase de Lineta, yo le comunicaría el deseo de ésta.

» Pero no acaba aquí la historia. Mientras estaba pensando para mis adentros, y con gran satisfacción, que ya me la había quitado de encima, entró de repente la señorita Castelli, y rogó á su tía que la dejara un momento sola conmigo. Le hago observar de paso que realmente está muy flaca, que parece todavía más alta que antes y que se parece á uno de esos chopos que un golpe de viento puede

echar por tierra. Apenas hubimos quedado solos, ella fué á sentarse en frente mío, y me dijo:

»—La tía trata de excusarme. Lo hace porque me quiere, mas yo no puedo soportarlo por más tiempo, y le declaro á usted francamente que me reconozco muy culpable, que he sido mala y ligera y que me he merecido mi infelicidad.

»Estas palabras, como era natural, me sorprendieron; pero he tenido que reconocer que en aquel momento Lineta era sincera, porque le temblaba la voz y sus ojos estaban humedecidos por el llanto. Ya sabe usted que tengo un corazón tierno como la manteca, y por lo tanto no se extrañará usted si le digo que me sentí profundamente conmovido, y la pregunté que era lo que podía hacer por ella. La joven me contestó que deseaba únicamente que yo diese crédito á sus palabras, ó sea que ella no tenía parte alguna en los esfuerzos de su tía para poder reanudar sus relaciones con Zavilovski, y por último que no olvidaría jamás que ella había sido la única culpable de tan desgraciados sucesos,

»¿Qué le parece á usted? ¿Habría usted jamás creído posible todo esto?

»Dos cosas hay claras para mí: la primera, que el suicidio intentado por Zavilovski la conmovió profundamente, y la segunda, que es muy desgraciada, si no está también muy enferma. Ahora me acude á la memoria la frase de la señora Zavilovski; que un día usted me repitió, esto es: que jamás se debe desesperar de que, mientras dure la vida de una persona, se vuelva mejor de lo que es. Por mi parte, sé perfectamente que en este mundo hay

caracteres femeniles mejores é incomparablemente mucho más nobles que éste; pero sé también que sería indigno y execrable en mí, el creer que yo pudiese arrojarla la primera piedra.»

Como era natural, el contenido de esta carta produjo una gran impresión. y por largo tiempo fué el tema principal de todas las conversaciones entre las dos familias Bigiel y Polaniecki, y en ellas vino á conocerse cuanto había cambiado este último en estos tiempos. Antes, no habría hallado palabras suficientemente enérgicas para condenar á la señorita Castelli; en cambio ahora, respondiendo á una pregunta de la señora Bigiel, que le pregunta si no reconocía en toda aquella historia una muy astuta maniobra de la señorita Lineta, él hubo de decir:

—No, es demasiado joven para eso, y yo la creo sincera. Mucho es ya que ella haya reconocido, sin tratar de excusarse, su culpabilidad, y esto demuestra que está cansada de mentir. Ahí tiene usted, por ejemplo, á Masko. Este reconoció en varias ocasiones que seguía por la senda del deshonor, pero en seguida buscaba fuera de él razones que le pudieran disculpar. «Entre nosotros es necesario hablar así,» ó bien: «de todo eso, quien tiene la culpa es nuestra sociedad; yo no puedo pagar con otra moneda que con la que circula entre nosotros;» éstas y otras parecidas eran sus excusas, todas las cuales, en mayor ó menor grado, tienen una base falsa. Se necesita cierto valor para poder decir: «La culpa es toda mía,» y quien posee este valor vale algo todavía.

—Según eso,—repuso la señora Bigiel,—¿cree

usted que Zavilovski haría bien reconciliándose con ella?

—No lo creo; pero lo considero posible,—contestó Polaniecki.

Pronto, empero, decayó el vivo interés que aquella noticia había promovido, ante la grave inquietud que empezaba á despertar el estado de salud de Marina. Sufrió frecuentes y fuertes palpitations de corazón, y á veces se sentía tan fatigada que no se podía levantar, sino con mucha dificultad, de la silla de brazos en que solía estar sentada. Después vinieron vivos dolores en la espalda y frecuentes mareos. En el decurso de estos ocho días se había cambiado de tal manera y se había puesto tan flaca, que hasta el médico empezó á preocuparse. El rostro diáfano de la pobre señora tomaba á veces un color azulado; especialmente cuando tenía cerrados los ojos, presentaba un aspecto cadavérico. La señora Bigiel, que pasaba por una mujer que nunca desconfiaba, no podía verse libre de un triste presentimiento, especialmente después que el médico hubo tenido que declarar claramente que, en tales condiciones, no solamente sería difícil que la enferma pudiera sobrellevar con felicidad la maternidad, sino que, hasta sobrellevándola, las consecuencias de ésta podían ser sumamente peligrosas.

Marina era la única que no había perdido la esperanza, aun cuando se sentía cada día más débil y aniquilada.

Polaniecki no tenía esperanza alguna. Vivía en un momento tan grave para él, que todo lo que ha-

bía sufrido para el pasado le parecía nada con aquella espantosa angustia que rayaba á veces en desesperación.

Había habido una época de su vida en que creía que un hijo era la cosa más importante en un matrimonio; en cambio ahora habría renunciado de muy buena gana no sólo á un hijo, sino á todos los que pudiera tener en lo sucesivo, con tal que se salvara su mujer. Oprimíasele cruelmente el corazón cada vez que Marina con débil acento le repetía la pregunta que muchas otras veces le había dirigido ya.:

—Stach, ¿y si fuese un niño?

En aquel instante habría querido caer á sus pies para decirle:

—¿Qué me importa el niño? Me basta con que me quedes tú.

Mas en vez de hacer esto, tenía que mantenerse tranquilo y sonriente, y asegurarla que ahora le era ya indiferente que fuese un niño ó que fuese una niña. Hábiale asaltado de nuevo la inquietud que antes le había turbado ya; y la esperanza que en él habían despertado las palabras de Marina, á saber que el arrepentimiento hace perdonar la falta, se había desvanecido por completo. No podía alejar de su mente la triste idea de que la enfermedad de Marina debía ser una consecuencia de su pecado. Al mirar aquel rostro pálido y demacrado, se decía con frecuencia:

—Sólo un loco puede creer aún que sea posible salvarla.

Luego trataba de leer en el semblante de los pa-

rientes un rayo de esperanza. Parecía una injusticia que los ojos de aquella mujer tuvieran que cerrarse para siempre, antes de que él hubiera podido demostrarle cuánto la quería antes de que ella se hubiera apercebido de que él se había enmendado y de que su falta de atención y su egoísmo habían desaparecido para siempre, antes de que la hubiera dicho que ella había llegado á ser el alma de su alma, y que no solo la amaba sobre todas las cosas del mundo, sino que la adoraba.

El médico y la señora Bigiel le advertían todos los días de que no dejara notar sus penas y angustias á la enferma, y él mismo comprendía que tenían razón. Mas este violento esfuerzo sobre sí mismo le producía nuevas penas. ¿Y si ella hubiese atribuido esa calma artificial, esa indiferencia lograda con tanta fatiga, á carencia de corazón, y hubiese muerto con la persuasión de que él no la amaba? Las noches de insomnio, la fatiga y la angustia acabaron por reducirle á un estado de exaltación nerviosa que le hacía ver el peligro, ya bastante grande de sí, más grande todavía.

A principios de Diciembre regresaron á Varsovia Svirski y Zaviłovski, después de dos meses de ausencia en Italia. Cuando por vez primera volvieron á ver á Polaniecki, quedaron asustados del cambio tan radical realizado en su aspecto, y de su absoluta indiferencia por todo cuanto pasaba en torno suyo.

No prestó atención alguna á sus palabras de consuelo; y pareció que no oía la relación de los suce-

sos acaecidos, que le hacía el excelente pintor, con la esperanza de distraerle.

¿Que le importaba á Polaniecki el destino de Zaviłovski, ni la señora Bronicz, ni la señorita Castellí, cuando su Marina podía morir de un momento á otro?

Svirski, que profesaba una verdadera amistad á Polaniecki y á Marina, corrió en seguida á ver á la señora Bigiel, con la esperanza de oír alguna palabra algo consoladora; pero también ésta había perdido ya toda esperanza. A pesar de todo, el pintor trató de infundirle algún valor, haciéndoles observar que mientras hay vida hay esperanza; mas la señora Bigiel prorrumpió en llanto y exclamó:

—¡Pobre Marina!... ¡Y hasta él me asusta! ¡Si á lo menos le pudiera quedar el hijo, para hallar en éste el valor suficiente para soportar el golpe!

Y después de haberse secado los ojos, añadió:

—Lo que no alcanzo á comprender poco ni mucho es como lo hace él para poder tenerse en pie.

Y era verdad. Polaniecki casi no comía y no cerraba los ojos ni de día ni de noche. Ni por un solo instante abandonaba el lecho de la enferma, y sólo alguna que otra vez salía por la noche para proporcionarse flores, porque no olvidaba que á Marina la gustaban mucho.

Ahora también ella sospechaba que se aproximaba su fin. Con su marido no quería hablar de eso, pero una vez, estando con la señora Bigiel, le saltaron las lágrimas, dominada por el pesar que le causaba tener que separarse de la vida y de su Stach.

Sufría ante la idea del dolor que á este último le había de causar su muerte. Por un lado deseaba que él tuviese que llorarla mucho, y por otro lado deseaba no tener que padecer demasiado.

Durante largo tiempo fingió, en presencia de su marido, que estaba segura de su próxima curación: mas al fin resolvió hablarle con claridad. Considerábalo como un deber, y cierta noche, mientras se hallaba á solas con él, apoderóse de una de sus manos diciéndole:

—Stach, tengo que hablarte, y pedirte un favor.

—¿Qué deseas, vida mía?—la preguntó Polaniecki.

Marina permaneció un instante pensativa, discutiendo la manera de formular su petición, y luego contestó:

—Prométeme... Ya sé que tengo que curar... pero prométeme que... aun cuando sea un niño, le amarás lo mismo y serás bueno con él.

Polaniecki, hizo un esfuerzo sobrehumano para ahogar los sollozos que amenazaban destrozarle el corazón, y contestó con afectada calma:

—Amor mío, tesoro mío; yo os amaré siempre á tí y á él. ¡Puedes tenerlo por seguro!

Marina quiso llevar á sus labios la mano de su marido, pero débil como estaba, no lo consiguió. Dirigióle una triste sonrisa llena de gratitud, y dijo:

—Otra cosa todavía... No creas que mi estado sea más grave de lo que es... no, pero desearía confesarme.

—Está bien, hija mía,—balbuceó él con alterado acento.

Y acordándose de que él, una vez, le había recordado qué era el servicio de Dios, trató de vencerle de que ahora únicamente se trataba de cumplir un simple deber religioso, y sonriéndose le repitió:

—Un sencillo deber para con Dios, para con la religión.

La confesión tuvo lugar al siguiente día. Polaniecki creía ver en esto el fin seguro de todo, y casi se asombró al ver á Marina viva aún, y hasta de notar en ella una ligera mejoría.

A eso de media noche tuvo con él una discusión, como de costumbre, porque él no quería ir á descansar un poco. Al principio, Polaniecki no se quería dar á partido, sosteniendo que había dormido durante el día, y que por esto no se sentía cansado, cosa que no era absolutamente cierta. Mas, ante la viva insistencia de la enferma, resolvió complacerla, por haberle hecho observar, además, la señora Bigiel que por de pronto no había peligro alguno, y que para velar la enferma hallábanse allí, á más de ella, una enfermera y el médico. Después que hubo abandonado la habitación de la enferma, Polaniecki se sentó en un cómodo sillón de brazos, que estaba inmediato á la puerta, y pasó allí casi la mitad de la noche, con el oído siempre atento.

Al menor ruido, estaba ya en pie, y cuando éste cesaba, volvía á ocupar su asiento. Sus pensamientos, sucedíanse unos á otros rápidos y confusos, como sucede siempre cuando la imaginación está cansada, y hay pendiente la amenaza de un peligro. Luego fueron perdiéndose poco á poco en una

especie de danza cada vez más fantástica y, apesar de su robusta constitución física, empezaba ya á dominarle el sueño. Maquinalmente se repetía á sí mismo que Marina estaba en peligro de muerte, y que por lo tanto no debía dormir; mas estas excitaciones no producian efecto alguno sobre él, y sobreponiéndose al fin la fatiga y la necesidad de dormir, quedó sumido en un sueño pesado y profundo, en el cual se perdieron por completo la realidad y el mundo todo, en el cual la vida parecia haberse petrificado.

Por la mañana, un golpe dado á la puerta le despertó.

—¿Señor Estanislao!—llamóle en voz baja la señora Bigiel.

Púsose en pie de un salto y, volviendo súbitamente á la realidad de las cosas, entró en la habitación de la enferma. Lanzó una única y rápida mirada al lecho de Marina, mas cuando vió cerradas las cortinas, tambaleóse como si estuviera borracho.

—¿Qué ha pasado?—murmuró con los labios pálidos de terror.

La señora Bigiel, le contestó en voz muy baja, pero con voz trémula por la emoción:

—Tiene usted un hijo.

Y apoyó el índice sobre sus labios, para imponerle el silencio.

LXIII

Sucedieronse días difíciles. Era tal la debilidad de Marina, que su vida se podía comparar á una lucecita que estuviese á punto de acabarse. Mas al fin la juventud y su organismo se sobrepusieron, y al mejor día la enferma despertó de aquella especie de prolongado letargo y pidió de comer. La señora Bigiel, que aquella noche la había velado, llamó inmediatamente al médico que dormitaba en la habitación inmediata, y pocos minutos después, éste, abandonando la habitación de Marina, contestó á Polaniecki, que le había preguntado cómo estaba Marina:

—¿Cómo se halla?... Id á verla y dad gracias á Dios.

Polaniecki entró de puntillas en la habitación de su mujer. Marina miraba en torno suyo con ojos claros, y apenas se apercibió de la presencia de su marido, le dijo:

—Stach, me encuentro bien, ¿sabes?

—Tanto mejor, niña mía,—contestó él en voz baja.

Fué á sentarse silencioso junto á la cabecera de la cama, no atreviéndose á hablar por temor de cansarla. Apoyó la cabeza sobre el cobertor y permaneció largo rato contemplando á la enferma.

especie de danza cada vez más fantástica y, apesar de su robusta constitución física, empezaba ya á dominarle el sueño. Maquinalmente se repetía á sí mismo que Marina estaba en peligro de muerte, y que por lo tanto no debía dormir; mas estas excitaciones no producian efecto alguno sobre él, y sobreponiéndose al fin la fatiga y la necesidad de dormir, quedó sumido en un sueño pesado y profundo, en el cual se perdieron por completo la realidad y el mundo todo, en el cual la vida parecia haberse petrificado.

Por la mañana, un golpe dado á la puerta le despertó.

—¿Señor Estanislao!—llamóle en voz baja la señora Bigiel.

Púsose en pie de un salto y, volviendo súbitamente á la realidad de las cosas, entró en la habitación de la enferma. Lanzó una única y rápida mirada al lecho de Marina, mas cuando vió cerradas las cortinas, tambaleóse como si estuviera borracho.

—¿Qué ha pasado?—murmuró con los labios pálidos de terror.

La señora Bigiel, le contestó en voz muy baja, pero con voz trémula por la emoción:

—Tiene usted un hijo.

Y apoyó el índice sobre sus labios, para imponerle el silencio.

LXIII

Sucedieronse días difíciles. Era tal la debilidad de Marina, que su vida se podía comparar á una lucecita que estuviese á punto de acabarse. Mas al fin la juventud y su organismo se sobrepusieron, y al mejor día la enferma despertó de aquella especie de prolongado letargo y pidió de comer. La señora Bigiel, que aquella noche la había velado, llamó inmediatamente al médico que dormitaba en la habitación inmediata, y pocos minutos después, éste, abandonando la habitación de Marina, contestó á Polaniecki, que le había preguntado cómo estaba Marina:

—¿Cómo se halla?... Id á verla y dad gracias á Dios.

Polaniecki entró de puntillas en la habitación de su mujer. Marina miraba en torno suyo con ojos claros, y apenas se apercibió de la presencia de su marido, le dijo:

—Stach, me encuentro bien, ¿sabes?

—Tanto mejor, niña mía,—contestó él en voz baja.

Fué á sentarse silencioso junto á la cabecera de la cama, no atreviéndose á hablar por temor de cansarla. Apoyó la cabeza sobre el cobertor y permaneció largo rato contemplando á la enferma.

Marina, á pesar de su debilidad, le dirigió una sonrisa de alegría. Le miró en los ojos y después, acariciando con su descarnada mano los negros cabellos de su marido, dijo dirigiéndose á la señora Bigiel:

— ¡Cuánto me quiere!

La mejoría continuó rápidamente, y la joven esposa se rejuveneció, cual si para ella hubiese comenzado una nueva primavera.

Sólo por exceso de precaución no se le permitía abandonar el lecho; pero cuanto más recobraba las fuerzas, la alegría de vivir y su propia alegría, tanto más impaciente estaba ella, y todas las noches manifestaba su resolución de levantarse á la mañana siguiente. A consecuencia de su larga enfermedad, habíase verificado un cambio en su manera de ser, y así como antes era tan razonable y tan discreta, parecíase ahora á un niño viciado, insistente cuando quería que se le satisficieran los caprichos más insignificantes, y dándose por ofendida en cuanto se le negaba cualquier cosa. Polaniecki se reía de todos aquellos pequeños caprichos que á veces daban lugar á alegres discusiones. Hasta el abuelo Plavicki tomaba parte con frecuencia en aquella alegría, aun cuando desde el nacimiento de la niña hacía alarde de una dignidad completamente patriarcal. Un día trajo su testamento y obligó á los allí reunidos á oír la lectura de todos sus párrafos, desde el principio hasta el fin. En la introducción daba un conmovedor adiós á la vida, á Marina, á Polaniecki y al nietecito. Después le dejaba á este último toda su fortuna, y, aun cuando, á consecuen-

cia de la quiebra de Masko, le mantenía Polaniecki, estaba, sin embargo, muy conmovido de su propia generosidad, y se daba el aire del pelcano que alimenta á sus pequeñuelos con su propia sangre.

Toda persona que ha pasado una larga enfermedad, cuando se halla convaleciente pasa por todos los estadios de la niñez y de la primera juventud, con la diferencia de que el convaleciente los recorre en pocas semanas, mientras que el niño necesita muchos años. Así acaecía con Marina. La señora Bigiel, que al principio la llamaba *bebé*, aseguraba riendo que, después de haber sido una chiquilla, era ya una jovencita, y como á tal daba muestras de la más pura coquetería y vanidad femeniles. Cuando la peinaban, exigía que colocaran delante, encima de las rodillas un pequeño espejo, para averiguar si era verdad lo que la señora Bigiel le había dicho, esto es, que, después de la maternidad, la mujer se vuelve más hermosa, y estaba sumamente contenta viendo que era verdad lo que la señora Bigiel le había dicho. Y en efecto, jamás había estado tan hermosa como entonces. Polaniecki, según la frase de Bigiel, estaba enamorado de ella como un colegial. Sentía una inmensa gratitud por su salvación, y comprendía que ella era para él como la pupila de sus ojos como la base de su vida. En una palabra, desde que Marina se había puesto buena, la felicidad había entrado en aquella casa. ®

Ya se deja comprender que el pequeño Polaniecki tenía mucha parte en aquella felicidad. Como

Marina no podía amamantar al niño, fué preciso tomar una nodriza; y Stach, para hacer contenta á la enferma, había buscado una antigua criada de Kerzemien. Era una aldeana joven y robusta, y el mamón no podía menos de hacer rápidos progresos, bajo su custodia. Por lo demás, el pequeño Polaniecki, desde los primeros momentos que abrió los ojos á la luz del mundo, debía tenerse por un personaje de importancia excepcional, porque no tenía consideraciones con nadie, y sólo se cuidaba de sus necesidades y de sus deseos. En prueba de que estaba convencido de ello, cuando no estaba ocupado en chupar ó en dormir, ejercitaba sus pequeños pero robustos pulmones, con gritos tan espantosos, que sólo eran perdonados por consideración á su corta edad. Las señoras sostenían largas discusiones sobre sus cualidades físicas é intelectuales, lo propio que sobre su maravilloso parecido con los autores de sus días. Sosteníase con tesón, que tenía la nariz de la madre, á pesar de que el marido de la nodriza encontraba que se parecía más bien á la de un gatito, y se profetizaba que tendría una sonrisa deliciosa, que sería un guapo morenito, y que indudablemente sería de alta estatura, y que su viveza era una señal indudable de su extraordinario talento.

Cuando Marina se hallaba aún en la cama, la señora Bigiel le participaba sus observaciones y los admirables descubrimientos que se iban haciendo.

Un día se acercó con radiante rostro al lecho de la enferma y la dijo:

—Figúrate que ha extendido uno tras otro los

deditos de su manecita; hubiérase podido jurar que estaba contando. Ya verás como llegará á ser un matemático.

—Lo ha heredado de su padre,—contestó Marina con aire de dignidad.

En cuanto á Polaniecki, al principio contemplaba al nuevo individuo de su familia con gran estupor, que no estaba desprovisto de desconfianza: él, el gran amigo de los niños, había deseado una hija; creía que únicamente con una hija era posible la ternura. Pero después fué persuadiéndose poco á poco de que el pequeñín nada tenía de rudo, antes por el contrario era una criatura tierna y débil, que necesitaba tanto amor y protección como una niña.

—Un hombrecito singular,—pensaba con frecuencia, sintiéndose cada vez más atraído hacia él.

Algunos días después tomó en brazos al niño para llevárselo á su madre; pero en esta sencilla operación desplegó un derroche de fuerzas tan inútil, y se mostró tan desmañado, que no solamente se burlaron de él Marina y la señora Bigiel, sino que hasta corrió el riesgo de perder su dignidad en presencia del marido de la nodriza.

Alegres risotadas resonaban ahora en la casa desde la mañana hasta la noche. Marina creía aún en lo que otras veces había oído decir, y en lo que ahora le parecía era evidente, á saber, que el amor de su marido hacia ella renacería gracias al hijo, y que éste estrecharía todavía más los santos lazos que la unían á su Stach.

Un día precisamente hablaba con Polaniecki de

esta persuasión suya, y éste le contestó sencillamente:

—No, te doy mi palabra de que no es así. Quiero mucho á nuestro chiquitín, pero yo te amaba ya inmensamente antes de que naciese él. Te amo por tí sola, por lo que tú eres.

Tomó entre las suyas la mano de su joven esposa, y, después de haberla besado con pasión, añadió:

—Lo que tú eres para mí, lo mucho que te amo, nunca lo podrás calcular.

—¿De veras, Stach mío?—preguntó Marina, echándole los brazos al cuello con el rostro radiante de alegría.—¡Repítemelo otra vez!

LXIV

Así se llegó al día fijado para el bautizo. Polaniecki había invitado á las personas más íntimas, y por lo tanto asistieron, á más del abuelo, la señora Emilia, que había reunido todas sus fuerzas para poder asistir á la ceremonia, toda la familia Bigiel, Vaskovski, Svirski, Zavilovski y la señorita Ratkovski.

La joven madre estaba tan bella y aparecía tan dichosa, que el pintor, al verla, alzó las manos al cielo exclamando:

—¡Esto es inconcebible! Verdaderamente hay para perder la cabeza.

Los primeros padrinos del pequeño Polaniecki, tenían que ser Bigiel y la señora Emilia, y los segundos, Svirski y la señorita Ratkovski. Mas el pintor empezó á poner dificultades, tratando de sustraerse á tal cargo. Lo habría aceptado con mucho gusto, porque había venido de Italia espresamente para esto; sólo que él jamás había sostenido criaturas en la pila bautismal, y habría sido mejor que hubieran escogido otro, porque él había sido siempre tan afortunado con las mujeres, que no quería ser de mal agüero. Polaniecki, riéndose, le llamó italiano supersticioso; pero Marina, que había adivinado en seguida la verdadera causa de aquel conato de negativa, se acercó á él, diciéndole en voz baja:

—Como no es usted uno de los padrinos principales, no se preocupe usted por eso. Zavilovski no lo tomará á mal.

Svirski la miró sonriendo y luego, dirigiéndose á la señorita Ratkovski, la dijo:

—Es verdad; nosotros estamos en segunda línea, y de consiguiente estoy á vuestras órdenes.

Rodearon todos al pequeño personaje que, completamente vestido de muselina blanca y cubierto de encajes era llevado por la nodriza. Bigiel se lo tomó y empezó la ceremonia.

Los padres escucharon llenos de devoción las palabras del sacerdote; únicamente el pequeño infiel, que no cesaba de pernear, se mostraba en extremo indiferente.

—Inmediatamente después del bautizo, el pequeño héroe de aquella fiesta fué entregado nuevamente á la nodriza, que lo colocó en una magnífica cuna con ruedas, regalo del padrino Svirski. Este, que no había tenido jamás ocasión de observar de cerca una criatura como aquella, inclinóse sobre la cuna, y tomando el niño lo levantó.

—¡Cuidado!—gritó Polaniecki acercándosele con rapidez.

—No tenga usted miedo,—dijole Svirski volviéndose hacia él;—mis manos han llevado cuadros de Luca della Robbia.

Y en efecto, mecía al niño en sus brazos con tanta habilidad, que se habría podido creer que no había hecho otra cosa en toda su vida.

Acercóse al profesor Vaskovski y le dijo:

—Y bien, ¿qué me dice usted de este joven arriano?

—Realmente es un arriano de la mejor especie, —contestó el profesor mirando conmovido al pequeño.

—Y cumplirá su misión,—agregó Polaniecki,—¿no es verdad?

—Y no querrá sustraerse á las cosas sagradas,—contestó el profesor,—como usted mismo tampoco ha podido sustraerse á ellas.

Por lo que se refería al porvenir, no podía, en verdad, decirse nada de particular; más en aquel momento, el joven arriano que tan bellas esperanzas hacía concebir, cumplió su misión de un modo tan indudable é ignominioso, que fué menester entregarlo inmediatamente á la nodriza. Las señoras,

sin embargo, no se asustaron por tan poca cosa y siguieron ocupándose de él, y acabaron por convenir en definitiva en que era una criatura extraordinaria bajo todos los puntos de vista.

Aturdido, probablemente por el incienso que se le estaba ofreciendo, el pequeño genio se había dormido y todos se trasladaron á la sala para comer.

Apesar de su amistad con Svirski, Marina había fijado el sitio que debía ocupar la señorita Ratkovski, al lado del señalado á Zavilovski. Tanto ella, como todos los amigos y el mismo Svirski, deseaban que se explayaran algo las recíprocas relaciones de los dos jóvenes; pero Zavilovski se condujo de una manera muy extraña durante la comida, y Svirski sostuvo que el joven poeta no se hallaba todavía por completo en su estado normal.

En realidad, Zavilovski estaba muy bien, dormía admirablemente, comía con buen apetito, hasta había engordado, discurría con acierto, pero daba muestras de una carencia de voluntad y una incapacidad de iniciativa, que no existían en él antes de su desgracia. En Italia había manifestado una vehemente simpatía hacia la señorita Ratkovski, pero desde su regreso á la patria, parecía como si para él no existiera aquella joven. Durante la comida comió también con gran apetito, y hasta daba muestras de impaciencia, cuando tardaban en llegar á él los guisados, que se ofrecían primeramente á los más viejos.

La señorita Ratkovski, que había notado todo esto, le miraba con sincera compasión; pero Marina, por el contrario, estaba disgustada de ello y, para

obligarle á entablar conversaci3n con su vecina de mesa, le dijo inclinándose sobre la mesa.

—Cuéntele usted á Estefanía algo de su viaje por Italia. Tú no has estado nunca allí, ¿verdad Estefanía?

—No—respondió la señorita Ratkovski;—leí tiempo atrás un libro de viaje, pero no es lo mismo leer que ver con los propios ojos.

Púsose de pronto encarnada como una cereza, porque sin querer, había confesado que, mientras Zavilovski estaba en Italia, ella había leído un libro de viajes por aquel país.

—Me dejé convencer por Svirski para dar un paseo hasta Sicilia,—dijo Zavilovski,—pero tuve un calor horrible. Esta sería la estaci3n oportuna para ir allá.

—A propósito,—repuso Marina;—ahora que recuerdo: ¿qué ha sido de sus impresiones de viaje que usted debía dirigirme en forma epistolar? Yo no he recibido ni una línea.

Zavilovski se puso encarnado como una amapola, miró con perplejidad en torno suyo, y con voz insegura contestó:

—Es que... no pude. Pienso escribir mucho, positivamente... pero más tarde.

Svirski, que había oído estas palabras, se acercó á Marina después de comer y la dijo en voz baja, mientras con los ojos señalaba á Zavilovski:

—¿Sabe usted á que le comparo á veces cuando le miro? A un precioso instrumento de cuerda que se ha roto.

LXV

Algunos días después del bautizo, el pintor fué á ver á Polaniecki, que se hallaba en la oficina, para enterarse de la salud de Marina, y al mismo tiempo para hablarle de cosas que le interesaban. Pero viendo que Polaniecki se disponía á salir, ofrecióse á acompañarle hasta su casa.

—Me dispensará usted si no me detengo,—le dijo Polaniecki.—Marina sale hoy de casa por primera vez. Los Bigiel nos han convidado. No quisiera hacerla esperar. Sólo falta media hora.

—¿Eso quiere decir que se encuentra muy bien?

—Como un pez en el agua, gracias á Dios,—contestó Polaniecki con aire satisfecho.

—¿Y el joven arriano?

—El joven arriano es listo también como un pez.

—¡Hombre afortunado!—exclamó Svirski.

—No puede usted figurarse cuanto me interesa ahora ese rapazuelo. ¿Recuerda usted que yo deseaba una niña?

—¡Ah, amigo mío! Todavía no ha llegado usted al fin de su jornada. También vendrá la niña. Pero usted lleva prisa, salgamos.

Polaniecki se puso el abrigo y los dos salieron juntos del despacho. El cielo estaba sereno, pero hacía un frío intenso. Los trineos corrían veloces por encima de la nieve helada al alegre sonido de las campanillas. Los transeuntes habían levantado los alzacuellos de sus abrigos hasta cubrirse las orejas. Una blanca helada cubría sus barbas, y la respiración que salía de sus bocas, formaba una pequeña nube.

—¡Qué día tan hermoso,—exclamó Polaniecki.— Me alegro por Marina.

—Usted está contento y por eso lo halla todo bonito,—le dijo Svirski cogiéndole por un brazo.

Mas luego lo soltó de pronto y, poniéndosele delante, se detuvo en medio de la acera, y con aire que parecía agresivo, le dijo:

—¿Sabe usted que su esposa es la señora más hermosa de Varsovia? Se lo digo yo, yo.

Y diciendo esto, se golpeaba el pecho con el puño, como para confirmar que era él y no otro quien lo decía.

—Sí,—contestó sonriéndose Polaniecki,—y hasta la mejor y la más digna. Pero, andemos que parados nos helamos.

Cuando Svirski hubo vuelto á apoyarse en su brazo, añadió con voz trémula:

—Lo que he sufrido durante su enfermedad, sólo Dios lo sabe; pero vale más no hablar de ello. Su curación ha sido para mí una felicidad inesperada, y, si el Omnipotente nos deja con vida hasta la próxima primavera, la prepararé una sorpresa que ha de serla muy agradable.

Dieron algunos pasos en silencio, y luego Pola-

niecki pidió noticias al pintor sobre su próximo viaje.

—Es probable que vaya en seguida á Florencia,—contestó éste,—porque tengo que arreglar allí algún asunto, y luego saldré para Roma. De esto precisamente le quería hablar á usted, porque esta mañana Zavilovski ha venido á verme y me ha pedido que lo tome por compañero de viaje.

—¿Y ha consentido usted?—preguntó Polaniecki.

—No podía negarme, apesar de que algunas veces su compañía es algo pesada. Esto queda entre nosotros. Ya sabe usted cuánto le aprecio y cuánta compasión me inspira, y por lo tanto, ya comprende usted cuán penoso es para mí hablar de él en estos términos, pero ya no es el mismo de antes; ha cambiado de una manera espantosa... El día del bautizo le dije á la esposa de usted que me parecía un precioso instrumento de cuerda, echado á perder, y es así. No puede usted imaginarse cuánta mala sangre se ha dado por aquellas cartas que debían ir dirigidas á su esposa, y en las cuales tenía que describir sus impresiones de viaje. Pasaba horas enteras paseándose arriba y abajo por su cuarto, apretábase la frente entre las manos, se sentaba, volvía á ponerse en pie, y todo sin poder lograr su objeto. ¡Quiera Dios que vuelva á ser lo que era! El dice á todo el mundo que seguirá escribiendo, mas él mismo empieza á dudar de que lo pueda hacer, y por eso se aflige: esto lo sé.

—¡Qué desgracia para él y para la señorita Elena!—exclamó Polaniecki.

—Pero á la que yo compadezco más,—repuso

Svirski,—es á la señorita Ratkovski. También ésta duda de que pueda volver á ser el Zavilovski de antes.

—¡Pobre señorita!—observó Polaniecki.—Si él quiere partir, prueba que ya no piensa en ella.

—Todavía esperaré un año,—declaró Svirski.—Transecrido este plazo, la vuelvo á pedir por esposa; entonces ya no tendrá compromiso. Tal vez durante este tiempo se verifique algún cambio en ella, mayormente cuanto el otro se preocupa tanto por ella como yo por el Gran Turco. ¡Qué singular es todo esto! Puede usted creer que lo he intentado todo para despertar en su corazón una chispa de interés hacia esa muchacha. Ahora no quisiera que la señorita Ratkovski pudiera figurarse que he sido yo quien le ha inducido á partir. He aceptado su proposición porque no podía hacer otra cosa. Por lo tanto, si alguna vez se saliese á hablar de este viaje, hágame usted el favor de decir á la señorita Ratkovski que yo no he estimulado á Ignacio, y dígame usted que yo haré todo lo que juzgue que pueda contribuir á su felicidad, aún en perjuicio de la mía.

—Será usted complacido,—contestó Polaniecki.

—Se lo agradezco. Antes de partir, iré á ofrecer mis respetos á la señora Marina.

—Ya lo supongo. Venga usted al anochecer, porque así podremos estar más rato juntos. Si este verano vuelve usted, espero que pasará usted algunos días conmigo, en compañía de Zavilovski.

—¿En Bucinek?

—Tal vez en Bucinek ó tal vez en otro sitio. Todavía no está resuelta la cosa.

De pronto Polaniecki se interrumpió. Había visto al señor Osnovski, que en aquel momento salía de una tienda de frutas, llevando un paquete en la mano.

—¡Toma, Osnovski!—exclamó Svirski.

—Está desconocido,—observó Polaniecki.

En efecto, Osnovski había cambiado mucho. Del cuello de la pelliza, surgía una cara flaca, amarillenta y envejecida. Cuando se apercibió de la presencia de los dos amigos, experimentó una especie de terror, y de seguro que por un momento tuvo la idea de pasar adelante, fingiendo que no los había reconocido. Pero la acera estaba desembarazada y los dos amigos le venían casi de frente, por lo cual se acercó á ellos y les saludó con tal aluvión de palabras que daba á entender que por este medio trataba de dar una dirección distinta á las ideas que á ellos se les pudieran haber ocurrido á su vista.

—¡Buenos días, señores! Es raro que os haya encontrado, porque resido en Pritulov y vengo muy contadas veces á Varsovia. Me he hecho traer uvas, porque me las prescribieron para curarme, pero como me las han enviado embaladas con serrín, han tomado un olor desagradable. Confío que éstas,—añadió mostrando el paquete,—serán mejores. ¡Qué frío hace hoy! En Pritulov tenemos magníficas carreras de trineos.

Dieron juntos y perplejos algunos pasos, hasta que por fin, Polaniecki le preguntó:

—¿No pensaba usted hacer un viaje á Egipto?

—Sí, y pienso todavía hacerlo. Tal vez salga uno de estos días. Aquí, durante el invierno, nada tenemos que hacer, y uno se aburre horriblemente.

Interrumpióse de pronto, como si le hubiera acudido la idea de que la conversación tomaba un giro desagradable para él, sucediéndose un silencio todavía más embarazoso. Todos se hallaban dominados por ese sentimiento que experimentamos cuando, á consecuencia de un acuerdo tácito, nos esforzamos en hablar de cosas fútiles, para no vernos en la precisión de hablar de las importantes, porque nos son penosas. Osnovski se habría despedido de muy buena gana, pero las personas acostumbradas á observar las formas convencionales de la buena sociedad, procuran siempre, aún en casos graves, guardar al menos las apariencias, y por eso él quería buscar un medio oportuno y natural para deshacerse de los dos amigos. Mas, como no acertaba á dar con él, la situación iba haciéndose cada vez más desagradable. Estaba casi á punto de tomar la resolución de separarse sin aducir pretexto alguno, cuando otra idea le contuvo. Hacíasele insoportable la comedia. ¿Por qué tenía que hacer un secreto de su desgracia, por qué no tenía que hablar de ella? Obedeciendo á este pensamiento, se detuvo, y, con voz entrecortada y casi balbuciente, les dijo:

—Dispensadme, señores, si os entretengo un momento. Ya sabrán ustedes que me separé de mi esposa, y no existe razón alguna que me impida hablar de ella á los amigos á quienes aprecio, como les aprecio á ustedes. Esto ha acaecido, porque...

porque yo lo deseaba y mi esposa lo deseaba también.

Faltóle la voz y no pudo hablar más. Visiblemente quería darse á sí propio toda la culpa de lo acaecido, pero en seguida se había hecho cargo de la inutilidad de semejante mentira que no podía ser justificada, ni por el sentimiento del propio deber, ni por un miramiento humano. Como era natural, perdió completamente la cabeza. Dibujóse en su semblante una penosa perplejidad y, con su paquete de uvas en la mano, se alejó lo más deprisa que le fué posible.

Svirski y Polaniecki se miraron uno á otro, profundamente conmovidos.

—¡Dios mío!—exclamó el segundo,—Ese hombre acabará por matarse.

—Lo que en este momento me preocupa,—dijo Svirski,—es el pensar que la infelicidad, al igual de la muerte, rompe todos los lazos que unen á los hombres entre sí.

—Usted conoce á Osnovski tanto como le conozco yo; sé que me tiene cariño y que paulatinamente llegaremos á ser extraños el uno para el otro. No hay remedio, pero me contrista.

Verdaderamente es una historia muy triste. Dudo que exista otra mujer en el mundo que haya sido tan idolatrada por su marido como esa señora Osnovski

—Me parece casi imposible que ese pobre señor pueda sobrevivir á su desdicha.

—¿Quién sabe? Tal vez se conformará con su destino,—concluyó Svirski.

Mas Osnovski, por el contrario, no podía conformarse con él. Tanto en Pritulov como en Varsovia, donde todo le recordaba á su mujer, la vida habia llegado á hacersele insoportable, y de consiguiente resolvió partir. Hallándose ya algo alterada su salud, durante su viaje se sintió peor, y, llegado á Viena, se puso gravemente enfermo. Al principio se trataba de una simple *influenza*, pero no tardó ésta en degenerar en un tifus del peor carácter. El enfermo perdió el conocimiento y, recogido en un asilo, quedó encomendado á manos mercenarias y cuidado por médicos extranjeros. Lejos de su patria, quedó solitario y enfermo en país extranjero; en sus sueños calenturientos, parecíale tener cerca de él un rostro conocido, un rostro que era para él el más querido en la tierra, y lo creyó asimismo cuando recobró los sentidos. Pero se sentía tan débil, que ni siquiera podía moverse, ni hablar, ni asociar sus ideas.

Después, inmediatamente después, desvaneci6se aquel rostro que habia soñado. Buscó á la hermana que con tanta solicitud le habia curado, y se apoderó de él un extinguido afán de recobrarla...

LXVI

Después que Svirski y Zavilovski hubieron partido, los esposos Polaniecki reanudaron su primitiva vida de retiro, y únicamente veían á la familia Bigiel, á la señora Emilia y al profesor Vaskovski, lo cual no impedía que se encontraran muy bien y muy dichosos. Polaniecki trabajaba muchísimo y estaba especialmente ocupado en llevar á cabo un negocio suyo particular del cual no quería decir palabra á nadie. Tan pronto como acababa su trabajo, apresurábase á volver á su casa; ahora tenía todavía más afán en estar al lado de Marina que cuando eran novios y vivía ella aún al lado de su padre.

Así transcurrió el invierno. En el mes de Febrero, Polaniecki hizo varios viajes para negocios, y cada vez que volvía de uno de esos viajes, celebraba largas conferencias con Bigiel. Pero, á fines del mes, pudo dedicarse más á su familia, y dió pasos con su mujer y con el niño.

Su vida uniforme veíase, de vez en cuando, modificada por las visitas de la señora Bigiel.

Mas Osnovski, por el contrario, no podía conformarse con él. Tanto en Pritulov como en Varsovia, donde todo le recordaba á su mujer, la vida habia llegado á hacersele insoportable, y de consiguiente resolvió partir. Hallándose ya algo alterada su salud, durante su viaje se sintió peor, y, llegado á Viena, se puso gravemente enfermo. Al principio se trataba de una simple *influenza*, pero no tardó ésta en degenerar en un tifus del peor carácter. El enfermo perdió el conocimiento y, recogido en un asilo, quedó encomendado á manos mercenarias y cuidado por médicos extranjeros. Lejos de su patria, quedó solitario y enfermo en país extranjero; en sus sueños calenturientos, parecíale tener cerca de él un rostro conocido, un rostro que era para él el más querido en la tierra, y lo creyó asimismo cuando recobró los sentidos. Pero se sentía tan débil, que ni siquiera podía moverse, ni hablar, ni asociar sus ideas.

Después, inmediatamente después, desvaneci6se aquel rostro que habia soñado. Buscó á la hermana que con tanta solicitud le habia curado, y se apoderó de él un extinguido afán de recobrarla...

LXVI

Después que Svirski y Zavilovski hubieron partido, los esposos Polaniecki reanudaron su primitiva vida de retiro, y únicamente veían á la familia Bigiel, á la señora Emilia y al profesor Vaskovski, lo cual no impedía que se encontraran muy bien y muy dichosos. Polaniecki trabajaba muchísimo y estaba especialmente ocupado en llevar á cabo un negocio suyo particular del cual no quería decir palabra á nadie. Tan pronto como acababa su trabajo, apresurábase á volver á su casa; ahora tenía todavía más afán en estar al lado de Marina que cuando eran novios y vivía ella aún al lado de su padre.

Así transcurrió el invierno. En el mes de Febrero, Polaniecki hizo varios viajes para negocios, y cada vez que volvía de uno de esos viajes, celebraba largas conferencias con Bigiel. Pero, á fines del mes, pudo dedicarse más á su familia, y dió pasos con su mujer y con el niño.

Su vida uniforme veíase, de vez en cuando, modificada por las visitas de la señora Bigiel.

Por ésta vino Marina á saber que la señorita Ratkovski había abierto un asilo para niños, con el pequeño capital que la señorita Elena le había destinado, y que Osnovski había partido realmente para Egipto, pero no sólo, sino en compañía de su Anetka, que después de su curación había vuelto á ser la compañera de su vida. El señor Kraslovski, aquel sujeto que había hecho de segundo testigo en el duelo de Masko, había encontrado juntos á los dos esposos en Trieste, y se lo había contado en tono irónico á Polaniecki, terminando su relato con estas palabras:

—Ahora la señora Osnovski ha tomado el aire de una penitente.

Mas Polaniecki, que sabía por experiencia propia cuánto puede cambiar el dolor á una persona, y que de consiguiente debía creer sincero el arrepentimiento de la esposa extraviada, había contestado en tono grave:

—Si su marido la ha perdonado, nadie tiene ya el derecho de condenarla.

Entre tanto había llegado de Italia una noticia sorprendente, que había conmovido no solo á los amigos de Svirski, sino á Varsovia entera. Corría la voz de que el pintor se había desposado con la señorita Castelli, y que su boda se celebraría inmediatamente después de Pascua.

Marina, extraordinariamente sorprendida, persuadió á su marido de que escribiera inmediatamente á Svirski para pedirle aclaraciones. Diez días después llegó la contestación, y cuando Polaniecki, pronunciando las palabras: «Carta de Ro-

ma,» entró en el cuarto de su mujer, ésta corrió á su encuentro, y en medio de una viva curiosidad, leyeron juntos lo que sigue:

«¿Me pregunta usted si es verdad lo que se está propalando? No, amigo mio; no es verdad. Y para darle á entender que es imposible una cosa semejante y que no sucederá jamás, es menester que antes le hable de Zavilovski. No hace más que tres días que se halla aquí, porque yo le había aconsejado que se quedara por unos cuantos días primero en Florencia, luego en Parma y por último en Ravena. Ahora le he persuadido de que haga un viaje á Atenas, y mañana sale para Brindis. Entre tanto pasa casi todo su tiempo en mi taller, y habiendo yo observado que había algo que le preocupaba, para darle ocasión á que se explicará, tuve la imprudencia de preguntarle si tenía oculto por casualidad algún soneto en su bolsillo. ¿Sabe usted qué efecto le produjo esta sencilla pregunta? Se puso pálido como la cera, y dijo que hasta entonces aún no había escrito nada, pero que pronto empezará á hacer algo. Después tiró de pronto y con violencia el sombrero al suelo y se puso á llorar como un niño. Jamás había visto una explosión de dolor semejante. Me dijo repetidas veces que él, por sí mismo, había aniquilado su talento, que ahora estaba completamente desprovisto de ideas, que nunca más volvería á rehacerse, y que habría sido mil veces mejor que la señorita Elena no le hubiera salvado. Esto es lo que le ha pasado, mientras que la gente se figura que ya no escribe porque se ha vuelto ri-

co. Ya no es posible remediarlo. Este infeliz se ha echado á perder, al asesinar su corazón y su talento.

»No puede salirse de la imaginación lo que usted me ha preguntado. ¡Dios omnipotente! ¡casarme con la señorita Castelli! Con esa mujer que, después de haberse divertido con nuestro infeliz amigo, le despidió como un juguete inútil... no, esto jamás lo podré olvidar. Creo haberle dicho alguna vez que únicamente un bribón ó un loco podía casarse con una señorita semejante, y yo, ni soy un loco, ni mucho menos un bribón. Podría llegar á perdonar una ofensa que se me hubiese hecho á mí mismo, pero una ofensa hecha á otro, jamás. Esto es todo lo que puedo decirle sobre este asunto.

»Esperaré todavía un año, y luego le volveré á pedir á la señora Ratkovski si quiere ser mi mujer. ¡Bendígala Dios, tanto si acepta como si me rechaza! Mi resolución es irrevocable.

»Ese chisme se habrá originado de haberme visto alguna vez con la señora Bronicz y con su sobrina, que se hallan todavía en Roma; pero no hablemos más de eso, porque no vale la pena de hablar de ello.

»¿Qué me dice usted de Osnovski? Decididamente existe algo bueno en aquella señora, y luego que le cuidó con tanta abnegación durante su enfermedad. ¡Oh! á pesar de que me he devanado los sesos para explicármelo, todavía no sé lo que debo pensar de ese par... ¡Basta!

»Un beso en mi nombre al pequeño arriano. Volveré á fines de primavera.—*Svirski.*»

LXVIII

La primavera de aquel año fué muy precoz. Entre fines de Marzo y principios de Abril, Polaniecki hizo otros viajes de corta duración, y estuvo ausente algunos días. El y Bigiel estaban tan atareados, que muchas veces sallan de su despacho á altas horas de la noche. La señora Bigiel estaba convencida de que se trataba de negocios de una gravedad excepcional; pero se extrañaba de que su marido, que no sólo tenía la costumbre de hablar con ella de todos sus asuntos, sino que hasta muchas veces le pedía consejos, esta vez guardara un silencio tan misterioso como absoluto.

También Marina había notado que su Stach debía llevar algo entre manos. Siempre estaba tierno y solícito, mas ella comprendía que le absorbía por completo una sola idea, de la cual nada le podía distraer. Esta singular distracción seguía creciendo de día en día, y cuando llegó Mayo, Polaniecki se hallaba en un estado verdaderamente febril. Marina estuvo por largo tiempo en la indecisión de si debía ó no preguntar á su marido la causa de todo aquello, aun cuando no fuese por otra cosa que por-

que él no se figurase que á ella le tenían sin cuidado los asuntos de su marido. Al fin resolvió esperar una ocasión oportuna.

Cierto día creyó llegada esta ocasión. Polaniecki había regresado á su casa más pronto de lo que solía, y parecía estar de muy buen humor. Marina le miró y le preguntó casi sin querer:

—Hoy debe haberte pasado algo agradable, ¿no es verdad, Stach?

Este se sentó á su lado y, en vez de contestarla, la dijo con un tono de voz muy singular:

—¡Que tiempo tan maravillosamente hermoso tenemos este año! ¿sabes lo que he estado pensando repetidas veces durante estos últimos días? Que este año, tanto para tu salud como para la del niño, tendremos que abandonar la ciudad más pronto que el año pasado.

—¿Crees que no estará ya alquilada á otro la quinta de Bucineh?

—Bucineh está vendido ya,—contestó Polaniecki.

Y tomando entre sus manos las de su mujer, y fijando en sus ojos una mirada de infinito amor, añadió:

—Tengo que decirte algo, amor mío, que te gustará mucho; pero antes prométeme que no te moverás demasiado.

—¡Oh! ¿De qué se trata, Stach?

—Oye prenda mía. Cuando Masko huyó al extranjero porque no podía pagar sus deudas, los acreedores embargaron todos sus bienes y los bastaron. Magierov fué dividido en lotes; pero Kerzemien Skoki y Suchacin se podían salvar aún, y

por eso... no te conmuevas, bien mío... por eso, los he comprado para tí.

Marina le miró como petrificada durante algunos segundos, como si no diera crédito á sus propios oídos, mas su marido estaba también tan conmovido, que no era posible hubiese hablado en broma. Llenáronsele de lágrimas los ojos, y por último, echándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Stach!

Nada más pudo decir; pero había tanta gratitud, tanto amor y tanta alegría en aquella sola palabra, que Polaniecki se dió por sobradamente recompensado.

—He tratado de reparar una antigua falta mía,—repuso:—Dios sabe que no tengo otra alegría que la tuya... Pero si yo te hubiese comprado diez Kerzemiens, no te habría recompensado aun por toda la felicidad que tú me has proporcionado.

Sus palabras tenían la expresión genuina de la sinceridad. Marina apoyó la cabeza en el hombro de su marido, y mirándole con ojos húmedos y brillantes, exclamó:

—¡Oh, Stach mío! ¡Jamás, jamás habría imaginado que debiera ser tan dichosa!

Polaniecki, conmovido, pero triunfante, se puso á recorrer á grandes pasos la habitación.

—No está todo concluido, Marina, tenemos que ponernos aún de acuerdo sobre lo más importante, porque yo no tengo ni la más mínima idea de lo que es la administración de una hacienda, y tu tendrás mucho que hacer. Trabajaremos juntos. Me parece que no nos caerá poco que hacer.

—¡Mi adorado Stach! Sé que tú has hecho esto únicamente por mí; mas confío que esto no habrá perjudicado tus intereses.

—Absolutamente nada. He obtenido Kerzemien á muy buen precio, según confesión expresa de Bigiel. Además, no dejo de formar parte de nuestra casa comercial. No debes abrigar temor alguno de que en Kerzemien vuelvan á empezar para tí los aburrimientos y los disgustos de otro tiempo; aun partiendo del supuesto de que allí todas las cosas anden á mal traer, cosa que no creo, puedes tener la seguridad de que tendríamos siempre lo suficiente para vivir.

—¡Oh!—dijo Marina, mirándole como si su Stach un Napoleón ú otro conquistador cualquiera,—estoy convencida de que tú eres capaz de llevar á término todo lo que emprendes; pero sé que has comprado Kerzemien por mí.

—Ya puedes comprender,—replicó Polaniecki,—que lo he hecho porque te amo y porque tu corazón está encariñado con Kerzemien. Tú me has dado á comprender lo que significa poseer un pedazo de tierra que sea nuestro.

Restablecida la calma, acordaron ir juutos, con toda la familia, en peregrinación á Kerzemien, á á fines de la semana, habiéndolo ya prevenido todo Polaniecki para dar hospedaje á la señora de la hacienda. De pronto aquél prorrumpió en una carcajada.

—Me gustará oír á tú papá,—dijo.

La idea del inmenso asombro que experimentaría su padre, fué otro motivo de satisfacción para

Marina. Cuándo el viejo Plavicki vino á comer, ésta le salió al encuentro y le comunicó inmediatamente la alegría nueva. No fué menos su estupefacción de lo que lo había sido la de su hija.

Fuese que le hubiera conmovido la alegría de su hija, ó fuera que sintiera cierto cariño á aquel pedazo de tierra donde había transcurrido casi toda su vida, ello fué que los ojos del viejo se humedecieron, y empezó á hablar de su sudor que había fecundado aquella tierra, del último asilo del pobre viejo, y por último, dirigiéndose á Polaniecki, terminó diciendo:

—Quiera Dios que tú seas allí más afortunado que yo, y que sepas componértelas como he sabido componérmelas yo. Puedes contar con que siempre estaré dispuesto á ayudarte con mi cooperación y con mis consejos.

Aquella misma noche, Marina, loca de alegría, le dijo á la señora Bigiel:

—¿No te parece imposible, el que una no esté enamorada de un hombre como éste?

Toda la familia Polaniecki llegó á Kerzemien después de anochecido; la servidumbre les ofreció pan y cecina. Después Marina, medio llorando y

medio riendo, visitó todos los rincones de la casa, y la emoción no le dejó conciliar el sueño hasta al amanecer del siguiente día. Por este motivo, Polaniecki no la permitió levantarse temprano; pero como ella deseaba asistir á la misa mayor, en la iglesia de Vatoré, la prometió que la despertaría con tiempo. Entretanto Polaniecki, después de haber almorzado, salió al campo libre para visitar su nueva posesión.

Era á principios de Mayo. Durante la noche había llovido, pero entonces el sol brillaba con todo su esplendor por entre las nubes que empezaban á disolverse. Como era domingo, los campos estaban desiertos, y por todas partes reinaba la calma y el silencio. Polaniecki caminó largo rato, cuanto más adelantaba, más iba notando lo descuidada que estaba aquella hacienda. Aun cuando era poco práctico en los terrenos, y casi nada entendía de agricultura, persuadióse, sin embargo, de que para hacer que Kerzemien diese producto, y para sacarlo de su actual estado de decadencia, se necesitaba mucho trabajo y mucho capital.

—Afortunadamente, tengo dinero suficiente, y soy lo suficientemente inteligente, para darme cuenta de que no sé nada y de que tengo mucho que aprender,—se dijo.—Pongamos, pues, manos á la obra.

Involuntariamente se quedó plantado. Habíase alejado demasiado de su casa. Consultó el reloj y comprendió que tenía que andar muy deprisa si quería llegar á tiempo para que pudieran asistir á la misa mayor de Vatoré. Al fin llegó á Kerzemien

medio rendido y, llegado á la puerta del cuarto de Marina, dió dos golpes en ella, preguntando:

—¿La señora está dispuesta para ir á misa?

—Sí, estoy dispuesta; pasa adelante.

Marina llevaba puesto un traje claro de percal, completamente parecido al que llevaba la primera vez que Polaniecki fué á visitar Kerzemien. Habíase vestido expresamente de aquel modo y con gran satisfacción de ella, su marido lo había notado en seguida, puesto que, tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡Señorita Plavicki!

Acercósele ésta, ruborizándose y apretando su rosada nariz contra la mejilla de su esposo, señaló con la mano donde dormitaba un pequeñín. Pocos minutos después hallábanse, con el papá Plavicki, camino de Vatoné, á donde llegaron cuando ya habían acabado de tocar á misa.

La nave de la iglesia estaba atestada de campesinos y llena de nubes de incienso. El celebrante era el mismo sacerdote que Polaniecki había visto ya y las mismas ramas de encina azotaban, movidas por el viento, los vidrios de la ventana.

—Todo pasa,—pensó Polaniecki;—dolor y alegría, temor y esperanza; cambianse las ideas y los sistemas filosóficos: únicamente la misa sigue celebrándose como antiguamente, como si ésta debiese durar por toda una eternidad.

Terminada la misa, al salir de la iglesia, se acercaron á saludarles todos los habitantes de los alrededores, amigos de Marina y de Plavicki. Este último miraba á todos lados buscando á la señora

Jamiz, pero en vano, porque á la sazón la señora Jamiz hallábase en Varsovia.

En cambio el consejero se acercó muy gozoso á Marina, y la dijo:

—¡Mi querida discípula, mi querida Marina! Tiene V. realmente, el aspecto de una jovencita, apesar de ser ya madre de un joven.

Marina se puso colorada de gozo; más en aquel momento se aproximó Gatovski, con sus acostumbradas maneras apocadas y rústicas. Parecía extasiado ante la belleza de Marina, y afligido por la felicidad que le había sido negada. La señora Polaniecki le saludó también con cierto embarazo, mientras Plavicki le estrechaba, sin cumplimientos, la mano, diciendo:

—¡Otro conocido antiguo! ¿Que tal vamos?

—Como siempre,—contestó Gatovski.

Marina y Plavicki convidaron á comer con ellos á Kerzemien al señor Jamiz y a Gatovski, y hacia allá se encaminaron todos juntos, yendo delante Marina y Polaniecki, después Plavicki y Jamiz y detrás de todos Gatovski, en su coche tirado por dos jamelgos.

Por el camino, el viejo Plavicki le decía al consejero:

—No puedo decir que mi hija no sea feliz. Polaniecki es un buen hombre y hasta tiene mucha energía; pero...

—Pero ¿qué?—preguntó Jamiz.

—Pero tiene algo de loco. ¿Recuerda V. como me persiguió por aquellos veinte mil miserables rublos, hasta el extremo de que tuve que vender

Kerzemien?... Si él no me hubiese perseguido, ahora habría sido innecesaria esta compra, porque la hacienda la habría tenido del mismo modo después de mi muerte...

Y tocándose la frente con la mano, añadió:

—Un buen hombre, pero aquí le falta algo.

Entretanto habían llegado frente á la escalinata. Marina les salió al encuentro llevando en brazos al niño.

—Antes de sentarnos á la mesa, he querido presentaros mi hijo,—dijo.—¿No es verdad que está ya muy crecido.

Eso diciendo, tendía el niño al señor Jamiz, más apenas éste hizo ademán de tomarlo en brazos, el chiquitín hizo una mueca y lanzó un grito tan agudo, que el consejero ni se atrevió á tocarlo.

Entretanto había llegado también Gatovski.

Durante la comida, la conversación versó especialmente sobre Kerzemien.

—¿Se acuerda V.—dijo el señor Jamiz, dirigiéndose á Polaniecki—de que una vez le dije que la tierra nos atrae de una manera irresistible, y que únicamente éste es el origen de la riqueza? Entonces V. no era de mi opinión, y sin embargo, ya ve usted, se ha convertido en propietario de Kerzemien.

—Únicamente por ella lo he hecho,—contestó Estanislao, señalando á su mujer.

El señor Jamiz, que tenía la debilidad de escuchar con gusto sus propias palabras, entornó los párpados y continuó:

—Sí, ha vuelto V. por su esposa; el mérito es

todo suyo, y á una señora semejante se la debería engarzar en oro como una piedra preciosa. V. ha reconquistado el suelo que pertenecía á sus padres. Bien mirado, todos nosotros deberíamos tener esculpido en nuestros blasones un azadón ó un arado. Y hoy, tenemos que celebrar, no solamente la vuelta del señor Estanislao Polaniecki y de la señora Marina Polaniecki, sino también el regreso de la familia, por que en ésta se ha despertado el espíritu de nuestros antepasados, que vivieron en este suelo y lo fecundizaron con su sudor.

Pronunciadas estas palabras, levantóse el consejero y, alzando su vaso, brindó:

—¡A la salud de la familia Polaniecki!

Pusieronse todos en pie para hacer chocar sus vasos con el de Marina, que les daba las gracias llena de emoción. Volviéndose luego ésta á su marido, murmuró:

—¡Stach, que dichosa soy!

Al anochecer, Marina y Polaniecki, dieron una vuelta por el jardín, cogidos del brazo. El sol próximo á la puesta, parecía una inmensa bola de fuego. Ni el más ligero soplo de viento agitaba las hojas de los árboles, cuyas cimas estaban ligeramente doradas. En el corral, á la parte posterior de la casa, oíase graznar las cigüeñas; por todas partes reinaba la misma calma suave y solemne de otro tiempo.

Los dos esposos hablaban en voz baja. Aquel pequeño pedazo de tierra, compendiaba entonces todo su mundo. Allí debía empezar para ellos una nueva vida de trabajo y de fecunda actividad.

Cuando se hubo puesto el sol, regresaron á la galería. Marina se aproximó á su esposo, diciéndole:

—Aquí seremos completamente felices; ¿no es verdad, Stach?

Abrazóla éste, y estrechándola todavía más contra su pecho, le contestó casi susurrando:

—¡Amor mío! ¡mi dulce y única compañera!

Y para aquellos dos seres empezó una vida que, si bien no estuvo completamente desprovista de cuidados, les ofreció más miel que ajeno.

El autor de este libro ha saboreado esta miel, y ha encontrado en ella la fuerza de su inspiración.

FIN



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

100